



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

---

---

“De la calle fui...”.

Poblaciones callejeras en la Ciudad de México”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
MAESTRA EN SOCIOLOGÍA POLÍTICA  
P R E S E N T A :

MÓNICA BERENICE MARTÍNEZ JIMÉNEZ

Directora: Dra. Alicia Márquez Murrieta

Ciudad de México

Julio de 2018

*Esta Investigación fue realizada gracias al apoyo del  
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología*





Instituto

Mora

## DEDICATORIA

Yo no quiero olvidar que fui de calle, yo no quiero olvidar mi experiencia en calle. Yo siento que mi experiencia en calle me hizo ser lo que soy ahora, alguien fuerte, alguien luchadora, que no se vence, que puede contra todo. Porque si sobreviví a la calle, puedo sobrevivir a todo lo demás.

(Susana, comunicación personal, 17/10/17).

A los sobrevivientes y a los que han vivido y muerto en calle. A los invisibles, a las víctimas y a los victimarios. A los hombres y mujeres, adultos y jóvenes, a sus hijos, a la nostalgia de ellos siendo niños y a la esperanza depositada en los propios. A los que siguen llegando, entrando a la calle, a los que permanecen, se apropian de ella y la reconstruyen. A la More, a Gabo, a Sergio y a Susana, a “los valedores”. A la banda de calle, a los chavos y los niños de calle, a los mendigos, los vagos, los indigentes y los vagabundos. A los que van y vienen, están en calle y salen de ella.

## AGRADECIMIENTOS

Aunque este proyecto es fruto de un anhelo personal, concretarlo no habría sido posible sin el apoyo, la solidaridad y las aportaciones de innumerables personas, quienes académica y personalmente han contribuido a que tanto esta tesis como la maestría llegaran a buen puerto. Su intervención se refleja en los aportes y los aciertos que este trabajo pueda tener, de sus fallas, sin embargo, soy completamente responsable.

En deuda estaré siempre con More, Gabo, Sergio, Susana, Camaxtli, Francisco, Alfredo e Isaías, principio y causa de este proyecto, quienes, con generosidad y valentía, me permitieron conocer sus historias, cuestionar sus relatos y dar eco a sus voces. Espero que este trabajo sea fiel a sus experiencias y que, en alguna medida, pueda ser un aporte en la tarea de escuchar, ver y entender a quienes nos resultan invisibles. Al equipo de El Caracol A.C., Quique, Ángel, Jerry y Alexia, por abrirme las puertas, mostrarme el camino y compartir su pasión.

Con este objetivo, ha sido fundamental mi paso por el Instituto Mora en donde sólo he encontrado inspiración, sostén y respaldo. Gracias a cada uno de mis profesores en estos dos años, pero sobre todo a la Dra. Alicia Márquez y al Dr. Martín Paladino, mis profesores de Seminario tesis, así como a mis compañeros Carla, Israel y Gerardo, por su aliento y atinadas observaciones, y con quienes cada semana en este último año compartí avances y frustraciones.

Así también, es preciso agradecer a mi sínodo. A la Dra. Graciela de Garay, quien nutrió mi interés por la Historia Oral desde primer semestre, y transmitió su entusiasmo y rigor en esta disciplina. Gracias, por supuesto, a la Dra. Sara Makowski, pues con sus críticas objetivas ha enriquecido, fortalecido y mejorado sin duda este trabajo. A la Dra. Alicia Márquez, mi asesora, directora y bastión, quien me ha apoyado personal y académicamente, muchas gracias por cada lluvia de ideas, por cada decisión compartida y dividida, por cada charla y café. Gracias a cada una por aceptar acompañar este proceso, por cada una de sus aportaciones y por el tiempo y el esfuerzo dedicado.

Gracias a mis compañeros y amigos de generación, especialmente a Martha y María, quienes con charlas, tardes de estudio, amistad y compañía hicieron de esta maestría una experiencia aún más grata. Gracias, a mi familia y amigos, a mis padres y a mis hermanos, que aún en la distancia, me impulsan y motivan en cada proyecto y cada aspiración. Gracias a Carlos, porque en el día a día, acompaña mis planes, alienta mis ideales y me anima, al intentar conmigo construir un hogar.

## ÍNDICE

- A. Entrar... salir a la calle (Introducción), 1**
- I. Planteamiento del problema: estado del arte
  - II. Problema de investigación
    - a) *Justificación y pertinencia*
    - b) *Objetivos y preguntas*
- B. Capítulo 1. De mendigos y vagos a niños de la calle y sin techo (Conceptos), 15**
- Presentación
- I. Evolución conceptual
    - a) *Identidad y estigma: víctima y victimario*
  - II. Poblaciones callejeras
- C. Capítulo 2. Somos calle... (Marco teórico), 27**
- Presentación
- I. Identidad: aproximaciones teóricas y dimensiones
  - II. Identidad callejera: elementos compartidos
    - a) *Nociones de arraigo, carrera hacia la calle y callejerización*
- D. Capítulo 3. La calle, ¿cómo acercarnos? (Metodología), 45**
- Presentación
- I. Entrevistas temáticas
    - a) *Relatos de vida*
  - II. Conceptos clave
    - a) *Intervención social*
    - b) *Vivir en calle*
  - III. Población y categorías

**E. Capítulo 4. Ser de calle (Narrativas), 64**

Presentación

- I. Narrativas:  
Primera parte
  - a) *Una hoja al viento: Susana*
  - b) *Gabriel: Lo bueno, lo malo*
  - c) *María Luisa, madre de Luis Daniel*
  - d) *Sergio: a toda madre*Segunda parte
  - e) *Isaías: “Carne de cañón...”*
  - f) *Alfredo, “perdón y resurrección”*
  - g) *Camaxtli: La voz de la calle*
  - h) *Francisco: “dejar un legado”*

II. Definiciones

- a) *Ser de calle*
  - (1) *Descripciones*
    - (a) *Chavos de la calle*
    - (b) *Quién es de calle*
  - (2) *Posición actual*

**F. Capítulo 5. Procesos (Análisis), 107**

Presentación

- I. Intervenciones
- II. Itinerancias
- III. Inflexiones
  - a) *Violencia: de la transgresión al tormento*
  - b) *Morir en calle*
  - c) *Ser padre, ser madre*
  - d) *Niños de la calle y adultos callejeros*

**G. Salir de calle... (Conclusiones), 138**

- I. Qué es la salida
- II. Porqué poblaciones callejeras
- III. Identidad callejera e inflexiones

Apuntes finales: sobre intervención y políticas públicas

**Anexos, 156**

**Referencias, 160**

## RESUMEN

El fenómeno de la población que vive en calle ha sido abordado desde distintas perspectivas. La historia, la psicología analítica, la antropología y la sociología son sólo algunas de las disciplinas que se han enfocado en los mendigos, los vagabundos, los niños y chavos de la calle, los homeless y los “sin techo”. A partir de estas aproximaciones se ha explorado la expulsión del hogar, la entrada a la calle y el arraigo callejero, así como la apropiación del espacio público.

Sin embargo, en esta investigación se ha propuesto analizar, con base en el enfoque teórico de Identidad, más que la llegada y la permanencia en calle, los procesos de inflexión en las trayectorias de algunos individuos que, después de una extensa experiencia en calle, comienzan una vida fuera de ésta. Con este propósito se presentan los testimonios de algunos miembros de las poblaciones callejeras, y se analiza la posible conformación de una identidad callejera, atravesada por el estigma, el arraigo y la intervención social.

Distinguir algunas de las similitudes y las diferencias que asemejan y distancian a ciertos individuos que integran a las poblaciones callejeras; a la par de examinar la relación entre el posible distanciamiento de la identidad callejera y el proceso de salida de las calles de miembros jóvenes de las poblaciones callejeras han sido algunos de los objetivos que se desarrollan en esta tesis.

---

**Palabras claves:** poblaciones callejeras, identidad, estigma, intervención, arraigo.

## SUMMARY

The social phenomenon of population living on the streets has been studied from several different perspectives. History, analytic psychology, anthropology and sociology are some of the few academic disciplines where research has been done on beggars, homeless, children and youngsters living on the streets and, in general, people with no roof on their heads. Home eviction, entrance and permanence on the streets and alleys, and the appropriation of public space have all been explored from these different approaches.

Nonetheless, this research proposes to analyze, based on the theoretical framework of Identity, the inflection processes in the life trajectory of some individuals who, after extensive experience of living on the streets, start a new life off the streets. With this purpose in mind, testimonies of street population members are presented, analyzing the possible conformation of a “street identity” crossed by social stigma, entrenchment and intervention.

This dissertation study has, among others, the objective of distinguishing similarities and differences that resemble and contrast certain individuals integrating the street population; while pondering the relation between the possible distancing of the “street identity” and the exiting process of life on the streets among young members of the street population.

---

**Keywords:** street populations, homeless people, identity, social stigma, social intervention, entrenchment.



## LISTAS DE TABLAS Y FIGURAS

### TABLAS

**Tabla 1.** Cifras sobre poblaciones callejeras (1995-2017), **21**

**Tabla 2.** Criterios temáticos de exploración, **62**

**Tabla 3.** Clasificación de intervenciones sociales, **112**

### FIGURAS

**Figura 1.** Caras de la identidad, **32**

**Figura 2.** Dimensiones de identidad, **34**

**Figura 3.** Categorías y subcategorías de análisis, **63**

**Figura 4.** Categorías de análisis, **70**

## A. Entrar... salir a la calle (Introducción)

Pero ni modo, aquí nos tocó malvivir y aquí malvivimos, en esta casa sin techo que es la calle. Y es por eso que ellos deciden si entrar o no entrar: porque a la calle se entra, no se sale, se entra como quien entra a una selva, o a un desierto, o a una cueva. Salir de casa y entrar a la calle es lo que hice y es lo que volvería a hacer si otra vez estuviera en mi casa. Pero es un puro decir porque de aquí ya no me saca nadie. (Lechuga, 2017:13).

Retomado de la obra *Somos calle*, basada en las historias de vida y en el trabajo social realizado con miembros de las poblaciones callejeras que habitan en las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México, este fragmento resulta relevante porque expone algunos de los aspectos que se pretenden abordar en esta investigación. El primero son las nociones de arraigo callejero, carrera hacia la calle y callejerización, conceptos que comprenden los procesos de expulsión a la calle, la incorporación al espacio público y la apropiación del espacio público como lugar de pernocta, socialización y obtención de recursos materiales y simbólicos; y que a la vez dan cuenta de prácticas, interacciones, pertenencias y características que configuran la cultura callejera. El segundo, y más evidente aspecto, es la aproximación habitual sobre el fenómeno de vida callejera que se enfoca en la entrada y permanencia en el espacio público, más no en el proceso de salida de las calles de algunos de los miembros que componen a las poblaciones callejeras.

En este marco, es importante señalar que el fenómeno de la población que habita y sobrevive en el espacio público no es reciente ni exclusivo de México. Las poblaciones callejeras son una expresión de exclusión social característica e invisibilizada en las urbes de muchos países, tanto de América Latina como de África y Europa. En el caso de México, se tiene conocimiento de la presencia de niños y niñas en la calle desde la época colonial, aunque el tema cobró relevancia en las décadas de los 70 y 80 del siglo XX, cuando el término “niños de la calle” se volvió común en distintas ciudades en la escena internacional (Quórum, 2010: 8).

A partir de ese momento, el fenómeno de la población callejera fue abordado desde la sociedad civil y la investigación. Sin embargo, su atención y análisis se centró en la población menor de edad y, generalmente, a partir de una mirada asistencial en la que instituciones u organizaciones proveen ayuda social a grupos o individuos en condiciones de vulnerabilidad de forma temporal sin considerar la capacidad de agencia del actor ni contemplar el desarrollo de soluciones estructurales. Este enfoque, generalmente circunscrito a un grupo etario, ha limitado los alcances comprensivos desde la academia, así como la eficacia que las intervenciones de distintas organizaciones e instituciones gubernamentales han podido tener, contribuyendo en los procesos de expansión, permanencia y reproducción del fenómeno.

Pues, si bien, desde la historia, la psicología social, la antropología e incluso la sociología, se ha dado cuenta de las dinámicas de expulsión del hogar, la apropiación del espacio, el proceso de callejerización y el arraigo callejero, el término “niños de la calle”, ha sido rebasado. Debido al origen multifactorial del fenómeno, así como a los límites de las políticas públicas y las acciones sociales que abordan el tema, el fenómeno de la población que habita, vive y sobrevive en el espacio público se ha multiplicado y expandido a distintos grupos etarios, siendo un factor importante la transmisión intergeneracional de la pobreza.

Dado lo anterior, se ha optado por retomar el concepto “poblaciones callejeras”. Este término se distingue de los términos “sin hogar”, “sin techo”, “habitantes de calle” o “personas en situación de calle”, empleados en distintos países y momentos, pues añade la dimensión de identidad a partir de la pertenencia grupal y la gestación de una cultura callejera que parte de la apropiación simbólica y material del espacio público. Además, el concepto “poblaciones callejeras” comprende la dimensión de identidad, lo cual posibilita examinar tanto el mecanismo de entrada y permanencia en las calles de los miembros de la población, así como el proceso a través del cual algunos de los sujetos que han habitado las calles por largos periodos temporales emprenden procesos en los que cambian la dirección de sus trayectorias de vida.

Distintos espacios físicos como calles, plazas, jardines, coladeras, parques, estaciones de transporte, entre otros, empleados por parte de las y los miembros de las poblaciones callejeras como lugares de pernocta, socialización y obtención de recursos son susceptibles de la apropiación práctica y simbólica. Y, a su vez, dichos espacios inciden en el tipo de interacciones, prácticas y relaciones que los individuos establecen, pues la calle “determina formas de vida y supervivencia, crea reglas e instituciones propias, y provee a la población que vive en la calle de recursos simbólicos y culturales que refuerzan su identidad como personas y grupos urbanos socialmente excluidos e históricamente marginados” (CDHDF, 2014: 32).

#### I. Planteamiento del problema: estado del arte

Puesto que son distintos los enfoques disciplinarios desde los cuales se ha analizado previamente la temática que atañe a esta investigación: la historia, la psicología, la antropología, las políticas públicas y la sociología, se han ubicado algunos de los ejes analíticos, entre los cuales destacan las nociones de expulsión, carrera hacia la calle, arraigo callejero y callejerización; la evolución histórica del uso de distintos términos que dan cuenta del estigma asociado a la vida en calle; así como las aproximaciones desde organizaciones de la sociedad civil y las políticas públicas para abordar el fenómeno.

Partiendo del **proceso de expulsión del hogar**, trabajos como el realizado en conjunto por Bertha Elvia Taracena y María Isabel Moratilla-Olvera, “Vulnerabilidad social y orfandad: trayectoria vital de una adolescente”, o el libro *Cómo sobreviven los marginados*, de Larissa Adler de Lomnitz, se ubican desde el enfoque socio-clínico o el estudio antropológico en el análisis y la comprensión de los procesos de marginalización y exclusión social de los sectores con mayor vulneración económica. Ya sea a partir de una trayectoria vital o de la etnografía de una barriada de 200 viviendas en la Ciudad de México, se reflexiona sobre las problemáticas psicosociales y su interrelación con las influencias socioculturales, se analizan la marginalidad socioeconómica, la vulnerabilidad social y la orfandad como

condicionantes de los procesos de expulsión, así como los subsecuentes mecanismos de supervivencia: callejerización y arraigo callejero.

En esta perspectiva, son fundamentales los diversos y numerosos trabajos de Taracena quien, tanto individualmente como en conjunto, ha explorado el fenómeno **arraigo callejero** y los procesos de **callejerización**, desde la expulsión del núcleo familiar hasta la apropiación del espacio público y el desarrollo de estrategias de supervivencia. Artículos como “Las familias expulsoras de niños y niñas hacia la calle”, “De la economía informal a vivir en la calle: supervivencia de un sector de jóvenes en Ciudad de México”, y “Hacia una caracterización psico-social del fenómeno de callejerización”, exploran dichos componentes, así como “Habitar la calle: pasos hacia una ciudadanía a partir de este espacio”, que realizó en colaboración con Iván Alejandro Saucedo, quien contribuye en este mismo sentido a partir de su tesis de grado *El arraigo callejero en niñas y mujeres que viven en las calles de la Ciudad de México. Aportes para una intervención educativa*.

Otro proyecto ha sido *Niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situaciones de calle. Elementos para repensar las formas de intervención*, de Quórum, en donde se pone énfasis en la comprensión del proceso de callejerización de los niños, niñas y jóvenes y en la posterior etapa de arraigo. Sin embargo, la pretensión de fondo es entender los elementos que propician la permanencia en los espacios callejeros, las actividades de sobrevivencia, los procesos de generación de identidad, las adicciones, la conformación de redes sociales y de núcleos familiares, para determinar las condiciones que permiten el arraigo de los niños a la calle.

De modo similar, Ricardo Lucchini, en *Sociología de la supervivencia. El niño y la calle*, cuestiona el papel del actor y su asociación con las estructuras sociales, para centrar el discurso y los actos del individuo en un contexto social y un periodo temporal, teniendo en cuenta las corrientes de la sociología interpretativa y la etnometodología. Además, en su descripción de los elementos que comprenden “**la carrera hacia la calle**”, ubica: el grado de identificación con los miembros del grupo,

el tipo de prácticas transgresoras como el consumo de inhalantes, la cercanía con las relaciones familiares, la satisfacción con el modo de vida, entre otros elementos, siendo algunos de éstos parte de lo que en este proyecto constituiría la pertenencia social y la identidad cultural.

Es así como por medio de la mirada antropológica y psicológica del fenómeno, es posible aproximarse a los procesos de expulsión y arraigo callejero, que implican la **apropiación del espacio público**, la socialización entre distintos actores y el ejercicio de mecanismos de supervivencia que, en conjunto, dan cuenta de las prácticas sociales relacionadas con la pertenencia grupal y cultural, inscritas en las dinámicas cotidianas desarrolladas y ligadas a los lugares de convivencia y sobrevivencia, así como al desdibujamiento de los límites en la dicotomía público-privado.

Estos enfoques ponen en cuestión las miradas tradicionales al tema, pues parten del análisis complejo del fenómeno mediante técnicas de investigación que dan cuenta de mayores elementos de interacción y vinculación simbólica y social. Así, como apunta Sara Makowski en su libro, *Jóvenes que viven en la calle*, desde el horizonte teórico y analítico de la exclusión social anclado al espacio público, la experiencia de hombres y mujeres que habitan las calles se inscribe en los procesos de inversión simbólica e imaginaria en el espacio apropiado. La autora, a partir del método etnográfico y el uso de narrativas, se aproxima a las experiencias, las memorias y los lugares en la interpretación de los jóvenes callejeros que se apropian de las calles, plazas y espacios públicos en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

Sin embargo, un aspecto inherente al estudio del tema parte de la importancia de la construcción de **referentes conceptuales** y sus implicaciones en el tipo de aproximación social e institucional. Estas nociones están plagadas de prejuicios asociados al trato asistencial, represivo y criminalizador de la población callejera. Desde la revisión histórica, por ejemplo, se aborda la imagen del vagabundo, el



mendigo y la infancia desvalida, las cuales representan al habitante de la calle como víctima en distintos campos: cultural, jurídico e institucional.

Dan cuenta de esto, la obra de Bronislaw Geremek, *La estirpe de Caín. La imagen de los vagabundos y de los pobres en las literaturas europeas de los siglos XV al XVII*, la cual se concentra en el interés que ha mantenido la producción literaria por la figura del pobre y el mundo de la miseria. Esta aproximación permite establecer un recorrido cronológico de la imagen del pobre en la literatura europea, reflejo de la realidad social, en donde es visto principalmente bajo la figura de mendigo y vagabundo.

Es visible, así, cómo se reproducen las concepciones acerca de las personas excluidas como beneficiarios de los sistemas sociales, y los distintos arquetipos asociados: como víctimas de la pobreza y, a la vez, como potenciales victimarios: amorales, forasteros, delincuentes y charlatanes, por lo que paralelamente se justifica y generaliza el tipo de trato social e institucional dado y que entrama la compleja articulación de condiciones que perpetúan los contextos de desigualdad y exclusión.

De lo anterior da cuenta tanto la obra de Geremek que se centra en el análisis comparado de la producción literaria en los siglos XV al XVII, así como la revisión que realiza Norman Francis Martin en *Los vagabundos en la Nueva España*, que con base en el análisis de fuentes primarias y secundarias explora la vagancia y la malvivencia en la Nueva España del S.XVI, considerado como un problema social caracterizado por la exclusión y originado por los cambios demográficos, migratorios, y económicos en la región y periodo particular. De modo similar, el texto de Zoila Santiago Antonio, “Los niños y jóvenes infractores de la Ciudad de México, 1920-1937”, se describe la historia social de la infancia desvalida, las estrategias de supervivencia, el contexto social y las instituciones de beneficencia acordes, a partir de los expedientes del Tribunal para Menores Infractores.

De este modo, la revisión desde la perspectiva histórica nos permite distinguir tres aspectos principales. Primero, la transición conceptual en el estudio del fenómeno de la población que habita el espacio público, la cual discurre desde la imagen de vagabundo o mendigo para conceptualizarse como niños de la calle, a principios del siglo XX. Asimismo, la contradicción de las imágenes derivadas de estas concepciones sobre quienes viven en la calle, percibidos como una figura dual: víctima y victimario, al ser excluidos del sistema, pero configurándose como potenciales delincuentes. Y, la asociación de los términos empleados con el tipo de políticas asistenciales y criminales que enmarcan los criterios institucionales de su trato.

Sobre estos imaginarios abonan los artículos de Xelhuanzi Santillán, “Niño de calle: representación social del concepto en Guadalajara y Ciudad de México” y Carlos Nieto, “Definiciones de habitante de calle y de niño, niña y adolescente en situación de calle: diferencias y yuxtaposiciones”, en los cuales se considera el análisis conceptual de los términos utilizados para referirse a las personas que habitan los espacios públicos. En ambos casos se manifiesta que los conceptos son variados, dinámicos e históricos, pero también que adquieren connotaciones políticas pues ponen en evidencia la carga de estereotipos y prejuicios asociados con su uso. Este hecho ejemplifica la compleja articulación de condiciones que perpetúan los contextos de desigualdad y exclusión.

Atentos al tipo de trato e implementación de **políticas públicas enfocadas** en la población en calle se han desarrollado diversos trabajos multidisciplinares realizados desde instituciones gubernamentales, la academia y las organizaciones de la sociedad civil. Uno de los más completos y profundos ha sido el elaborado por la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal en su *Informe especial. Situación de los derechos humanos de las poblaciones callejeras en el Distrito Federal 2012-2013* y el de Juan Martín Pérez García en “La infancia callejera: apuntes para reflexionar el fenómeno”, mediante los cuales se analizan las condiciones de sobrevivencia en términos de vulneración de derechos humanos de



las poblaciones callejeras. Esta perspectiva permite alejarse del enfoque asistencial y repensar la problemática en términos de ejercicio de derechos y habilitación de la ciudadanía.

También Makowski considera esta mirada en su artículo “Ciudadanos invisibles”, donde establece la problemática de la juventud callejera en clave de ciudadanía. Con este interés en mente, explora las transformaciones recientes de las y los jóvenes que viven en las calles de la ciudad de México, a partir de las modificaciones en sus estrategias de sobrevivencia y la alteración de las estructuras grupales. Con esta base propone una ruta para reflexionar sobre los procesos de construcción de ciudadanía y de este modo cuestiona las vías de aproximación asistencial al tema.

Del mismo modo, en el artículo de Marta Elena Correa y Johanna Zapata, “La otra ciudad - Otros sujetos: los habitantes de la calle”, se plantea la condición del habitante de calle como subproducto de concepciones de desarrollo que privilegian el crecimiento económico, y desconocen criterios como la equidad, el fortalecimiento de las capacidades humanas y el fomento de las formas de solidaridad, y con estas bases definen criterios para el establecimiento de políticas públicas.

La orientación de estas investigaciones tiene similitudes con la emprendida por Martin Boy, “Políticas sociales para personas que viven en las calles”, en la que analiza y compara dos casos en las ciudades de Buenos Aires y Distrito Federal, y a través de los cuales determina cómo la situación de calle ha sido incorporada como una problemática en la agenda pública e identifica las características de las políticas creadas por los gobiernos locales. Sus herramientas metodológicas son la realización de entrevistas a personas que viven en las calles y a funcionarios que trabajan en los programas sociales, además del análisis estadístico.

Finalmente, en esta breve revisión, Rebecca Danielle Strickland realiza una aproximación similar en los artículos “La calle de los jóvenes en la Ciudad de México: territorios y redes de las poblaciones callejeras” y “Poblaciones Callejeras: de la asistencia a la represión”. A través de estos textos, la autora presenta un breve

análisis del proceso de apropiación de los espacios públicos y el desdibujamiento de los límites en la dicotomía público-privado, además de indagar en las dinámicas cotidianas desarrolladas y ligadas a los lugares de convivencia y sobrevivencia. También contribuye a la reflexión del tema al cuestionar la eficacia de las alternativas públicas y privadas de las organizaciones de la sociedad civil e instituciones gubernamentales, enfocadas en proyectos asistenciales y correccionales, por lo que propone la implementación de proyectos pedagógicos que promuevan el desarrollo de una conciencia crítica entre las poblaciones callejeras y su posterior movilización social.

Este somero recorrido de algunos de los trabajos recientes que abordan el fenómeno de la población que habita en el espacio público permite distinguir dos aspectos cruciales acerca de las principales aproximaciones al tema. En primer lugar, el énfasis de distintas disciplinas enfocadas en las dinámicas que originan el fenómeno, centrándose, sobre todo en los factores de expulsión, marginación y vulnerabilidad social; así como en los procesos de interacción y apropiación de los espacios públicos, junto con el desarrollo de mecanismos de supervivencia que conllevan el arraigo callejero.

En segundo lugar, el tratamiento que, desde diferentes enfoques, reconoce la vida en calle como una categoría de vulnerabilidad social, sujeto de intervención social, por lo que no sorprende la focalización en la población considerada más indefensa: niños y mujeres. Es aquí donde la evolución conceptual de los términos de referencia tiene eco, pues se circunscribe principalmente a la infancia callejera, pero también evidencia el estigma dual asociado a la vida en calle: víctima y victimario. Por lo que se sugiere que las aproximaciones desde organizaciones de la sociedad civil y las políticas públicas para abordar el fenómeno no pueden alejarse de esta concepción sin antes, necesariamente, cuestionarla o comprenderla más allá del estigma.

## II. Problema de investigación

Desde distintas disciplinas se ha dado cuenta de los procesos de arraigo, callejerización, carrera hacia la calle y apropiación simbólica del espacio público, a través de los cuales se comprende cómo algunos individuos que se incorporan a la vida en el espacio público a temprana edad, desarrollan habilidades y estrategias de sobrevivencia callejera que les permiten permanecer durante amplios periodos de tiempo en las calles y, a la vez, desarrollar prácticas y lazos de pertenencia que fomentan su permanencia en calle. Por lo que, considerando este entramado, la cuestión sería analizar ¿cómo se explican entonces los quiebres en la trayectoria particular de algunos individuos que después de su amplia experiencia en calle comienzan una vida fuera de ésta?

Esta incógnita puede ser razonada desde distintos enfoques. Uno de ellos podría argumentar que el éxito de las políticas públicas y los programas gubernamentales enfocados en la población callejera ha posibilitado la salida de las calles por parte de algunos de sus miembros. Otro, tal vez, consideraría que la oferta y mediación de las distintas organizaciones de la sociedad civil (OSC) ha resultado atractiva para esta población por lo que se ha visto reducido el número de población en esta situación.

Sin embargo, considerando esta perspectiva, valdría la pena cuestionar no sólo el éxito de dichas intervenciones, sino también su naturaleza y alcance. ¿Cuál es la caracterización simbólica, los estereotipos o estigmas asociados, de la que derivan los objetivos para lo cual fueron planteadas? ¿De qué forma su implementación manifiesta el ejercicio asimétrico de poder, un dispositivo de control o la imposición de un discurso normalizador sobre la realidad social? Y, más allá de éstas, ¿qué impacto pueden tener los discursos de intervención en la reflexión individual de los actores intervenidos, en el desarrollo de su narrativa personal o en la configuración de su identidad? O, ¿de qué manera los individuos reciben, condensan y se apropian de estos discursos para convertirlos en parte de su propia narrativa o su vivencia?

### **a) *Justificación y pertinencia***

Aunque diversos enfoques han sido considerados durante el acercamiento a este fenómeno, la perspectiva que se propone explorar intenta analizar el punto de vista del actor y la intimidad de su narrativa individual en el proceso de toma de decisiones. De este modo, se pretende inquirir en la relación entre los elementos que componen la identidad callejera y los factores que intervienen en el posible distanciamiento de dicha identidad, lo cual podría propiciar el proceso de salida de las calles por parte de algunos de los miembros de las poblaciones callejeras.

Este análisis resulta de interés tanto para el estudio del impacto de las políticas públicas, como para la sociología en su estudio de la construcción social de la realidad y de las interacciones y acciones de los sujetos que la construyen. A través de este último se cuestionan los elementos que configuran la pertenencia del individuo a determinados grupos o identidades. Pues, si bien:

Una sociedad está integrada por muchos grupos, cada uno de los cuales tiene su propio conjunto de reglas, y la gente pertenece a muchos grupos simultáneamente. Una persona puede romper las reglas de un grupo por simplemente atenerse a las reglas de otro (Becker, 2014: 27).

Dicho enfoque es relevante porque permite explorar la identidad, tanto individual como social, que opera en el actor y la forma en que ésta impacta en sus acciones. En este caso, el análisis se centra en cómo el sujeto se adscribe a un grupo o identidad social y, sobre todo, qué determina su distanciamiento o la pertenencia a un grupo o identidad diferente. Así, la identidad y la pertenencia grupal constituyen nociones desde las cuales se puede cuestionar y profundizar en el análisis de conceptos centrales en el estudio de las poblaciones callejeras tales como la conducta desviada, las categorías de exclusión y etiquetamiento social; o el papel del estigma en la adopción y reafirmación de las prácticas sociales ligadas a la calle; así como el arraigo callejero o el proceso de callejerización, visto por medio de las dinámicas que representan manifestaciones de la cultura callejera o la identidad cultural ligada a la calle.

## **b) Objetivos y preguntas**

Es a partir de esta última aproximación que se propone analizar el proceso de salida de calle de miembros jóvenes de la población, entre 18 y 35 años, que han experimentado un periodo de arraigo callejero en la Ciudad de México. A contraluz de estos testimonios centrales, también se contará con los relatos de adultos, entre 40 y 70 años, de reciente inserción a la vida en el espacio público, cuya mirada nutrirá la comprensión de las similitudes y distancias entre distintos miembros de las poblaciones callejeras, además de dimensionar el lugar que ocupa el fenómeno al interior del mismo.

Esta exploración se centrará en dos procesos: la conformación de una identidad callejera para este sector poblacional, suponiendo que existe un acotamiento que los distingue de otros grupos etarios como niños, adolescentes y adultos mayores, con quienes comparten condiciones similares de exclusión y apropiación del espacio público; y la exploración de los factores o inflexiones que forman parte de su proceso de salida de calle y que podrían relacionarse con el posible distanciamiento de dicha identidad callejera. Así, las preguntas y los objetivos que orientan esta investigación son:

### **Preguntas**

1. ¿Existe una identidad “callejera” compartida por los adultos jóvenes, entre 18 y 35 años, miembros de las poblaciones callejeras de la Ciudad de México?
2. ¿Cómo se diferencia este grupo de otros miembros de las poblaciones callejeras?
3. *¿Cuáles son los factores (experiencias, prácticas e interacciones sociales) que intervienen en el proceso de salida de las calles de algunos de los adultos jóvenes que integran a las poblaciones callejeras?*
4. ¿Existe una relación entre el distanciamiento de la identidad callejera y la salida de las calles de algunos de los miembros de esta población?

## Objetivos

– *General:*

*Identificar los factores (experiencias, prácticas e interacciones sociales) que intervienen en el proceso de salida de las calles de algunos adultos jóvenes miembros de las poblaciones callejeras.*

– Específicos:

1. Analizar el desarrollo conceptual del término población callejera, dando cuenta de la construcción histórica de su conceptualización estigmatizada.
2. Examinar la relación entre el arraigo callejero, la carrera hacia la calle y la callejerización y los elementos que conforman la identidad callejera.
3. Distinguir algunas de las similitudes y las diferencias que distancian a distintos individuos que integran a las poblaciones callejeras.
4. Identificar posibles factores que inciden en la posible fragmentación o el distanciamiento de dicha identidad callejera.
5. Analizar la existencia de una relación entre el posible distanciamiento de la identidad callejera y el proceso de salida de las calles de miembros jóvenes de las poblaciones callejeras.

Con este marco en mente, el desarrollo de esta tesis se ha dividido en cinco capítulos a través de los cuales se aborda la comprensión conceptual, teórica y metodológica del fenómeno, así como el análisis de los testimonios recabados y la exposición de algunas consideraciones finales. En el primer capítulo: *De mendigos y vagos a niños de la calle y sin techo*, se establece una breve trayectoria conceptual de los términos utilizados para referir el fenómeno de la vida y sobrevivencia en el espacio público con el objetivo de evidenciar el doble estigma asociado con su empleo y, a la vez, exponer la complejidad del fenómeno a través de las categorías de uso.

En el siguiente capítulo, *Somos calle*, se plantea el enfoque teórico de identidad, el cual se relaciona con la elección del término poblaciones callejeras y la



estigmatización descrita de la población. Se expone la noción de identidad callejera y se relaciona con la elección teórica con base en las dimensiones de identidad. De este modo, se orienta la reflexión que guiará la aproximación del tercer capítulo, *La calle, ¿cómo acercarnos?*, en el cual se describe la aproximación metodológica en la narrativa biográfica de ocho testimonios de miembros de las poblaciones callejeras, con base en entrevistas temáticas semiestructuradas, así como conceptos y categorías clave en el análisis: intervención social, vida en calle y los criterios de exploración.

En los siguientes dos capítulos, *Ser de calle* y *Procesos*, se analizan los dos ejes centrales de esta tesis: la posible configuración de una identidad callejera en hombres y mujeres quienes a partir de una temprana y prolongada experiencia de vida en calle han desarrollado prácticas, atributos, pertenencias y experiencias de vida comunes y, a la vez, los procesos de inflexión que han motivado un cambio en sus trayectorias de vida. Esta aproximación se llevó a cabo a partir de la presentación de los relatos de vida de miembros de las poblaciones callejeras con estas características particulares, el análisis de sus entrevistas y la interpretación de sus relatos a la luz del enfoque teórico de identidad, así como la contraluz de los testimonios de miembros de las poblaciones callejeras con rasgos distintivos.

Por último, en *Salir de calle...* se exponen algunas consideraciones acerca de la aproximación al fenómeno de la vida en calle, las estrategias de intervención social, que de forma transversal se entretajan en este análisis sin por eso ser el centro de la investigación y algunos apuntes finales acerca de las oportunidades de exploración de este tema de estudio.

## **B. Capítulo 1. De mendigos y vagos a niños de la calle y sin techo (Conceptos)**

### **Presentación**

Un aspecto inherente al estudio del fenómeno de la población que vive y sobrevive en el espacio público concierne a la construcción y empleo de referentes que permitan comprender y dar cuenta de nociones compartidas sobre estos actores. En este caso, la importancia del uso de los conceptos o categorías, innegable en cualquier estudio, se acentúa al considerar las implicaciones que dichas nociones imprimen al tipo de aproximación académica, social e institucional.

Cuando se reflexiona sobre los términos empleados para referir a quienes viven en el espacio público se observa que estas nociones están plagadas de prejuicios, ya sea asociados al trato asistencial, o al represivo y criminalizador. Nociones tales como mendigo, vagabundo, gamín o malviviente, e incluso en sus concepciones más actuales como niño de la calle, infancia desvalida, chavo de la calle, *meninos de rua*, *homeless* o sin techo, refuerzan el estigma dual de víctima o victimario.

Por lo anterior, en este capítulo se pretende, por un lado, realizar un breve recorrido de los conceptos empleados para nombrar a los habitantes de la calle, con el propósito de evidenciar el doble estigma asociado con la vida en la calle. Y, por el otro, referir a la discusión actual acerca de la construcción de una categoría de estudio, la de poblaciones callejeras, que se distingue por referir la complejidad del fenómeno observado y no sólo sus características de privación, con sus claros límites particulares.



## I. Evolución conceptual

El uso generalizado de términos como indigentes, limosneros, “niños de la calle”, *homeless*, personas en situación de calle, vagos, mendigos hacen evidente la ausencia de una homologación teórico-metodológica que distinga de forma única al conjunto de individuos que por diversas causas habitan y se apropian del espacio público. Sin embargo, para los fines de esta investigación, el término utilizado para referir a la población objetivo será el de *poblaciones callejeras*, el cual se estima como el más pertinente.

Aunque las imágenes de vago, mendigo e infancia desvalida están presentes en distintas obras históricas que abordan la figura del pobre y el mundo de la miseria, éstas representan al habitante de la calle como víctima en distintos campos: social, cultural, jurídico e institucional. Vagabundos y mendigos, vagos y malvivientes son nociones que reproducen y fortalecen los estigmas y prejuicios asociados acerca de las personas excluidas, ya sea como víctimas de la pobreza y, a la vez, potenciales victimarios y delincuentes. Por lo que, de este modo, paralelamente se justifica y generaliza el tipo de trato social e institucional dado y que entrama la compleja articulación de condiciones que perpetúan los contextos de desigualdad y exclusión.

### a) *Identidad y estigma: víctima y victimario*

En el caso de México, distintas obras refieren cómo el fenómeno de la sobrevivencia en las calles tiene antecedentes registrados anteriores a la construcción del estado actual y describen su persistencia en los inicios del siglo XX. En la Ciudad de México, desde la época de la colonia “se veían menores abandonados que mendigaban, vagaban y dormían en las calles”, denominados “mestizos” al ser resultado de las violaciones de soldados españoles (Makowski, 2010: 64). Por ello, en 1531, la situación de los niños huérfanos de la Nueva España llevó a Fray Vasco de Quiroga a proponer la construcción de albergues ante el Consejo de Indias. Así, ante el aumento de personas que vagaban por las calles y con el fin de mantener el

orden y evitar la delincuencia, se dio la orden de recoger y reubicar a los vagabundos mestizos (Coronado, 2011: 2).

No obstante, fue hacia los siglos XVI y XVII, y a partir de las crisis de la subsistencia, el subempleo, el aumento de los precios de los alimentos, la recuperación demográfica y el crecimiento de las ciudades (Sáenz, 2008: 3) que la Iglesia asumió un papel importante en la atención a los menesterosos, por medio del cuidado de los enfermos y de los desvalidos, de los huérfanos y los peregrinos (López, 2012: 8). Sin embargo, sus prácticas preventivas (oración, trabajo forzado, disciplina y reeducación), y también las represivas, reforzaron la estigmatización de la población en condiciones de precariedad, categorizándolos como los buenos pobres y los malos pobres, aquellos sujetos de caridad o de castigo. A la vez, se recrudeció el trato criminalizador en contra de personas reincidentes en la actividad de vagabundeo y mendicidad (Sáenz, 2008: 3).

Obras como *Los vagabundos en la Nueva España*, de Francis Martin (1957), describe a la vagancia y la malvivencia en los siglos XVI, XVII y XVIII como un problema social caracterizado por la exclusión y originado por los cambios demográficos, migratorios, y económicos en la región y periodo particular. No permitida la mendicidad en la Nueva España, los vagos, pordioseros y expósitos eran recogidos de las calles y reubicados en hospicios, fábricas, cárceles y obras públicas con el fin de regular la mendicidad y abolir la vagancia. Delineando tres categorías:

(L)os pobres físicamente incapaces de sostenerse que no tenían otro medio de sobrevivir más que el de la mendicidad; los pobres de conveniencia o sea los holgazanes y vagos que huían del trabajo y se volvían limosneros habituales; los pobres de apariencia o sea los que pretendían la pobreza y se dedicaban a la mendicidad con el fin de cubrir su identidad de ladrón y bandido (103).

Estas clasificaciones cobran relevancia al considerar su vigencia y a que, a partir de éstas, se determinó quiénes son aquellos pobres que, con base en la caridad cristiana, son dignos de ayuda y cuáles deben ser forzados al trabajo o a la

reprimenda por su holgazanería. Sin embargo, aunque no se cuenta con cifras, de los dos millones y medio de personas que padecían alguna forma de indigencia en el siglo XVIII, la mayor parte la integraban los mestizos o personas con sangre mezclada, a los que se sumaban algunos criollos, peninsulares y negros, aunque también indígenas. Es decir, fueron los sectores de la población que, a pesar de haber crecido considerablemente, se encontraban excluidos y marginados de participar en actividades económicas y políticas los que constituyeron a la población que vivía en calle. La “gente perdida”, inadaptada y desplazada que no encontraba lugar en la composición social de la sociedad novohispana.

La orientación punitiva del trato a la vagancia llevó a la aprensión de la holgazanería criminal, entre 1702 y 1766, para limpiar a la república de vagabundos, salteadores, ladrones y “gente de mal vivir”, castigándolos con azotes, presidio y trabajos forzados. A finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, se incorporaron remedios preventivos que buscaban subsanar las condiciones de indigencia (Martin, 1957: 122-126).

Fue a principios del siglo XX que la “apropiación de la calle por los mendigos, papeleros, boleteros, vendedores ambulantes, tanto niños como adultos, se hizo más visible” (Santiago, 2012: 204). Consecuencia tanto del movimiento revolucionario como del proceso de industrialización y urbanización de finales del porfiriato, la pobreza y la exclusión recobraron connotaciones de peligrosidad en la figura de vagos, mendigos y menores, posibles sospechosos de actos delincuenciales.

En el caso de los menores, acusados por deambular por las calles, por no estar en la casa, la escuela o en algún oficio, los niños y jóvenes eran llevados ante el Tribunal para Menores Infractores en dónde se les destinaba a un establecimiento, hospicio o escuela granja en dónde serían encerrados, disciplinados, educados y “regenerados”. Provenientes de las familias más pobres de la ciudad y sus periferias, de familias “desorganizadas”, o monoparentales, en abandono u

orfandad, habían experimentado violencia y abusos por lo que habían dejado a sus familias y recurrido al trabajo en las calles como canasteros, limpiabotas, vendedores de dulces, periódicos y billetes de lotería, actividades consideradas oficios viciosos para gente ociosa por no formar en ellos “orden, disciplina y respeto” (Santiago, 2012: 211).

Por ello se habían establecido las instituciones descritas, tribunales, hospicios y escuelas, enfocadas en los más necesitados, y producto de la tradición colonial, pues “de hecho, algunas de las instituciones que se conservaron en las primeras décadas del siglo XX habían sido fundadas durante aquella época” aunque hubieran cambiado en nombre y finalidad (Santiago, 2012: 211). Aunque creadas para socorrerlos, estas instituciones también fungieron como dispositivos de control social a través de los cuales se buscó moldear nuevos comportamientos que los convirtieran en personas “útiles” socialmente.

Sin embargo, fue en la década de los 80 del siglo XX, como producto parcial de factores macroeconómicos, que el fenómeno de la infancia callejera recrudesció en el nivel internacional, por lo que también concentró la atención de organizaciones en la escala local y mundial. Asimismo, la proclamación de 1979 como el *Año Internacional del Niño*, por parte de la Organización de las Naciones Unidas, también contribuyó a posicionar el fenómeno en la agenda internacional y ubicó la cuestión en un parteaguas temporal dentro de la promoción del desarrollo de investigaciones dirigidas a esta población (Quórum, 2010: 15). Del mismo modo, la celebración en 1984 del *Primer Seminario Regional Latinoamericano sobre Alternativas Comunitarias para Niños de la Calle*, organizado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) destacó la creciente preocupación por el notable incremento en los niños y las niñas que reconfiguraban el espacio público.

Aun así, lo cierto es que, a la fecha, no se conoce el tamaño del fenómeno, internacional, nacional o localmente. Excepcionalmente, comparado con el resto de los gobiernos locales, en la Ciudad de México se han coordinado algunas acciones

para contar con estadísticas que reflejen el número de habitantes que se encuentran viviendo y sobreviviendo en las calles, pero lo cierto es que aún no existen cifras oficiales que den cuenta del fenómeno de forma integral y sistemática.

En la Ciudad de México, algunos de los datos que se han estimado son los siguientes:

**Tabla 1.** Cifras sobre poblaciones callejeras (1995-2017)

Año	Institución	Resultados
1995	Departamento del Distrito Federal y UNICEF	13, 373 <b>niñas y niños de la calle.</b>
1999	DIF y UNICEF	14, 322 que <b>vivían y/o trabajaban en calle</b> , de este universo sólo 1,003 vivían en calle.
2007	DIF-DF (Programa Hijos e Hijas de la Ciudad)	1, 878 personas que <b>pernoctaban en calle</b> , de esta cifra se desprende que 256 menores de edad.
2008		1, 405 <b>personas en situación de calle</b> , de los cuales 123 eran menores de edad.
2011-2012	Instituto de Asistencia e Integración Social (IASIS)	4,014 <b>personas en situación de calle.</b>
2017	Secretaría de Desarrollo Social de la CDMX- IASIS	6,754 miembros de las <b>poblaciones callejeras.</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de Copred (2016), “Poblaciones Callejeras” en Monografías por la no discriminación, (consultado el 10 de octubre de 2017), disponible en: (<http://data.copred.cdmx.gob.mx/por-la-no-discriminacion/poblaciones-callejeras/>).

A pesar del enfoque economicista del uso de cifras, lo cierto es que ninguno de estos datos es resultado de un ejercicio confiable. La inconsistencia en cifras, por ejemplo, si bien puede ser producto de las características de la movilidad e inestabilidad de la población, también se deriva de las diversas connotaciones que el uso de conceptos disímiles implica.

Niños y niñas de la calle fue empleado de forma inicial para enfatizar la composición infantil de la población que sobrevivía en las calles, después se distinguió en su uso a los niños que trabajaban en la calle y los que vivían en ese espacio. Actualmente,

uno de los términos más usados es el de personas en situación de calle, sin embargo, este concepto destaca la circunstancia de privación, pero también la supuesta condición transitoria de su permanencia en la calle.

Por eso es que a partir de 2002 se promovió el uso de poblaciones callejeras, el cual hace referencia a la existencia de un grupo poblacional que ha encontrado en las calles una alternativa de sobrevivencia, pudiendo pertenecer a diversos grupos (niños y niñas, mujeres, jóvenes, personas discapacitadas, adultos mayores y también familias), quienes comparten una situación de exclusión económica, social y política, así como experiencias de apropiación del espacio público que utilizan como área principal de socialización y obtención de recursos materiales y simbólicos y, quienes en la sobrevivencia de la vida en la calle de varias generaciones aprenden a convivir, comparten conocimientos, redes sociales, prácticas y una cultura común (Juan Martín Pérez García, 2002: 746).

De este modo, esta breve revisión permite distinguir tres aspectos principales. Primero, la transición conceptual en el estudio del fenómeno de la población que habita el espacio público, la cual discurre desde la imagen de vagabundo o mendigo para conceptualizarse como niños de la calle, a principios del siglo XX. Asimismo, la contradicción de las imágenes derivadas de estas concepciones sobre quienes viven en la calle, percibidos como una figura dual: víctima y victimario, al ser excluidos del sistema, pero configurándose como potenciales delincuentes. Y, la asociación de los términos empleados con el tipo de políticas asistenciales y criminales que enmarcan los criterios institucionales de su trato.

## II. Poblaciones callejeras

Dado lo anterior, se ha optado por retomar el concepto “poblaciones callejeras”, impulsado desde la sociedad civil e incluido actualmente, a partir del enfoque de Derechos Humanos, en los programas y políticas gubernamentales de la Ciudad de México —tales como el Programa de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF, 2009), el *Informe Especial: Situación de los derechos humanos de las*



*poblaciones callejeras en el Distrito Federal* (CDHDF, 2014) o el *Protocolo Interinstitucional de Atención Integral a Personas en Riesgo de Vivir en Calle e Integrantes de las Poblaciones Callejeras en la Ciudad de México* (Gaceta Oficial de la Ciudad de México, 2016)— para nombrar al conjunto heterogéneo de individuos—niños y niñas, adolescentes, jóvenes, adultos jóvenes, adultos mayores y familias— que comparten una situación de exclusión económica, social y política; experiencias de apropiación del espacio público, que utilizan como área principal de socialización y obtención de recursos materiales y simbólicos; así como “la misma red social de sobrevivencia y que en conjunto han gestado una cultura callejera” (CDHDF, 2014: 23 y CIADH, 2013: 39-40).

Esta aclaración conceptual es importante en varios sentidos. En primer lugar porque pone en evidencia las limitantes en el diseño y la implementación de políticas públicas que lejos de combatir y prevenir las causas de marginación y riesgo social, han perpetuado y difundido la existencia de personas que viven y sobreviven en el espacio público, favoreciendo la evolución de un fenómeno que actualmente comprende a distintos sectores etarios de la población e inscribe dinámicas de transmisión intergeneracional de la pobreza a partir de la reproducción de las condiciones de marginación y exclusión en más de una generación.

En segundo lugar, el empleo del término población callejera reorienta el sentido negativo que, a través del uso de distintas expresiones, se ha utilizado para referir a quienes sobreviven en el espacio público. Pues, a pesar de la variación y diversidad de los términos de referencia, se da cuenta del uso de distintas fórmulas que son consistentemente negativas, tanto en el entorno cotidiano como en la esfera institucional. Estas nociones se pueden enmarcar en lo que Erving Goffman define como *estigma* o identidad deteriorada, es decir, la “referencia a un atributo profundamente desacreditador”, o una marca social negativa utilizada para caracterizar a un individuo:

El término estigma y sus sinónimos ocultan una doble perspectiva: el individuo estigmatizado, ¿supone que su calidad de diferente ya es conocida o resulta

evidente en el acto, o que, por el contrario, esta no es conocida por quienes lo rodean ni inmediatamente perceptible para ellos? En el primer caso estamos frente a la situación del desacreditado, en el segundo frente a la del desacreditable (2015: 5).

De este modo, artículos periodísticos, documentos de políticas públicas y diversa bibliografía aún refieren calificativos como indigentes o vagabundos, además de términos como “personas de la calle”, “sin hogar”, *homeless* o “sin techo”. Estos y otros calificativos suelen hacer hincapié en sus carencias. Actualmente, el término más usado es el de “personas en situación de calle”, para destacar su calidad de personas, en primer término, y, en segundo lugar, “la circunstancia de privación respecto del alojamiento en que se encuentran” (Hernández, 2008: 187). Así pues, su permanencia en la calle es concebida como una condición temporal y transitoria.

Estos son los casos de denominaciones como “homeless” o persona sin hogar, acuñado en Estados Unidos y Canadá; persona en situación de calle, empleado en México; habitantes de calle, sin techo o sin hogar, entre otras. Por ejemplo, para el *European Observatory on Homelessness*:

**(P)ersonas sin hogar** serían todas aquellas personas que no pueden acceder o conservar un alojamiento adecuado, adaptado a su situación personal, permanente y que proporcione un marco estable de convivencia, ya sea por razones económicas u otras barreras sociales, o bien porque presentan dificultades personales para llevar una vida autónoma (Hernández, 2008: 189).

En el caso de Argentina, aunque “no se cuenta con una demarcación conceptual precisa de este fenómeno social”, se emplean los términos **sin techo**, al referir a “individuos aislados, desocupados, sin medios económicos ni hábitat propio y con lazos familiares rotos” (Boletín Oficial de la Ciudad de Buenos Aires, Decreto núm. 607/997), o ‘**persona sin hogar**’ o, debido a:

(L)a posibilidad de dar cuenta tanto de aspectos emocionales como sociales, además de los materiales. Si bien se trata de una traducción literal del vocablo inglés *homeless*, esta denominación permite la inclusión de las dimensiones sociales, culturales y políticas (Palleres, 2012:168).

Por su parte, la noción **habitante en situación de calle**:



(E)s asumida en algunos estudios como el total de los habitantes de calle y de los habitantes en la calle, entendiendo por habitante de calle aquella persona de cualquier edad que, generalmente, ha roto en forma definitiva los vínculos con su familia y hace de la calle su espacio permanente de vida, y por habitante en la calle, al menor de 18 años de edad que hace de la calle el escenario propio para su supervivencia y la de su familia, alternando la casa, la escuela y el trabajo. Sin embargo, (...) asumimos al habitante de la calle, como aquella persona cuya vida se desenvuelve fundamentalmente en la calle, como espacio físico-social, donde resuelve necesidades vitales, construye relaciones afectivas y mediaciones socioculturales estructurando un estilo de vida (Correa, 2007: 40).

Como se puede observar, términos como personas sin hogar, sin techo e incluso habitante de la calle enfatizan las condiciones de privación económica, emocional y material, por lo que se concentran en las circunstancias, pero simplifican la complejidad del fenómeno como su configuración o los componentes culturales y relacionales de la vida en calle. Sin embargo, el concepto **habitante de calle** es uno de los pocos términos que pueden considerar la dimensión cultural, y la heterogeneidad en la composición de la población pues concibe que:

Los **habitantes de calle** se constituyen en una población de niños, jóvenes, adultos, ancianos y familias (...) que sin distinción de edad, sexo, raza, estado civil, condición social, mental u oficio, viven allí permanentemente o por periodos prolongados y establecen con su entorno una estrecha relación de pertenencia y de identidad; haciendo de la vida de la calle una opción temporal o permanente en el contexto de una racionalidad y de una dinámica sociocultural que les es propia y particular (Ruiz, 1998: 21).

No obstante, se sostiene que el concepto “poblaciones callejeras” se distingue de “sin hogar”, “sin techo” o “personas en situación de calle”, empleados en distintos países y momentos, pues da cuenta no sólo de las circunstancias materiales, la privación de alojamiento, sino que también añade la dimensión de identidad a partir de la pertenencia grupal, el desarrollo de redes de supervivencia y la gestación de una cultura callejera que parte de la apropiación simbólica y material del espacio público.

La elección de este término además tiene el propósito de, más allá de destacar las condiciones de privación, marginación y exclusión social, cuya mirada reproduce los

estigmas asociados a las nociones de víctima y criminal, reexaminar a los sujetos miembros de la población desde su particularidad. Pues, como afirmó George Orwell, “lo peor que uno puede hacer con las palabras es rendirse a ellas” (1953: 169-170), pues, al analizar el fenómeno desde esta perspectiva, “los científicos no suelen cuestionar la etiqueta de ‘desviado’ (...). Al hacerlo, adoptan los valores del grupo que ha establecido ese juicio” (Becker, 2014: 23).

Aun así, es de reconocer que tanto ésta como cualquier otra categoría empleada comprende limitaciones que, en el caso del término “poblaciones callejeras” se relacionan con la amplitud de su constitución ya que engloba a una diversidad de actores cuyas características heterogéneas parecen no componer un conjunto singular. Por ello, para los fines de esta investigación se hará distinción entre los distintos conjuntos poblacionales que integran a las poblaciones callejeras a partir de su rango etario, ubicando como población objetivo de esta tesis a aquellos miembros de las poblaciones callejeras que se encuentran en el rango comprendido por adultos jóvenes entre 18 y 35 años, los cuales han compartido la apropiación del espacio público, prácticas de socialización, redes de sobrevivencia y pertenencia, junto con la gestación de una cultura callejera, que son los componentes que distinguen a éste de otros conceptos y que se relacionan con el enfoque de identidad que guía esta aproximación.

Sin embargo, más allá de las limitaciones conceptuales que corresponden a la amplitud en la composición que abarca el término, como sugiere Alí Ruiz Coronel (2017), puede ser la especificidad de la categoría lo que constriña su uso y alcances. Pues bien, como ya se mencionó, las características cualitativas y subjetivas de este enfoque permiten contemplar la identidad y la cultura callejera como elementos centrales de la concepción, y a la vez, dejan fuera a aquellos individuos que distanciados de estas características comparten las características objetivas de privación y exclusión, más no las identificación y pertenencia, por lo que la autora arguye que:

La fortaleza del concepto es que postula variables cualitativas –como la identidad o la apropiación simbólica del espacio– que permanecían invisibles ante los ojos de los no expertos, pero eso es justo su debilidad y su impertinencia en materia de política pública (Ruiz, 2017: 109).

Siendo así, ha sido importante complementar el análisis del fenómeno de aquellos miembros con una amplia experiencia de vida en calle con los testimonios de miembros de las poblaciones callejeras quienes se sitúan en condiciones similares de exclusión y privación material, pero que a la vez se desmarcan de las características de permanencia, sobrevivencia y vinculación con el espacio público. En este caso, los relatos de hombres adultos, entre 40 y 70 años, con una reciente experiencia en el espacio público ha permitido contar con una mirada a contraluz del fenómeno, pero al interior del mismo.

Finalmente, como se mencionó al iniciar, los objetivos de este capítulo conceptual son establecer la trayectoria de los términos empleados para referir el fenómeno de la vida y sobrevivencia en el espacio público, y evidenciar la doble estigmatización histórica que se vincula con su figura de víctimas o victimarios; así como esbozar la discusión actual sobre los principales conceptos que refieren a esta población, de tal forma que se pueda tanto distinguir el concepto “poblaciones callejeras” de los empleados en distintos países y momentos, como establecer los elementos que lo diferencian.

De este modo, es posible considerar algunos de los componentes que orientarán el acercamiento al fenómeno de estudio y el lugar desde dónde se aproxima al tema. Por lo que lo subsecuente será plantear el enfoque teórico por el que se ha optado y la relación que éste tiene con la conceptualización optada y la estigmatización descrita de la población.

## C. **Capítulo 2. Somos calle...** (Marco teórico)

### Presentación

Este capítulo tiene el doble propósito de analizar la identidad, enfoque que guía este trabajo, desde dos lugares. Por un lado, pretende realizar una breve aproximación a la teoría de identidad, referida desde la sociología clásica y contemporánea para el estudio de las causas de la desviación manifiestas en fenómenos patológicos como la anomia, el extrañamiento y la falta de hogar, pero también empleada para analizar los movimientos sociales, la acción comunicativa o los atributos propios del actor social. Con base en esta última perspectiva, se retoman los trabajos de Francios Dubet y Gilberto Giménez para analizar la interacción social y las acciones de las y los miembros de las poblaciones callejeras.

Asimismo, en segundo término, se propone analizar la existencia y conformación de la identidad callejera, al constituirse de elementos como experiencias, prácticas e interacciones sociales, asociados con la pertenencia grupal y la identidad social que se pretende examinar a través de fenómenos como el arraigo callejero, la callejerización y la carrera hacia la calle. Lo que se propone es que estas nociones dan cuenta del marco de prácticas sociales cotidianas de la población y expresan algunos de los elementos que constituyen la cultura callejera, así como el lugar que ocupa el individuo dentro de este grupo social.

Con base en el concepto de *poblaciones callejeras*, el cual fue previamente desarrollado, se puede identificar una serie de características compartidas que conforman a este sector de la población, las cuales podrían vincularse con la noción de identidad, y en específico con la de identidad callejera. Sin embargo, para definir ésta, en primera instancia se esbozarán algunas de las aproximaciones teóricas que han abordado este tópico, ya sea como identidad llana, o en sus variantes social, colectiva o cultural. La intención de este planteamiento será la de definir, específicamente, lo que se entiende por identidad y profundizar en las dimensiones que se han distinguido para su análisis.

### I. **Identidad: aproximaciones teóricas y dimensiones**

La teoría de la identidad ha sido referida desde la sociología clásica y contemporánea para el estudio de diversos fenómenos. Puede ser concebida como el componente que articula los movimientos sociales, en los trabajos de Alain Touraine y Alberto Melucci; o como elemento de la acción comunicativa en Habermas, pero también como un atributo del actor social, según Gilberto Giménez (1997, 2005, 2007 y 2010; Maldonado, 2010: 231). Aunque se ha cuestionado ampliamente su utilidad teórica y empírica al argumentar que tiende a significar demasiado y a la vez nada (Brubaker, 2001: 1) y ha constreñir sus alcances como meramente descriptivos, el concepto de identidad también ha fungido como mecanismo explicativo, pues permite analizar y comprender la interacción social y dar sentido a las acciones que ejecutan los actores. Pues, como afirma Melucci, la identidad se define como “la capacidad de un actor de reconocer los efectos de su acción como propios y, por tanto, atribuírselos” (1982: 66). Asimismo, la identidad ha sido empleada para entender las causas de la desviación manifiestas en fenómenos patológicos como la anomia, el extrañamiento y la falta de hogar.

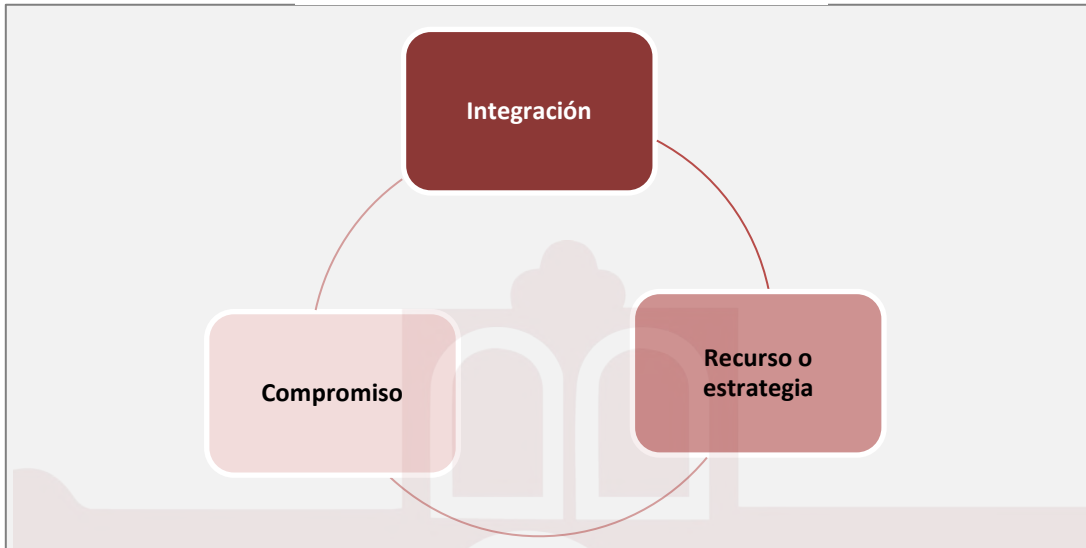
Autores como Pierre Bourdieu y Francois Dubet abordan el estudio de la identidad desde distintos enfoques. Para el primero, la identidad corresponde al proceso de inclusión y exclusión en un campo específico que se basa en el desarrollo de las herramientas y aptitudes necesarias para su desempeño dentro del campo. En este

caso, el *habitus* propiciará que sólo aquellos familiarizados con las reglas del juego del campo consigan el dominio de los recursos simbólicos, mismos que serán concentrados por los agentes reconocidos de la práctica social. Así será como en el campo social se definirán las diferencias legítimas e ilegítimas de las posiciones de los grupos sociales.

De este modo, la sociedad misma funciona como sistema o estructura constituida por campos diferenciados en los que la identidad no es más que la representación que tienen los agentes, individuos o grupos de su posición específica y diferenciada dentro del espacio social y de su relación con otros que ocupan una posición particular en el mismo espacio (Giménez, 2000). Así, la identidad converge en el individuo, de modo que éste se convierte en el lugar en donde concurren el actor, el sistema, la acción, la subjetividad y la objetividad, así como donde se construye y se impone la sociedad.

Por su parte, Dubet plantea que para el análisis de la identidad es necesario distinguir distintas lógicas de identificación y pensar en la identidad social como inseparable de la sociología del sujeto, ya que puede concebirse con base en tres caras: como integración, como recurso, como compromiso. Sin embargo, cada uno de estos “funciona según reglas y leyes propias y el interés de una sociología de la identidad es mostrar cómo esos modos de definición de sí se articulan y se organizan” (1989: 545). Así, la propuesta del autor expone que no se trata de defender una identidad, sino del derecho de construirla en un mundo de comunicaciones abiertas pues la identidad y los movimientos sociales actuales remiten a la transformación de la problemática del sujeto, basado en la emergencia misma de una nueva figura (1989: 541-543).

**Figura 1. Caras de la identidad**



Fuente: Elaboración propia con base en la interpretación de la Teoría de Dubet.

Este planteamiento de Dubet parte de la “vertiente subjetiva de la integración del sujeto” basada en el proceso de socialización, en la que una integración exitosa supone la difuminación de la frontera entre la conciencia colectiva y la individual al interiorizar los símbolos sociales. Así, la pertenencia social reafirma la identidad personal a través de las referencias positivas o negativas del grupo frente a los otros.

Sin embargo, a partir de la representación “clásica” de la identidad se cuestiona que la integración sea el único principio organizador de la acción (Dubet, 1989: 525) por lo que Dubet plantea que, ante la modernidad, es la capacidad estratégica la que opera en el actor. Sin embargo, la identidad como recurso no debe comprenderse como una categoría histórica ni una alternativa ante la integración sino como otro nivel de acción ante una sociedad que no está completamente dominada por su reproducción. De este modo, la integración y la estrategia se observan como dos caras de la identidad y, la identidad como compromiso comprende tanto la pertenencia como los recursos e intereses determinados culturalmente. Sin embargo,



La identidad que remite a la integración se construye menos contra la marginalidad y la exclusión que contra la anomía, la incapacidad de internalizar las normas necesarias a su propia regulación. Es en el sentimiento del vacío social que amenaza al actor. Al nivel de la acción más estratégica, la identidad social está amenazada por la ausencia de recursos que se manifiesta en un sentimiento de impotencia, de desvalorización de sí, y por el riesgo de no existir sino en los estereotipos negativos impuestos por los demás. Estos dos procesos deben ser considerados como analíticamente independientes ya que existen grupos anómicos que no están ni excluidos, ni estigmatizados y más frecuentemente, grupos estigmatizados, parias que no son de ninguna manera anómicos, dado que los actores están integrados en una comunidad desviada (Dubet: 1989: 538).

Así, apunta Dubet, “la noción de identidad social continúa siendo incierta: no es sólo porque está mal definida sino también porque remite a una imagen compleja de la acción social” (1989: 534) en donde el actor puede elegir entre tres formas de integración o compartirlas todas en diversos grados. Para autores como Maldonado existen dos niveles de identidad, el nivel superficial que tiene que ver con la mera adscripción o membresía de grupo y uno más profundo que supone conocer y compartir los contenidos socialmente aceptados por el grupo (2010: 234), de lo que se desprende que entiende a la identidad como práctica y manera de interpretar, y plantea que en las sociedades actuales lo que se ha perdido son los marcos de referencia y las formas que facilitaban asumir una identidad específica definida.

Por su parte, Gilberto Giménez sostiene que la identidad se sitúa entre la intersección de las teorías de la cultura y de los actores sociales, entre el *habitus* y las representaciones sociales. Para este autor, la identidad parte del criterio de distinguibilidad, tanto del autorreconocimiento como del reconocimiento de los otros. Pues, toda identidad debe ser reconocida socialmente, por lo que “supone la presencia de elementos, marcas, características o rasgos distintivos que definan de algún modo la especificidad, la unicidad o la no sustituibilidad de la unidad considerada” (2000: 12).

## Dimensiones

Ya sea con base en el autoreconocimiento o la identificación externa, la identidad depende de un componente relacional y otro autopercibido. Asimismo, se encuentra fundada en la experiencia social y la pertenencia a ciertos grupos, vistos como “un conjunto de individuos en interacción según reglas establecidas” (Merton, 1965: 240). La identidad, así, se encuentra determinada por la pertenencia grupal o social, así como por los distintos elementos que conforman la cultura.

Con base en la aproximación de Giménez, se retoman las tres primeras dimensiones que integran la identidad social:

1. La **pertenencia** a una pluralidad de colectivos (categorías, grupos, redes y grandes colectividades);
2. La presencia de un conjunto de **atributos** idiosincrásicos o relacionales;
3. Una **narrativa biográfica** que recoge la historia de vida y la trayectoria social de la persona considerada (Giménez, 2000: 13). Y,

Sin embargo, considerando dichas dimensiones, se propone también una cuarta:

### 4. **Prácticas sociales cotidianas**

Ésta se conforma por las prácticas cotidianas propias de los procesos de socialización, pues a partir de estos hábitos e interacciones sociales, los individuos conforman y validan en su día a día, la cotidianeidad, interacciones, relaciones y pertenencias.

**Figura 2.**  
Dimensiones  
de identidad



Fuente: Elaboración propia con base la Teoría de Giménez.

La primera de estas dimensiones, parte de que la identidad se encuentra determinada por la pluralidad de vínculos de *pertenencia social* que el actor establece. Se asume así que la primera esfera de pertenencia es la familia nuclear, o la familia de origen, en la cual comúnmente se encuentran los padres o los tutores; a partir de ésta se pueden encontrar otros grupos de pertenencia tales como la familia que el mismo individuo establece, el círculo del oficio o profesión y de intereses diversos. Así,

La identidad social no está ni dada, ni es unidimensional, sino que resulta del trabajo de un actor que administra y organiza las diversas dimensiones de su experiencia social y de sus identificaciones. El actor social es el que reúne los diversos niveles de la identidad de manera que se produzca una imagen subjetivamente unificada de sí misma (Dubet, 1989: 536).

Sin embargo, es importante señalar la circunstancia de precariedad de vínculos de pertenencia, y las condiciones de exclusión y marginación social, en las que se encuentran los miembros de las poblaciones callejeras, e incluso la situación de ruptura y negación con la primera esfera de pertenencia al núcleo familiar como punto de inflexión dentro de las trayectorias de vida.

Estas circunstancias particulares podrían consolidar la pertenencia al grupo callejero y su distanciamiento de otros vínculos de pertenencia, o viceversa. De cualquier forma, si se observa el supuesto en el que “cuánto más amplios son los círculos sociales de los que se es miembro, tanto más se refuerza y se refina la identidad personal” (Giménez, 2000: 13), entonces es claro que en el caso específico de los miembros de las poblaciones callejeras, la identidad individual puede desarrollarse en función del vínculo principal de pertenencia, el cual preponderantemente es el grupo de calle, a partir del cual se socializa y se obtienen recursos materiales, simbólicos y afectivos.

Además, la pertenencia social también comprende el desempeño de cierta función **dentro del grupo**, “mediante la apropiación e interiorización al menos parcial del complejo simbólico-cultural que funge como emblema de la colectividad en cuestión” (Giménez, 2000: 13). Así el componente cultural desempeña un papel fundamental en la conformación identitaria, pues:

(I) la pertenencia a un grupo o a una comunidad implica compartir el complejo simbólico-cultural que funciona como emblema de los mismos nos permite reconceptualizar dicho complejo en términos de ‘representaciones sociales’. Entonces, diremos que pertenecer a un grupo o a una comunidad implica compartir -al menos parcialmente- el núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y define. (Giménez, 2000: 14).

Existe una relación dialéctica entre la identidad individual y la social, pues “la identidad es inseparable de la socialización” (Dubet, 1989: 521), y la primera se define por las relaciones de pertenencia a múltiples identidades sociales, “lo que implica, como se ha visto, compartir un núcleo de símbolos y representaciones sociales y, por lo mismo, una orientación común a la acción” (Giménez, 2000: 17).

Así, la noción de identidad social parte de una valoración de la pertenencia a un grupo social. Pues como afirma Giménez:

(L) la identidad tiene que ver con la idea que tenemos acerca de quiénes somos y quiénes son los otros, es decir, con la representación que tenemos de nosotros mismos en relación con los demás. Implica, por lo tanto, hacer comparaciones entre las gentes para encontrar semejanzas y diferencias entre las mismas. Cuando creemos encontrar semejanzas entre las personas, inferimos que comparten una misma identidad que las distinguen de otras personas que no nos parecen similares (2010: 2).

Por lo anterior, se puede decir que la identidad “no es más que la representación que tienen los agentes (individuos o grupos) de su posición (distintiva) en el espacio social, y de su relación con otros agentes (individuos o grupos) que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio” (2010: 12).

En cuanto a los *atributos identificadores*, segunda característica de nuestro esquema, estos comprenden “un conjunto de características tales como disposiciones, hábitos, tendencias, actitudes o capacidades, a lo que se añade lo relativo a la imagen del propio cuerpo” (Lipiansky, 1992: 122). Junto con la imagen se añaden rasgos de personalidad o aquellas que se encuentran en función de las habilidades relacionales, e incluso atributos biológicos como el color de piel, o el sexo, los cuales pueden estar cargados de estereotipos y prejuicios sociales que posibiliten u obstaculicen el desarrollo individual, dependiendo del grupo y el

contexto. En este sentido, es preciso distinguir cómo el sujeto en cuestión valora sus características personales y cuáles de estos valora positiva o negativamente, así como evaluar si dicha valoración deriva de la percepción externa o en mayor grado de la propia.

Por otra parte, el tercer elemento listado es la *dimensión biográfica* que comprende la propia narrativa y distinguir la identidad íntima de la *historia de vida*. Esta dimensión posibilita un intercambio en el que se revelan aspectos personales del actor y, además de los hechos objetivos, las propias valoraciones de los acontecimientos en la biografía personal y en relación con una sucesión, aparentemente progresiva de hechos. Es decir, la revelación de la narrativa biográfica “reconfigura una serie de actos y trayectorias personales del pasado para conferirle un sentido” (Giménez, 2000: 16). Así, aunque la identidad biográfica es múltiple y variable, se enmarca en un proceso de autocensura y reestructuración personal que dota de valor y significado a la narrativa, pero también en un proceso de interpretación del interlocutor que filtra la historia de vida y cuestiona la ‘ilusión biográfica’.

No obstante, es importante anotar que la narrativa biográfica puede dar cuenta de características culturales que se transforman a lo largo del tiempo sin que se altere la identidad o, por el contrario, de mutaciones o transformaciones que suponen un cambio profundo, las cuales implican puntos de quiebre o acontecimientos significativos en los que se puede asumir o dar paso a una nueva identidad, distanciarse de la previa o asumir la de otro grupo.

En el ámbito de la identidad personal, podrían caracterizarse como mutación los casos de “conversión” en los que una persona adquiere la convicción -al menos subjetiva- de haber cambiado profundamente, de haber experimentado una verdadera ruptura en su vida, en fin, de haberse despojado del “hombre viejo” para nacer a una nueva identidad (Giménez, 1997: 20).

Estos momentos de quiebre o conversión serán las inflexiones que deberán ser profundizadas para analizar las circunstancias contextuales que motivaron que un

suceso diera paso a una transformación profunda, una ruptura o quiebre en la narrativa biográfica del actor.

En este sentido, la reflexión sobre la cuarta dimensión propuesta, las *prácticas sociales cotidianas*, puede ser un elemento que permita identificar la continuidad o ruptura en los procesos biográficos. Pues, de manera análoga en la que la identidad individual es notoria a partir del contraste con un actor distinto, de forma similar “somos conscientes (aunque no bajo un criterio de racionalidad, sino en un sentido vivencial, experimental) de nuestra cultura, al darnos cuenta cómo difiere de otras” (Flores, 2005: 46-48).

Por lo cual, la cultura puede considerarse como un sistema de creencias, valores, normas, símbolos y prácticas colectivas aprendidas y compartidas por los miembros de una colectividad, que constituyen el marco de sus relaciones sociales. Siendo así, las prácticas cotidianas, derivadas de las interacciones sociales habituales serán un marco de referencia para la definición de las acciones, creencias y valores compartidos.

Esto significa que la identidad no es una esencia, no existe por sí misma; por el contrario, la identidad es un proceso social complejo, que “sólo cobra existencia y se verifica a través de la interacción: es en el ámbito relacional, en el del interreconocimiento, donde las distintas identidades personales que vienen delineadas por una determinada estructura social se consensuan—se reconocen mutuamente, terminándose de conformar—, y se enfrentan a su aceptación o rechazo” (Maldonado, 2010:241).

Así, como apunta Flores, “el análisis de la identidad y la cultura de cualquier grupo social se debe remitir fundamentalmente al estudio de contextos y circunstancias que se desarrollan en el ámbito de la cotidianidad” (2005: 46-48). De tal modo que la identidad social se encuentra integrada por prácticas grupales rutinarias y habituales, mismas que refuerzan los lazos de pertenencia y los significados compartidos. Por lo que,

(l)as identidades se construyen precisamente a partir de la apropiación, por parte de los actores sociales, de determinados repertorios culturales considerados simultáneamente como diferenciadores (hacia afuera) y definidores de la propia unidad y especificidad (hacia adentro) (Giménez, 2003: 5).



Sin embargo, esta definición en el interior y diferenciación al exterior también implica identificación de elementos comunes con el grupo y, a la vez, opuestos con el resto. Por lo que, como apunta Giménez (2000), la valoración de la identidad se encuentra perturbada no sólo por la opinión particular o del núcleo cercano, sino también por la opinión externa.

Una de las tipologías elementales descritas por Melucci (1991: 40-42) distingue cuatro configuraciones posibles: la identidad segregada, la identidad heterodirigida, la identidad desviante y la etiquetada. Estas categorías ponen en evidencia que “la identidad de un actor social emerge y se afirma sólo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social” (Giménez, 2000: 12). Así, Giménez expone que:

(L)a primera función de la identidad es marcar fronteras entre un nosotros y los “otros”, y no se ve de qué otra manera podríamos diferenciarnos de los demás si no es a través de una constelación de rasgos culturales distintivos. Por eso suelo repetir siempre que la identidad no es más que el lado subjetivo (o, mejor, intersubjetivo) de la cultura, la cultura interiorizada en forma específica, distintiva y contrastiva por los actores sociales en relación con otros actores (2005: 1).

De manera similar, Dubet señala que “la pertenencia a un grupo que constituye o refuerza la identidad se construye por comparación y en oposición a otros grupos” (1989: 522). De este modo, la construcción de la identidad individual o grupal se establece en contraposición a las identidades antagónicas y en referencia a las caracterizaciones sociales positivas y negativas que se construyen a partir de las representaciones sociales propias y de la sociedad.

Es decir, se puede tener una valoración negativa de la propia identidad cuando ésta deja de proporcionar ventajas, gratificaciones o satisfactores necesarios dentro del contexto social, pero también cuando se introyectan los estereotipos y estigmas atribuidos por los grupos dominantes y opositores. “En estos casos, la percepción negativa de la propia identidad genera frustración, desmoralización, complejo de inferioridad, insatisfacción y crisis” (Giménez, 2000: 21), aunque también cabe añadir que estas fluctuaciones en la valoración de la identidad individual y social



podría propiciar el distanciamiento, la fragmentación e incluso la adscripción a nuevas identidades.

En el caso de las poblaciones callejeras, la distinción de exclusión e inclusión es al mismo tiempo “una diferenciación jerárquica en términos de estatus social, (y a la vez) implica un juicio ético acerca de lo que es y no es deseable en la sociedad, (por lo que) siempre actúa como fuente de estigmas que condicionan las prácticas de unos y otros” (Saraví, 2004: 40). De este modo, la asociación entre atributos del complejo simbólico cultural que comparten los miembros de la población callejera funciona también como mecanismo de marginación que agrava su exclusión de las oportunidades y de la interacción con otros actores.

Pues, si como plantea Goffman, a la persona estigmatizada “(e)n ciertos casos, le será posible intentar corregir directamente lo que considera el fundamento objetivo de su deficiencia” (2015: 5), entonces se explora si el proceso de salida de la calle de los miembros jóvenes de la población se relaciona con el desarrollo de una fragmentación paulatina o el distanciamiento de la identidad callejera. Ante lo cual, se deja abierta la posibilidad de que dichos procesos se encuentren interrelacionados de forma encadenada o paralela, ya sea que el proceso de salida de calle conlleve un posible el distanciamiento de la identidad estigmatizada o viceversa. La identidad callejera, entonces que podría ser reemplazada por otra identidad o superpuesta por más de una, entre otras posibilidades.

Así, tres aspectos destacan del enfoque teórico esbozado. El primero es, a partir del enfoque de Dubet, el uso estratégico de la identidad y lo cual supone que el actor o sujeto puede adscribirse a las diferentes caras de la identidad, ya sea por integración, recurso o compromiso, o incluso compartir en distinta medida cada uno de sus rostros de forma simultánea. El segundo es que, con base en el argumento de Giménez, y la incorporación de esta propuesta, la identidad puede analizarse a partir de cuatro dimensiones: atributos identificadores, pertenencia grupal, narrativa

biográfica y prácticas sociales cotidianas, de tal modo que estos componentes identitarios permitirán la aproximación analítica. Así pues,

[...] para las poblaciones callejeras la vía pública no es sólo un espacio para la generación de recursos económicos; es también un lugar para la socialización, la construcción de vínculos emocionales, la asociación identitaria y la identificación cultural, convirtiéndose la calle en un espacio emocional y de pertenencia. Por lo anterior podemos encontrar personas que [...] han conformado [...] familias callejeras, es decir, la organización social de un grupo de individuos que por razones diversas se desarrollan en el espacio público, y que se unen emocionalmente a partir de la convivencia cotidiana, los elementos propios del modo de vida callejero, la identidad desde la exclusión social, formando jerarquías organizativas que garanticen la sobrevivencia, cuidado, y protección de sus miembros (Redim, 2016: 5).

Se propone que ambas perspectivas se complementan al permitir identificar su composición de forma analítica pero también su interpelación práctica. Un tercer aspecto que destacar es la relación entre la identidad y la percepción propia y ajena, en donde el estigma tiene un papel destacado. Por lo anterior, a continuación, se plantea la noción de identidad callejera y su relación con los tres aspectos mencionados.

## II. **Identidad callejera: elementos compartidos**

Para aproximarse al concepto de identidad callejera, se exploran distintas nociones que dan cuenta del fenómeno de aculturación en el espacio público, el establecimiento de técnicas de supervivencia y la generación de prácticas ligadas a la vida en la calle. De este modo, se pretenden establecer y analizar características comunes sobre la imagen de las personas que viven en los espacios públicos, desde distintos enfoques que han explorado el fenómeno como la psicología social, la antropología e, incluso, desde la sociología.

Al margen de estas salvedades, es de mencionar que algunos de los elementos que se proponen como constitutivos de la identidad callejera a partir de la revisión de la literatura parten de los siguientes supuestos. El primero son las experiencias previas

a la vida en la calle, las cuales tienen como punto de referencia su distanciamiento inicial de la familia de origen y, por tanto, el inicio de la vida en las calles. Puesto que,

(e)sta cultura callejera, más que ser algo que se adquiere a partir del contacto con la calle, pareciera estar constituida también a partir de trazas de aquello que se vivió antes de la calle, lo que permite considerar la presencia de estructuras precallejeras. Así, la calle se vuelve una extensión del espacio doméstico vivido, o al menos se significa a partir de reminiscencias de aquél, conformada a partir de lo que medianamente se recuerda de la vida previa al arribo a la calle (Saucedo, 2011: 281).

El segundo es la referencia estigmatizada de la identidad callejera, la cual asume las connotaciones polarizadas de víctimas o victimarios. De este modo, las prácticas, experiencias e interacciones que se establecen pueden asumir estos dos modelos, y como apunta Saucedo, ser referente para el uso estratégico del sujeto:

En relación con el uso de la identidad callejera como un recurso, muchas de las experiencias vividas en la calle por estos niños, niñas y jóvenes, están permeadas por una mirada ajena a los miembros de sus grupos que frecuentemente suele ubicarlos a partir de dos condiciones extremas: como víctimas (por lo cual, habría que rescatarlos), o como peligrosos (por lo cual se les debería castigar, o encerrar) (2011: 278).

La caracterización de las poblaciones callejeras a partir de tales enfoques contrapuestos determina entonces, en alguna medida, tanto los usos posibles que el sujeto le otorgue a su condición como las prácticas e interacciones que se desarrollen a partir de esta adscripción. Acerca de esta adscripción es importante considerar que “(e)n buena medida nuestra identidad es definida por otros, en particular por aquellos que se arrogan el poder de otorgar reconocimientos “legítimos” desde una posición dominante” (Giménez, 2005: 4).

#### **a) Nociones de arraigo, carrera hacia la calle y callejerización**

De este modo, las nociones mismas de arraigo, callejerismo y carrera hacia la calle pueden encontrarse permeadas de connotaciones que lo consideran como algo negativo y propio de ser erradicado, y no como una forma particular de vivir y habitar

un espacio, con base en los recursos y posibilidades que otorga la calle. Sin embargo, el arraigo callejero, como apunta Saucedo:

Contempla formas de socialización y prácticas que se sostienen por sí mismas, independientemente de las propuestas de intervención disponibles, e involucra el establecimiento de vínculos afectivos muy fuertes hacia la gente con la que se convive en lo cotidiano, así como la adquisición de saberes y pertenencias tanto materiales como simbólicas que brindan a quienes ahí habitan una fuerte vinculación y un lugar en el mundo (2012: 32).

Asimismo, “esas habilidades para permanecer en la calle, para saber “practicarla” y hacer uso de ella, forman parte de sus pertenencias identitarias, las cuales le brindan un sentido de integración a un espacio con reglas y tiempos propios” (Saucedo, 2011: 282-283). Es así como la identidad callejera posibilita la incorporación y pertenencia a un grupo social, y a la vez, el ejercicio de prácticas sociales cotidianas que reafirman la adscripción social. Al respecto, Ruth Pérez plantea que “la identidad callejera en un contexto de exclusión se convierte en una posibilidad de ‘incluirse en un grupo social’ sustentado en la autonomía personal, la participación grupal, el consumo de sustancias y la búsqueda de actividades que resulten gratificantes” (2012: 3).

Asimismo, el callejerismo como recurso para la subsistencia, posibilita el aprendizaje progresivo de lo que significa ser “de la calle” o callejerización. De modo similar, también nombrado como *carrera hacia la calle* por Riccardo Lucchini (1996), en su descripción de los elementos que comprenden dicha “carrera”, éste ubica el grado de identificación con los miembros del grupo, el ejercicio de prácticas transgresoras, el distanciamiento de las relaciones familiares y la satisfacción con el modo de vida, mismos que, entre otros elementos, constituirían la pertenencia social y la identidad cultural de la población callejera.

En este punto es necesario destacar que la identidad callejera se encuentra anclada al componente de territorialidad, en este caso urbano, puesto que “la lógica de vida en la calle implica que existe un constante regreso a distintos espacios que también son concebidos como parte de la vida callejera”, y del mismo modo, las practicas e

interacciones sociales se encuentran determinadas por los recursos disponibles en el espacio público, “además de todos los referentes y estructuras previos a su vida en la calle que dan forma y sentido a esta última, ya sea de forma consciente o involuntaria” (Saucedo, 2011: 284). Esta identidad territorial, se relaciona con lo que Giménez llama colectividades territorializadas, al cuestionar las categorías de pertenencia social:

¿Pero cuáles son, concretamente, esas categorías o grupos de pertenencia? Según los sociólogos, los más importantes – aunque no los únicos – serían la clase social, la etnicidad, las colectividades territorializadas (localidad, región, nación), los grupos de edad y el género. Tales serían las principales fuentes que alimentan la identidad personal (2010: 5).

Así pues, la identidad callejera, además de las características previas, responde a grupos de pertenencia adscritos a un territorio. Estas nociones permiten delinear un acercamiento a la noción de “cultura callejera”, la cual Pérez define como:

(E)l conjunto de modos de vida, costumbres, conocimientos y el grado de elaboración de sus estrategias de sobrevivencia (adaptabilidad), que le permite a la población callejera construir un juicio de valor para decidir su permanencia en el espacio público aún sobre los riesgos asociados (2012: 16).

Por lo tanto, la calle puede adquirir varios significados, y si bien, representa la exclusión y el desamparo, también ejemplifica la libertad y la aventura. Como afirma Makowski,

La calle condensa todos los paisajes de la pérdida. La calle es abandono, desprotección, muerte, olvido, evaporación del tiempo y del sentido. La intemperie social es sórdida y árida, al igual que la propia intemperie biográfica de cada uno de los chavos de la calle. Pero a contraluz de esa densidad, la calle representa un juego de existencia; irradia autonomía, libertad, y atracción vital (2010: 4).

De este modo, aunque las nociones de arraigo, callejerización y carrera hacia la calle parten de condicionantes como la expulsión del hogar o la privación de los recursos económicos, emocionales y materiales, también exponen componentes como la reconfiguración de la pertenencia social adscrita a nuevos grupos, el desarrollo de ciertos atributos que posibilitan la sobrevivencia en calle y la adaptación al espacio público, la gestación de nuevas prácticas cotidianas, como el

consumo de estupefacientes, la violencia y las transgresiones, que, si bien estigmatizadas, se convierten en satisfactores que reafirman la identidad callejera y la pertenencia al grupo o la banda, por lo que forman parte de la percepción personal y social de la vida en calle.

Sin embargo, también es necesario apuntar que los conceptos de arraigo callejero, callejerización y carrera hacia la calle surgen como aproximaciones a la comprensión del fenómeno de la vida en la calle en el contexto de los años 80, y principios de los 90, cuando los principales actores se limitaban a la infancia callejera y el tema cobró relevancia internacionalmente. Por tanto, muchas de las prácticas, lógicas y espacios situados difieren del contexto actual, en donde la población que habita en las calles tiene una composición heterogénea y muchas de las prácticas descritas se han transformado.

Otra particularidad es la modificación en la movilidad de la población y las condiciones de pernocta pues, aunque previamente se identificaban puntos de encuentro, socialización y refugio nocturno, la intervención de la comunidad e incluso las acciones de limpieza social implementadas por las autoridades han modificado las dinámicas de la población callejera, a partir de las cuales suelen transitar entre distintos grupos, reduciendo el tamaño y la conformación de cada uno de estos. Asimismo, actualmente no es inusual que las y los miembros de las poblaciones callejeras conserven relación con las familias de origen o miembros de éstas, ni que ocasionalmente se hospeden en hoteles o cuartos de renta para no pasar la noche a la intemperie. Todas estas características, modifican en alguna medida, la aproximación tradicional al fenómeno, así como su análisis y comprensión.

El planteamiento expuesto permite vincular la noción de identidad callejera con la teórica, puesto que a partir de su aproximación analítica, con base en las dimensiones de identidad, como en su interpelación práctica conforme a su uso estratégico, es posible orientar la reflexión que guiará la aproximación metodológica

que se basa en el análisis de la narrativa biográfica, la identificación de procesos e inflexiones en las trayectorias de vida de los sujetos por medio de entrevistas semiestructuradas. En el siguiente capítulo se trazará esta aproximación.





## D. **Capítulo 3. La calle, ¿cómo acercarnos?** (Metodología)

### Presentación

A partir del marco teórico y conceptual desarrollado, así como de los propósitos de investigación detallados, se ha planteado analizar el proceso de salida de calle de miembros de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México, con énfasis en dos ejes: la conformación de una identidad callejera; y la exploración de los procesos que originan posibles inflexiones en la trayectoria de vida de los sujetos. De este modo, se pretende indagar si ambos procesos se encuentran vinculados a través de la posible fragmentación o el distanciamiento de la identidad callejera, la adscripción a nuevas identidades y el emprendimiento de un proceso de vida fuera de las calles, de forma que en esta tesis dichos acontecimientos pueden ser aprehendidos como procesos articulados, encadenados, intermitentes u oscilantes.

Con tales objetivos, se plantea desarrollar este capítulo en dos partes. En primer lugar, con base en una metodología cualitativa, la cual permite una interacción más profunda y reflexiva entre el investigador y el sujeto de estudio, se presentará en el capítulo una aproximación al fenómeno de la población callejera de la Ciudad de México con base en la realización de entrevistas temáticas semiestructuradas centradas en las experiencias, puntos de vista e interpretaciones de miembros de las poblaciones callejeras, así como el reconocimiento de los procesos individuales y los puntos de inflexión en sus trayectorias de vida.

En segundo lugar, se detallarán los conceptos centrales para dicha aproximación, tales como la conceptualización de intervención social; el concepto de calle como objeto de apropiación y, a la vez, elemento delimitador en la conformación de atributos, experiencias, prácticas, pertenencias e interacciones, dimensiones de la identidad callejera previamente descrita.

Con base en la perspectiva cualitativa, cuyo carácter intersubjetivo permite reflexionar acerca de los significados de las prácticas, las conductas y las interacciones sociales, se ha optado por el enfoque biográfico el cual contempla al individuo como portador y hacedor de su historicidad, producto no del entorno ni de disposiciones internas, sino en construcción constante en donde confluyen los determinantes estructurales y sociales que integran las historias personales y los relatos de vida.

A partir de estas narrativas se pretende profundizar en aspectos íntimos y dimensiones propias de la identidad, producto también de dicha convergencia. Como se observa, la elección teórico-metodológica centrada en el enfoque de identidad y el análisis del relato de vida se encuentra intrínsecamente vinculada pues ambas permiten la reflexión sobre la trayectoria vital de los sujetos y la comprensión del sentido que dan a sus actos, las lógicas con las que organizan su vida cotidiana, los supuestos que orientan sus prácticas e interrelaciones sociales.

Esta elección, a la vez, se sustenta en el interés principal de conocer el punto de vista de aquellos que no cuentan con “los espacios visibles para hacerse escuchar”, en donde los sujetos no sólo son testigos de los hechos y los relatos personales, más que evidencia de los sucesos, constituyen en sí mismos un método de investigación que permite una comprensión más profunda de historias personales, pero también la construcción de memorias de colectivos invisibles. Asimismo, aunque los relatos de vida pueden ser utilizados como una herramienta de formación y diagnóstico en experiencias de intervención social y formulación de políticas, es necesario insistir en que, en este caso, su importancia radica en la centralidad del actor y en la valoración del “poder transformador del relato, en tanto posibilidad de convertirse, a través de la narración, en sujeto de la propia historia” (Márquez, 1999).

## I. **Relatos de vida**

En este marco, el relato de vida que parte del enfoque biográfico se enfoca en la vivencia singular de lo social, en la cotidianidad del sujeto y las decisiones que sustentan su trayectoria dentro de un entramado social y cultural. Desde esta perspectiva emanada de la subjetividad, de la singularidad, el desafío es enmarcar este espacio individual en la colectividad de un fenómeno social, en una aproximación al conocimiento científico de lo social.

Pues bien, esta propuesta apunta al análisis de las prácticas, las pertenencias ancladas en los vínculos y las interacciones, los procesos, los cambios, las rupturas y las fragmentaciones, las apropiaciones discursivas y las condensaciones de significado presentes en los diferentes elementos de un relato de vida, e incluso en las influencias y testimonios recíprocos desde donde se puede explorar la relación entre las estructuras sociales, las mediaciones y los procesos personales que llevan a la modificación de la trayectoria de vida.

Con base en la tesis principal de Michèle Leclerc-Olive (2009) quien destaca la existencia de acontecimientos biográficos que marcan la vida de los sujetos de tal forma que “no se inscriben en el tiempo; al contrario, cuando estos acontecimientos se entraman, forman un calendario privado, discreto, que permite, a la vez, ordenar los recuerdos y pensar un tiempo continuo, [...] los que, una vez entramados, forman un tiempo estructurado que permite orientarse y proyectarse en el futuro”.

De este modo se distingue entre los distintos sucesos que discurren como parte de la biografía personal para enfatizar aquellos “acontecimientos significativos” que son indispensables para la comprensión de la trayectoria vital, puesto que: “si unos acontecimientos pueden modificar nuestra relación con el binomio pasado/futuro, igualmente definen períodos de estabilidad, y más exactamente de estabilidad provisoria” (Leclerc-Olive, 2009).

Así, los relatos de vida de los miembros de la población que se encuentren en proceso de salida de las calles permitirán establecer los acontecimientos que en sus narrativas biográficas han marcado sus trayectorias de vida y, sobre todo, los giros existenciales o puntos de inflexión que han orientado sus decisiones. La elección de este enfoque se debe a que esta perspectiva

(p)ermite la reconstrucción "objetiva" y la búsqueda de determinantes en la construcción de una vida, pero al mismo tiempo posibilita la búsqueda de sentidos a partir de las vivencias, es decir, la comprensión de la manera como el individuo habita esa historia en los planos afectivo, emocional, cultural y social (Correa, 1999: 41).

Parte de la relevancia de este enfoque radica en que permite la mediación entre la historia personal y el contexto social, puesto que posiciona al emisor como “producto, productor y actor de su historia” (Cornejo, 2006). Se trasciende así la dicotomía entre individuo y sociedad, y se posibilita el acceso a las rupturas, las marginalidades y los aspectos menos explorados de la realidad social, por medio del saber individual y su reposicionamiento en la comprensión del fenómeno de estudio.

Acorde con esta perspectiva, la propuesta teórico-metodológica de la sociología clínica desarrollada en el trabajo de Vincent De Gaulejac, que se articula con la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu<sup>1</sup>, postula el concepto de historicidad que comprende la posibilidad individual de actuar sobre sí mismo, “de abandonar *habitus* no adecuados y adquirir otros” (Grasseli, 2013: 91). Pues, en la lucha por el lugar social, cada individuo actúa en función de encontrar su espacio en una existencia social, su lugar en la sociedad.

[A]quellos que se hicieron expulsar o aquellos que no logran encontrar un lugar y que son definidos por una identidad negativa. Los cesantes, los que no tienen ingresos, los inactivos, los indocumentados, los sin casa. Todos aquellos que la

---

<sup>1</sup> Al destacar el peso de la historia o la historicidad en la construcción de la identidad, el *habitus* interviene como resultado de la experiencia biográfica del individuo y, a la vez, como producto y productor de las prácticas constituidas a lo largo del tiempo.

sociedad define por una falta y cuya existencia está marcada por esta identidad negativa, que, tienden a interiorizar (De Gaulejac, 1999: 3).

Dicha identidad, por tanto, observada a través del relato de vida al que se tiene acceso por medio de la entrevista puede dar cuenta de la complejidad y multidimensionalidad (Taracena, 2010: 55) de la trayectoria biográfica, en donde la historicidad adquiere una relevancia notable al colocar al sujeto dentro de su particularidad y a la vez inscribirlo en la historia común (De Gaulejac, 1999: 10).

Asimismo, como apunta Sepúlveda (2010): la trayectoria biográfica es “un instrumento que sirve para observar los cambios en la vida de las personas” puesto que todo recorrido difícilmente sigue un camino lineal y uniforme sino, más bien, uno accidentado y sinuoso en donde existen momentos de transición, cambio e inflexión en donde se adquieren nuevas habilidades, se modifica el trayecto, la representación de uno mismo y de las relaciones y los vínculos que nos posicionan respecto a los otros o al orden social (Schuster, 2016: 39).

#### **a) Entrevistas temáticas**

Siendo así, se ha establecido la realización de entrevistas temáticas semiestructuradas como la herramienta idónea que permita indagar en la trayectoria del sujeto a través de su relato de vida. Esta aproximación posibilitará indagar en los dos procesos señalados: la conformación de una identidad callejera; y la exploración de los factores que originan puntos de inflexión en las trayectorias de vida de los sujetos y que, posiblemente, pueden articularse con procesos de fragmentación, distanciamiento o adscripción de una o varias identidades.

Esto se ha realizado con base en la implementación de entrevistas temáticas con diferentes miembros de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México. Por un lado, se cuenta con los relatos de vida de adultos jóvenes, entre 18 y 35 años, quienes tras una experiencia de arraigo callejero de alrededor de una década se encuentran en proceso de desarrollo de vida independiente fuera de la calle. A contraluz de estos testimonios centrales, también se analizan los relatos de adultos,

entre 40 y 70 años, de reciente inserción a la vida en el espacio público, cuya mirada nutrirá la comprensión de las similitudes y distancias entre distintos miembros de las poblaciones callejeras, además de indagar en las percepciones, los estigmas y las pertenencias derivadas de este fenómeno desde algunos de sus integrantes.

Lo anterior supondría la existencia de una distinción con base en la adscripción etaria, así como en la experiencia arraigo callejero, las cuales diferencian a los adultos jóvenes entre 18 y 35 años que viven en calle de otros grupos como niños, adolescentes, adultos mayores y familias que también integran las poblaciones callejeras y con quienes comparten condiciones similares de exclusión y apropiación del espacio público.

Con este marco, es importante mencionar que la entrevista temática permitirá indagar y reflexionar sobre los momentos de transición o puntos de inflexión que pueden dar cuenta de las modificaciones tanto de la autopercepción del sujeto como de su relación con el entorno o su reposicionamiento en el contexto social.

Sin embargo, puesto que se sostiene que una de las dimensiones de la identidad la constituye dicha narrativa biográfica, es necesario detenerse un instante a repensar acerca de su construcción. Pues bien, los individuos como producto y productores de nuestras prácticas, interacciones y experiencias, así como determinados en la construcción de nuestra identidad por nuestra autopercepción y por el lugar que ocupamos frente a los otros, somos también determinados por estas interrelaciones.

Por lo anterior, cabe la pena cuestionar el lugar que ocupa la intervención, ya sea la planteada a través de la entrevista, o las intervenciones previas que pueden ser gubernamentales o de organizaciones sociales, en la construcción de la narrativa biográfica de los sujetos entrevistados. ¿Puede la intervención, intencionada o no, orientar la narrativa biográfica a partir del discurso que impone el actor interviniente? ¿Impactan las distintas intervenciones sociales, gubernamentales y de organizaciones sociales, en la generación o construcción de la identidad y de una



narrativa biográfica? ¿Qué papel puede desempeñar el actor interviniente en la construcción narrativa, la identidad o la orientación de la trayectoria personal?

Si las intervenciones sociales, y sus respectivos discursos, orientan la percepción y narrativa personal ¿Cómo interpelan los actores intervenidos estas intervenciones? ¿Puede ser la respuesta una reflexión narrativa o sólo la enunciación de un discurso previo asimilado? ¿Será un recurso el uso de la identidad callejera en la interacción con el actor interviniente o parte de las caras que componen la identidad del actor?

## II. Conceptos clave

Para abordar estas preguntas, pero sobre todo los dos procesos que orientan esta investigación: la conformación de una identidad callejera o la experimentación de inflexiones que propiciarían una posible fragmentación o distanciamiento de dicha identidad, en este apartado se esbozarán algunas de las nociones que orientan la aproximación a partir de las entrevistas temáticas. Estas nociones serán la intervención social, la experiencia de vida en calle y el proceso oscilante de salida de calle.

### a) *Intervención social*

Para abonar en esta discusión es necesario plantear lo que se entiende por intervención social, y de esta forma reflexionar acerca de su alcance en la itinerancia y la oscilación de las trayectorias de vida de algunos de los miembros de las poblaciones callejeras que han sido intervenidos por distintos actores gubernamentales e institucionales, y cuyas políticas, programas y discursos han podido impactar en la construcción narrativa de la propia biografía.

Pues bien, al referirse al término intervención se entiende al conjunto de actividades “de un tercero que media entre dos elementos”, ya sea de forma impositiva o solicitada (Montero, 2012: 58). Sin embargo, esta definición no representa la



complejidad de un proceso por medio del cual la acción de intervenir condensa una intención, un discurso y distintos supuestos, pues “supone un sujeto fuente de la acción, y un objeto, paciente de ésta” (Moreno, 2008: 85 y Montero, 2012: 60), dotando al interventor de una capacidad transformadora que se enfrenta a la disposición o resistencia del intervenido.

Como ya se mencionó, la intervención social puede ser implementada por distintos actores, entre los cuales destacan, al menos, tres: el Estado, a través de instituciones, políticas sociales, programas y proyectos; algunas formas organizadas de la sociedad civil, como las OSC's, mediante su trabajo cotidiano con pobladores y comunidades; y, la academia, por medio de la construcción de categorías, hipótesis y teorías que potencialmente orientan las prácticas de intervención social (Sáenz, 2008: 1-2).

Al respecto, un elemento medular de la intervención social consiste en la construcción previa, la cual parte de un ordenamiento racional de la sociedad, y de donde se deriva la intención manifiesta de modificar o transformar una situación que se considera indeseable, aunque esta no sea identificada así por el sujeto o grupo intervenido. Pues la intervención parte de un agente externo y su categorización de la realidad social, en donde “el acto de nombrar crea e implica relaciones de poder y autoridad” (Sáenz, 2008: 2).

La intervención se basa en una determinada consideración prescriptiva, en una valoración de los actores intervinientes y a su vez, en una categorización de los intervenidos, bien sea como vagabundos, miserables, pobres (...) (Sáenz, 2008: 1).

Por lo que, la intervención funge como un mecanismo de “detección de anormalidades, formas de disciplinar y de construir a esos ‘otros’ que se consideran amenazantes para la sociedad” (Montero, 2012: 59) y, a la vez, como un dispositivo de control (Carballeda, 2010: 56).

Así, aunque las principales líneas argumentativas ubican la intervención social en cuatro rubros, como: actuación propia de ciertas profesiones; formas de interpretación de la complejidad social; distinción funcional de los sistemas sociales

en la que operan reglas de inclusión y exclusión; y dispositivos de intervención discursiva (Saavedra, 2015), se distinguirán dos de estas acepciones por considerarlas más pertinentes con el enfoque planteado. En este caso, las formas de interpretación de la complejidad social y dispositivos discursivos se relacionan con la forma en que las instituciones y los actores intervinientes en éstas se relacionan con los sujetos de intervención, así como con la posición, estigmas e interpretaciones de la realidad que se reflejan en los discursos y tipos de intervención.

Como interpretación de la complejidad de lo social, se asume la existencia de un ámbito conflictivo o problemático de lo social, en donde la intervención social atribuye un sentido al proceso de interacción y aproximación (Matus 2002: 27 y Saavedra, 2015: 138). Esta línea descarta la asepsia valorativa del mundo, pues en la intervención existen preconfiguraciones y categorizaciones simbólicas y analíticas (Saavedra, 2015: 139).

Por su parte, como dispositivo discursivo, “una forma de acción entre las personas que se articula a partir del uso lingüístico contextualizado”. En dicho discurso, se expresa un posicionamiento, un lugar respecto al otro, una intención y también una aspiración, lo deseable e indeseable, lo normal y lo esperado en la configuración social. Por lo que, articulado con la interpretación de la complejidad social,

(e)l discurso es la expresión del poder, con capacidad de movilizar no sólo la voluntad y los cuerpos de los sujetos, sino que también de incidir en la generación de nuevos discursos articulados o no, que a su vez se instituyen como otras expresiones de poder (Saavedra, 2015: 141).

Por ello, la intervención social con su capacidad transformadora, pero sobre todo su intencionalidad e interpretación de la complejidad, podría condicionar o influir en el propio discurso del intervenido o del entrevistado y modificar su narrativa a partir de la imitación o generación de nuevos discursos, ya que “la identidad en diálogo con la intervención social no es un esquema cerrado e inflexible, es en definitiva una construcción permanente” (Carballeda, 2010: 55).

En este sentido, el fenómeno de las poblaciones callejeras ha sido sujeto de distintas estrategias de intervención, las cuales pueden clasificarse, de acuerdo con Lusk (1989), dentro de un continuo que “va desde una preocupación por adaptar sistemas socioeconómicos a las necesidades individuales, a un énfasis en adaptar a los individuos a los sistemas sociales”. Por lo cual, ubica los programas de asistencia dentro del rango que comprende el fenómeno desde la patología social hasta las macrodeficiencias, integrado por cuatro enfoques a decir del autor:

1. Correctivo
2. De rehabilitación
3. En la calle
4. Preventivo

Otra categorización descrita por Lucchini (1996: 346) agrupa a los programas en cuatro categorías:

1. Los proyectos de asistencia simples o caritativos
2. Los proyectos de asistencia combinados o de formación
3. Los proyectos de concienciación o de autoemancipación
4. Los proyectos mixtos

Sin embargo, una tercera agrupación propuesta por García Silva (2014: 142), con base en su trabajo con organizaciones no gubernamentales en la Provincia de Buenos Aires, distingue dos grandes grupos de acciones que se desprenden de los objetivos específicos de cada organización. Las primeras son aquellas acciones que están vinculadas con la reducción de daños o el acompañamiento de la vida en la calle, dentro de las cuales se encuentran la recreación, el esparcimiento, la salud, la seguridad, la educación y la convivencia vecinal; y las segundas con la búsqueda de alternativas “superadoras” de la vida en calle por medio de tres estrategias: la revinculación con la familia de origen o miembros de la comunidad, el fortalecimiento individual para el desarrollo de un plan de vida autónomo e independiente por medio de capacitación o microemprendimientos, o con base en la gestión de ingreso en espacios de convivencia transitoria, ya sean instituciones de albergue o salud.

Como se puede ver, la intervención social en sí misma conlleva la imposición de una interpretación de la complejidad social, en la cual el sujeto interviniente asume

un papel transformador en la modificación de un aspecto de la realidad que considera indeseable o anómala. En el caso del fenómeno de las poblaciones callejeras, es imprescindible considerar esta mediación, pues la población que vive y sobrevive en el espacio público es sujeto de múltiples intervenciones. Independientemente de las distintas modalidades en que éstas puedan ser clasificadas, es importante recuperar que es el discurso que interpreta la complejidad social el que se refleja en él.

### **b) Vivir en calle**

El análisis propuesto se centra en el desarrollo del fenómeno dentro de la Ciudad de México, aunque su manifestación se distingue en distintas urbes, por distintas razones como la concentración demográfica y espacial, y las dinámicas y características de este entorno urbano. Por lo anterior, así como por la centralidad que cobra el espacio público urbano en la caracterización del fenómeno, se propone a la calle, como objeto de apropiación y a la vez, elemento delimitador en la conformación de experiencias, prácticas e interacciones.

Sin embargo, dos elementos rondan este concepto. Por un lado, puesto que la experiencia de vida en calle no se delimita a las avenidas o los espacios viales sino a una serie de lugares que comparten como característica común encontrarse en el espacio público urbano, ya sean bajo puentes, banquetas, parques, en algún tiempo coladeras, baldíos, edificios abandonados, camellones, mercados, salidas de estaciones de metro, e incluso albergues, anexos y espacios institucionales, entre otros, que son apropiados como lugares de pernocta, socialización y obtención de recursos, la calle como tal es una referencia del lugar apropiado y resignificado, sin que esta apropiación se limite a un espacio único y específico, pudiendo inscribirse en diversos lugares.

Por el otro, la movilidad e intermitencia de la vida en distintos lugares que, a veces y por periodos breves, pueden ser lugares de renta, como hoteles o cuartos de vivienda, o incluso en el hogar de origen o lugares de alojamiento temporal, ya sea

gubernamental o institucional, cuestionan esta conceptualización. Parecería entonces que la calle adquiere múltiples significados e incluso se vuelve una alusión o símbolo que más allá del espacio y que comprende un modo de vida ligado a pertenencias, experiencias, prácticas cotidianas, interacciones y hábitos que conforman la identidad callejera y que, a decir de Giménez (2007), se encuentran adscritas a un componente territorial y definidas como colectividades territorializadas.

Por lo anterior, la revisión de algunos conceptos teóricos como la noción de efectos de lugar de Bourdieu; las orientaciones desarrolladas por Rabotnikof (2005) sobre la aparente dicotomía de lo público y lo privado y el contexto de discusión de los lugares públicos como espacios físicos urbanos de interacción, visibles y accesibles y las ideas de Varela (1998) sobre el desdibujamiento de los límites entre lo público y lo privado en el contexto urbano, serán retomados durante el análisis de los relatos de vida y a partir de la exploración que se realice de los referentes y la valoración que la población le otorga a la vida en los espacios públicos, en función de cómo nombran las circunstancias en las que viven o vivieron, los términos que nombran al referir los lugares apropiados y sus propias itinerancias.

Así, las distinciones entre espacios públicos y privados son relevantes, ya que tienen diferentes implicaciones al caracterizar estos lugares en dos sentidos: el individual en oposición al colectivo, el invisible y el visible, el interior y el exterior e incluso, el femenino y el masculino (Soto, 2009: 54-55). Asimismo, el uso del referente calle será de importancia, ya que permite analizar el uso y la apropiación del espacio público, generalmente urbano, para el desarrollo de prácticas tradicionalmente privadas, domésticas e íntimas.

### **c) Criterios temáticos**

Al reconocer el aspecto procesual y oscilatorio de la salida de la calle, pues éste puede experimentarse de forma intermitente, gradual o súbita, en esta tesis se propone identificar los factores o inflexiones que forman parte de este proceso y, a

la vez, reflexionar sobre si éste se relaciona con la posible fragmentación o el distanciamiento de la identidad callejera. Se propone que el desarrollo de ciertas prácticas, interacciones sociales y experiencias individuales que establecen algunos miembros jóvenes de la población callejera se relacionan con el desarrollo de puntos de inflexión en las trayectorias de vida de estos individuos.

De este modo, el proceso de salida de las calles de los adultos jóvenes de las poblaciones callejeras podría relacionarse con el posible distanciamiento de la identidad estigmatizada y la generación de nuevas pertenencias sociales, prácticas sociales cotidianas y nuevos atributos identificadores que se inscriben en la narrativa biográfica por medio de puntos de inflexión, y abren la posibilidad de que la identidad callejera sea reemplazada, superpuesta o intercambiada por otras identidades, entre otras posibilidades. Dado lo anterior, en esta indagación se planteó entrevistar a miembros de las poblaciones callejeras cuyo proceso de vida fuera de las calles se encuentra inscrito en la actual intervención de diferentes instituciones con dispositivos discursivos e interpretaciones específicas de la complejidad social, dos de las formas de intervención descritas en párrafos anteriores.

En primer lugar, debido a las características de los perfiles y la disponibilidad en el acceso a la implementación de entrevistas, con base en la experiencia y cercanía previa, se optó por analizar las trayectorias de vida de miembros de las poblaciones callejeras que se encuentran en acompañamiento educativo de la Asociación Civil, *El Caracol*. Respecto a este contacto previo, es necesario apuntar que, durante el periodo de enero-septiembre del año 2015, y con base en mi interés personal por aproximarme al fenómeno de la población que habita en el espacio público, me incorporé como voluntaria en el área de Gestión de Conocimiento a la labor de la Asociación Civil *El Caracol*. En los recientes años mantuve la cercanía con la organización por medio de la participación esporádica en labores de análisis y exploración en puntos de calle. Este vínculo previo me permitió contar con la



colaboración institucional en el contacto con miembros de las poblaciones callejeras en acompañamiento educativo.

En segundo término, se contó con la participación de miembros de las poblaciones callejeras que han sido empleados como vendedores callejeros de la revista *Mi Valedor*<sup>2</sup>, proyecto editorial y laboral que pretende funcionar como herramienta de inclusión social para “personas que viven en situación de calle o en exclusión laboral en la Ciudad de México”. En este caso, el contacto con *Mi Valedor* se estableció a partir de la participación en tres jornadas anuales de difusión y venta de la revista, así como el intercambio con su área de Gestión Social.

En tercer lugar, se consideró incluir los testimonios de miembros de la población que se encuentran alojados en el Hogar CDMX, espacio de vivienda proporcionado por la Secretaría de Desarrollo Social de la Ciudad de México (Sedesol-CDMX), como modelo de atención que ofrece alternativas de vida fuera de calle para facilitar el tránsito a una vida autónoma. Sin embargo, a pesar de que, por distintas vías —oficios, reuniones y correos electrónicos—, se intentó contar con la colaboración de las autoridades administrativas de Hogar CDMX y del Instituto de Asistencia e Integración Social (IASIS) para incluir los testimonios de hombres y mujeres en proceso de vida independiente como parte del Programa de Atención Integral a Personas Integrantes de las Poblaciones Callejeras y en Riesgo Social de la CDMX, todos los esfuerzos fueron infructuosos<sup>3</sup>.

Debido al propósito inicial de esta investigación, la cual pretende analizar los procesos de salidas de las calles de los miembros jóvenes de las poblaciones

---

<sup>2</sup> El proyecto *Mi Valedor* se autodenomina “la primera revista callejera de México que funciona como una herramienta de inclusión social para personas que viven en situación de calle o en exclusión laboral en la CDMX”. Su sitio electrónico es: [<https://mivaledor.com/>], consultado por última vez el 25 de abril de 2018. Checar que no se repita con la nota que tienes más adelante sobre la revista *Mi Valedor*.

<sup>3</sup> La falta de disposición por parte de las autoridades administrativas para aprobar la participación de miembros del Hogar puede ser sujeto a múltiples interpretaciones que podrían responder a su propia lógica institucional-gubernamental, a su recelo sobre la diseminación de los procesos de intervención implementados, a la mediación de los tiempos electorales en las tareas administrativas, o incluso a la intromisión que esta solicitud podría haber supuesto en las labores administrativas, dadas las limitaciones de tiempo y personal. En todo caso, es revelador considerar que a pesar de sostener múltiples intercambios por escrito y en persona por alrededor de seis meses, no se pudo contar con su autorización ni establecer ninguna entrevista en este caso.



callejeras que han experimentado amplios periodos de vida en las calles, se optó por considerar a las y los miembros de ambas organizaciones, *El Caracol* y *Mi Valedor*, estableciendo a la población en acompañamiento con *El Caracol* como los sujetos centrales de esta aproximación, debido a las diferencias en los perfiles que atienden ambas instituciones.

La población en acompañamiento de *El Caracol* tiene un perfil muy amplio pues entre ellos se encuentran hombres y mujeres de distintas edades, infantes, jóvenes, y adultos de hasta 50 años, aproximadamente, que cuentan con periodos extensos de vida e itinerancia en calle, cuya primera incursión generalmente fue durante la infancia, por lo que fue considerablemente fácil identificar a hombres y mujeres jóvenes con el perfil requerido.

Así, algunos de los criterios determinados para la selección de perfiles de los sujetos entrevistados como testimonios centrales fueron: que compartan las características etarias, al encontrarse en un rango de edad entre los 18 y 35 años; que su proceso de inserción en la vida en calle haya ocurrido entre los siete y 15 años; que cuenten con una experiencia de vida en el espacio público de, por lo menos, 10 años; y que al momento de ser entrevistados se encontraran en un proceso sostenido de vida fuera de las calles, de al menos seis meses.

Por su parte, “los valedores”<sup>4</sup> son generalmente hombres entre 40 y 70 años que tienen en promedio dos años viviendo en los albergues del IASIS, en donde fueron contactados directamente por el proyecto *Mi Valedor*. La mayoría de ellos comenzaron su vida en el espacio público alrededor de dos años antes y, a diferencia de los miembros de *El Caracol*, su experiencia de vida ha sido predominantemente en los espacios de albergue. Además, sólo uno de los

---

<sup>4</sup> El término **valedor** o **valedores** es usado en dos sentidos en esta tesis. Por un lado, para algunos miembros de las poblaciones callejeras, son *valedores* aquellos compañeros o amigos, quienes generalmente comparten las circunstancias de vida en calle y con quienes se mantiene una relación de amistad o compañerismo, por lo que se utiliza de forma similar al término *banda*. Por el otro, el proyecto *Mi Valedor* haciendo uso de esta referencia ha utilizado el término “valedores” para nombrar a los miembros de la revista que realizan la venta de este producto en las calles de la Ciudad de México. Siendo así, se diferencian ambas connotaciones a partir del uso de cursivas y comillas, cuando se trata de una u otra acepción.

entrevistados de *Mi Valedor* se encuentra actualmente rentando de forma independiente.

Al concluir con la implementación de entrevistas se contó con cuatro entrevistados en acompañamiento educativo de *El Caracol* y cuatro más miembros de *Mi Valedor*. Lo anterior permite establecer y considerar algunos criterios de exploración que pueden ser profundizados en el Anexo (Ver Anexo 1. Guía temática de entrevista).

**Tabla 2.** Criterios temáticos de exploración

Apartados	Criterios temáticos
A. <b>Presentación</b>	<i>Perfil personal</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estatus actual</li> <li>- Antecedentes de vida</li> </ul>
B. <b>Llegada a la calle</b>	<i>Proceso de salida del núcleo familiar</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Motivaciones</li> <li>- Condiciones: edad, vinculación familiar</li> <li>- Tipo de proceso: progresivo, intermitente, súbito</li> <li>- Expectativas de vida en la calle</li> </ul>
	<i>Encuentro con la calle</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Distanciamiento del núcleo familiar</li> <li>- Experiencias de supervivencia</li> </ul>
	<i>Incorporación a un grupo</i>
C. <b>Arraigo callejero</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Recepción de otros miembros o guía</li> <li>- Identificación con otros miembros</li> <li>- Primer consumo de sustancias</li> </ul>
	<i>Prácticas transgresoras</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Consumo de sustancias</li> <li>- Autoridad</li> </ul>
	<i>Violencia</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Ejercida</li> <li>- Recibida</li> </ul>
D. <b>Salida de calle</b>	<i>Estrategias de supervivencia</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Provisión de recursos</li> </ul>
	<i>Intentos previos</i>
	<i>Motivaciones</i>
	<i>Desarrollo de otras vinculaciones o lazos de pertenencia</i>
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Núcleo familiar de origen</li> <li>- Establecimiento de una familia propia: hijos o pareja</li> <li>- Nuevas redes</li> <li>- Atributos personales</li> </ul>	

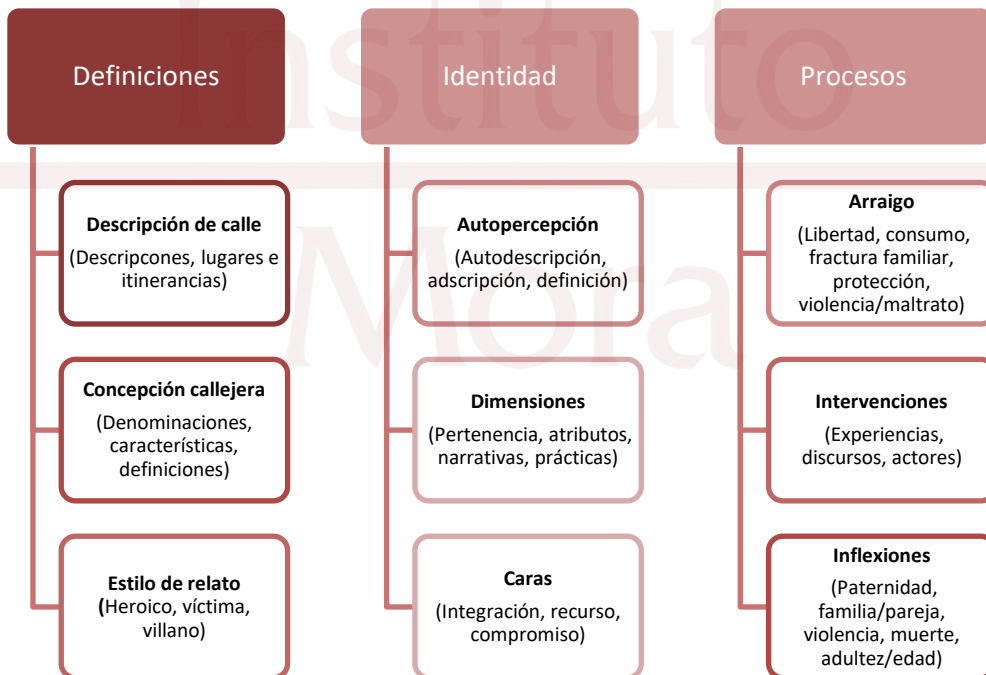
Apartados	Criterios temáticos
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Experiencias de muerte</li> <li>- Limpieza social</li> </ul>
	<i>Distanciamiento de la imagen callejera</i>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Estigma</li> <li>- Valoración de recursos</li> </ul>

Fuente: Elaboración propia

Como se puede observar, a partir de los criterios temáticos listados se abordaron los dos procesos que orientan la investigación, tanto la conformación de una identidad callejera como la exploración de los factores o las inflexiones que inciden en su proceso de salida de calle y se podrían relacionar con la posible fragmentación o distanciamiento de dicha identidad. Esto ha sido posible a partir de la indagación de las nociones planteadas en este capítulo: el papel de las intervenciones, la experiencia de vida en calle y el proceso de salida, itinerante, intermitente o súbita.

De este modo, las categorías de análisis descritas han sido divididas, tal como se enlista en la siguiente tabla (para más información, ver el *Anexo 2. Libro de códigos*):

**Figura 3.** Categorías y subcategorías de análisis



Fuente: Elaboración propia.

Estos elementos y categorías se han dividido como se detalla a continuación. Las definiciones que forjan los entrevistados respecto a la calle —los lugares, sus descripciones, las itinerancias y las denominaciones de los espacios—, acerca de la población que vive en calle —cómo la caracterizan, nombran y definen—, y a partir de los estilos de relato que utilizan —sea heroico, victimario o victimizante—. En relación con la conformación de la identidad, ya sea la propia —al autodescribirse, adscribirse o definirse—, la que se conforma de las dimensiones plateadas por Giménez —pertenencia, atributos, narrativas y prácticas—, y los usos que se le da a dicha identidad —como forma de integración, estrategia o recurso y como compromiso—. Y, con base en los procesos que impactan en la trayectoria de vida de los sujetos, a través del arraigo callejero —y los factores que describen su conformación: el consumo, la búsqueda de libertad, la fractura familiar, las experiencias de violencia o maltrato y la entrada a la calle—, las intervenciones de organizaciones privadas, instituciones públicas o actores independientes —que se exponen a partir de las experiencias, discursos e interlocutores—y finalmente, con base en los puntos de inflexión que convergen en el proceso de salida —a partir de las experiencias de maternidad o paternidad, de sucesos de violencia, la cercanía con la muerte ya sea por decesos o intentos de suicidio, la conformación de una familia o pareja, o la confrontación con una edad adulta—.

Ha sido con base en estas categorías y subcategorías que en los siguientes dos capítulos se ha desarrollado el análisis de los testimonios de vida de diferentes miembros de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México, a partir de los cuales se podrían considerar dos perspectivas sobre la vida en el espacio público. En primer lugar, se cuenta con los testimonios de vida de hombres y mujeres jóvenes que han experimentado alrededor de una década en la itinerancia del espacio público, originada a temprana edad, y cuyas redes, prácticas y atributos corresponden a lo que algunos autores denominan arraigo callejero. Mismos que, a la vez, al momento de la entrevista afirmaron encontrarse en proceso de desarrollo de una vida independiente.

Por su parte, como espejo de estos testimonios se encuentran los de adultos, entre 40 y 70 años, quienes recientemente se han incorporado a la vida en la calle, predominantemente a través de espacios de albergue temporal provistos por el gobierno de la Ciudad de México. Sus relatos dan cuenta de diversos modos de habitar la calle y enfrentar la supervivencia en el espacio público y, de este modo, entender la complejidad de un fenómeno que cobra matices y reflejos caleidoscópicos. Así, estas miradas *in situ* se complementan en la similitud de las condiciones materiales de exclusión y vulneración social, aunque divergen en la experiencia de sobrevivencia, temporalidad, herramientas, redes y pertenencias, condiciones subjetivas e inmateriales que nos ayuda a profundizar en nociones como identidad, pertenencia, arraigo, quiebres e inflexiones, entre muchas otras.

Instituto  
Mora

## E. Capítulo 4. Ser de calle (Narrativas)

### Presentación

Una vez planteada la aproximación conceptual, teórica y metodológica de esta investigación, este capítulo tiene el propósito de presentar, analizar e interpretar, con base en los elementos previos, las narrativas biográficas de las y los miembros de la población callejera entrevistada. Es necesario apuntar que con este objetivo las historias de vida se han dividido en dos secciones.

Por un lado, se presentan los casos de mujeres y hombres adultos jóvenes, entre 18 y 35 años, que después de una experiencia de vida en calle, de al menos de diez años, al momento de la entrevista se encuentran viviendo fuera de las calles, es decir, en espacios de renta independiente. Sus historias de vida han sido desarrolladas en función de los elementos compartidos y de las diferencias en las trayectorias que han vivido.

Como reflejo, se cuenta con las narrativas de miembros de la población callejera, en cuya heterogeneidad sólo convergen como elementos comunes su ocupación actual, la breve y reciente experiencia de vida en calle y su estadía actual en espacios de alojamiento gubernamental. Estos testimonios varían en el perfil poblacional, así como en la periodicidad que han experimentado en el espacio público, generalmente menor a dos años, así como en las experiencias de intervención institucional u organizacional.



Como se ha mencionado, la aproximación habitual al fenómeno de la vida en calle se concentra en los factores que propician la expulsión del hogar e incluso en las características y procesos que conforman tanto la apropiación del espacio público como en la generación de estrategias de supervivencia en calle, las cuales han sido nombradas por algunos autores (Lucchini, 1996; Taracena, 2010; Saucedo, 2012; Pérez, 2012; et. al.) como carrera hacia la calle, callejerización o arraigo callejero. Considerando este marco teórico, esta tesis se propone indagar los factores que, en oposición al arraigo o permanencia en calle, han fungido de forma articulada como puntos de inflexión en el proceso de salida de las calles por parte de miembros de las poblaciones callejeras.

La premisa es que al considerar el fenómeno de la vida en calle desde el enfoque de arraigo callejero se parte del supuesto de que existen prácticas, vínculos afectivos, saberes cotidianos y pertenencias materiales y simbólicas que condicionan y, hasta cierto punto, anclan a los individuos a una vida en el espacio público. Sin embargo, esta aproximación sugiere cierto determinismo que impide considerar el cambio en estas condiciones, o la imposibilidad de que en estas circunstancias se propicie el proceso por el cual ciertos miembros de las poblaciones callejeras emprenden una vida fuera de las calles, o comprender incluso aquellas itinerancias entre la pernocta en la calle y la renta de habitaciones de hoteles, o entre distintos puntos en el espacio público.

Por el contrario, al considerar el enfoque de identidad como la perspectiva teórica de la que parte esta investigación, la experiencia en calle se coloca, junto con la experiencia previa de salida del hogar, como uno de los elementos centrales que caracterizan la identidad callejera, misma que es entendida como el conjunto de atributos, pertenencias, prácticas y narrativas que convergen en un individuo que ha desarrollado parte importante de su vida en el espacio público. Así, con base en esta perspectiva se puede plantear la interrogante ¿cómo se explican los procesos de salida de las calles de algunos de los miembros de la población callejera? E, incluso, las que orientan esta investigación: ¿existe la identidad “callejera”?, ¿qué

elementos la constituyen?, *¿cuáles son los factores que intervienen en el proceso de salida de las calles?*, ¿existe una relación entre el proceso de salida de calle y la posible fragmentación de la identidad callejera de estos miembros?

Lo más probable sea que estas preguntas no tengan una respuesta única ni general, no obstante, tal vez sea posible identificar algunos de los elementos que intervienen en las trayectorias de vida de distintos individuos, pero sobre todo analizar cómo se desarrollan los procesos que inciden en la salida de las calles y cómo interactúan ciertos puntos de inflexión en este recorrido vital.

Si bien, numerosas trayectorias de vida de miembros de la población callejera coinciden en describir la carrera hacia la calle como un proceso gradual e intermitente, también existen casos en que este encuentro con el espacio público sucede de forma súbita y única. De forma análoga a la carrera hacia la calle, en esta tesis se propone que el proceso de salida de las calles puede ser “una carrera fuera de la calle” y ocurrir en el marco de la itinerancia de la vida callejera, en la cual algunas y algunos miembros de las poblaciones mantienen contacto con sus familias de origen u otros hogares, a los cuales acuden esporádicamente y en donde mantienen visitas breves, así como en la fluctuación entre la renta de espacios de alojamiento en hoteles y la pernocta en calle.

Asimismo, la salida de la calle que se considera en este planteamiento es concebida como el proceso en el cual las y los miembros de la población que han transitado entre la pernocta en los espacios públicos, la renta de habitaciones de hotel, el alojamiento en albergues o el tránsito provisional por instituciones públicas y privadas, se encuentran viviendo fuera de las calles, es decir, en espacios de renta independiente durante, por lo menos, los últimos seis meses. Como parte de este proceso, además de la transición física entre espacios, los sujetos desarrollan nuevos atributos y sostienen nuevas interacciones, prácticas y vínculos independientes de aquellas relacionadas con la permanencia en el espacio público. Aunque en la mayoría de los casos dicho proceso no se desarrolle de forma

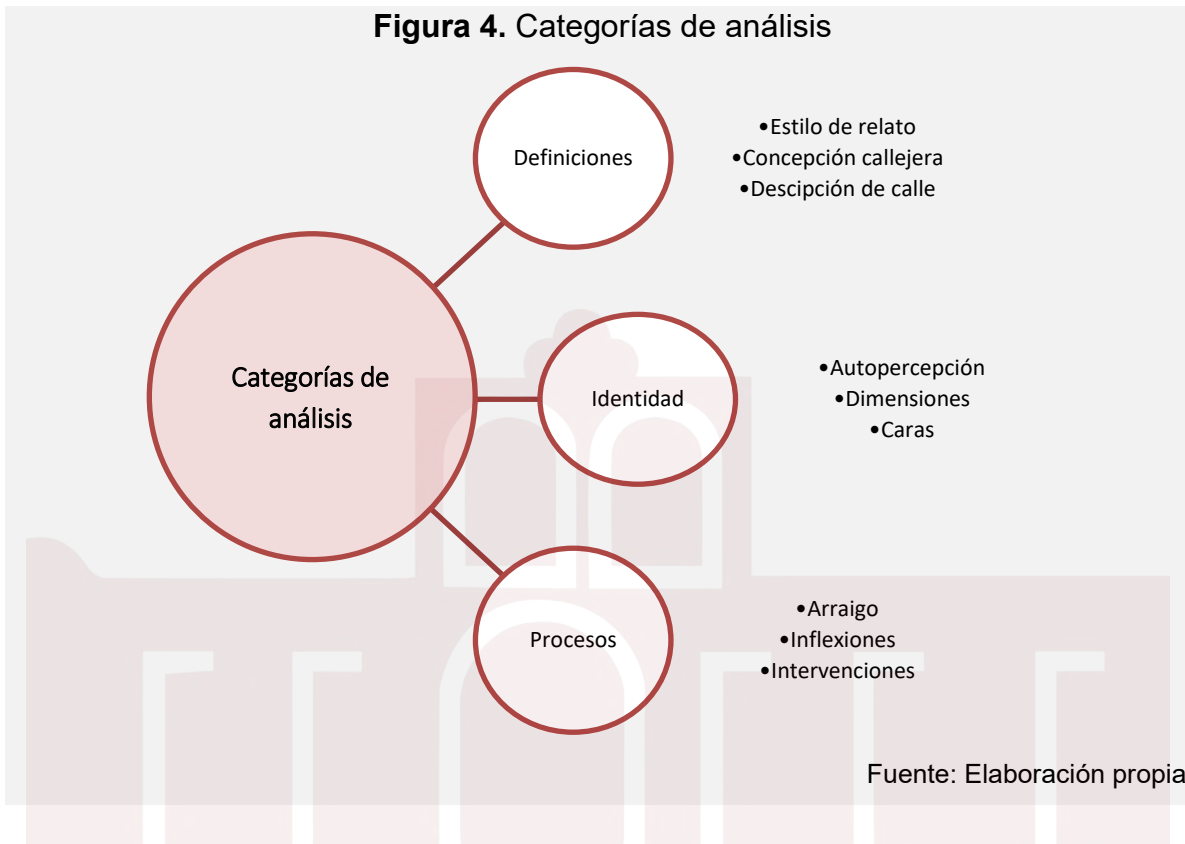
autosuficiente sino a partir de la intervención de organismos o instituciones públicas y privadas, se considera que éste también puede emprenderse de forma autónoma.

Esta mirada acerca de la concepción del proceso de salida de las calles se relaciona con el uso mismo del concepto central de la investigación: poblaciones callejeras, ya que al plantear dicho proceso como el somero cambio en el lugar de pernocta o alojamiento no se daría cuenta de la complejidad del fenómeno de vida en calle como el conjunto de interacciones, prácticas, pertenencias y atributos ya descritos en apartados anteriores. Siendo así, tanto el proceso de salida de calle como el concepto de poblaciones callejeras mantienen cierta interacción.

## I. Narrativas

Con base en el guion temático presentado en el capítulo anterior, se contó con el audio y la transcripción de ocho entrevistas semiestructuradas, las cuales sirvieron para contar con los segmentos gramaticales (párrafos, frases, palabras) como unidad de análisis de las categorías centrales que se han considerado. Dichas categorías rondan alrededor de tres elementos: definiciones, identidad y procesos (Ver Figura 4).

Como se mencionó en un inicio, las entrevistas temáticas semiestructuradas que fueron realizadas a hombres y mujeres miembros de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México han sido divididas en dos secciones. Por un lado, se consideran aquellos perfiles que tienen como particularidad coincidir en tres elementos. Se trata de los testimonios de dos hombres y dos mujeres que cuentan con una experiencia de vida en calle de un mínimo de diez años; en los cuatro casos, al momento de la entrevista los participantes se encontraban viviendo en espacios de renta, por al menos los últimos seis meses; y la vinculación con estos sujetos entrevistados se había realizado a través de la Asociación de la Sociedad Civil, *El Caracol*.



Por el otro, se cuenta con las entrevistas de cuatro hombres miembros de la población callejera, con un perfil heterogéneo, entre 40 y 70 años, generalmente, y al momento de la entrevista tres de ellos habían pasado alrededor de dos años viviendo principalmente en albergues del gobierno de la Ciudad de México, y sólo uno de ellos cuenta con una experiencia de vida que incorpora la itinerancia entre espacios de la vía pública y albergues gubernamentales durante los últimos cinco años. Como principal elemento común, además de su sexo, todos los entrevistados comenzaron su experiencia de vida en calle de forma reciente y durante su edad adulta, y al momento de la entrevista habían sido capacitados y empleados como vendedores de la revista callejera *Mi Valedor*<sup>5</sup>, y contactados por ésta a través de

<sup>5</sup> La revista *Mi Valedor* es un proyecto editorial y laboral que inició hace tres años en la Ciudad de México y funciona bajo el esquema de empresa social. Inspirada en el modelo británico de la revista *The Big Issue*, que comenzó en 1991, *Mi Valedor* forma parte de la Red Internacional de Periódicos Callejeros, integrada por 110 organizaciones en 35 países. En este esquema, los miembros de las poblaciones callejeras que son empleados en la revista son capacitados para el comercio en la vía pública y, a la vez, toman talleres semanales para su formación y colaboración editorial y gráfica por medio de

los espacios de albergue gubernamental, los cuales han sido su principal lugar de pernocta.

## Primera parte

Como eje de este análisis se contó con las transcripciones de las entrevistas temáticas sobre las trayectorias y el proceso actual en la vida de cuatro individuos, cuya identidad será reservada, pero se identificarán con su primer nombre: Susana (35 años, entrevista 1); Gabriel (35 años, entrevista 2); María Luisa (29 años, entrevista 3) y Sergio (24 años, entrevista 4). A continuación, se describirá a grandes rasgos, parte de su trayectoria de vida.

### A. Una hoja al viento: Susana

Susana es una mujer de 35 años, quien desde antes de los 11 años comenzó a escaparse de casa y, a partir de los 17 años, ha vivido en la itinerancia entre distintos lugares en el espacio público —estaciones del metro, banquetas o parques—, lotes de paracaidistas y hoteles, ya sea sola o con sus hijos y pareja. Sin embargo, hace aproximadamente un año se encuentra rentando una vivienda junto con su actual pareja, “El Ranchero”, y dos de sus cinco hijos, Melanie, de 5 años e Ian, de 6 meses, los más pequeños. Además de ellos, tiene un hijo mayor de 16 años, y dos de 9 y 7 años, quienes no están con ella.

Los primeros minutos de la entrevista realizada a Susana se llevaron a cabo en el marco de la Feria Internacional del Libro del Zócalo 2017, dentro de la actividad titulada *Biblioteca Humana*. Ésta consistió en compartir la experiencia de vida en calle a través del diálogo con los “libros humanos”. Ellos y ellas nombraron su

---

contenidos. De los 20 pesos del costo al público de la revista, “los valedores” pagan \$5 y conservan una ganancia de 15 pesos.

historia de vida y sus interlocutores eligieron títulos de su interés, escucharon sus relatos e hicieron preguntas durante menos de 15 minutos. Susana tituló la suya como “Una hoja al viento”. A diferencia del resto de entrevistas, la primera parte de esta transcurrió en este contexto, con la intervención de otros participantes; y la segunda parte se llevó a cabo con base en preguntas semi estructuradas y como parte de una conversación privada.

Susana se presenta a sí misma indistintamente, como una chava de calle o una chava de población callejera en proceso de una vida independiente. La reseña de su libro dice que no sabe cómo despertó en la calle, pero así lo narra. Ella distingue su situación, su llegada a la calle, de la de aquellos chavos que nacieron en calle, los que bien podrían llevar por cuna la calle. A diferencia de ellos, Susana se convirtió en población callejera, en sus palabras, debido al maltrato, el rechazo y el abuso en el contexto familiar que tuvo su reputación a los 14 años cuando al regreso de “unas de sus escapadas” se enteró que su familia era adoptiva. Al optar por reencontrarse con su familia biológica, y al contrario de sus expectativas, al maltrato se sumó la precariedad económica y el abuso sexual por parte de su hermano mayor.

Yo dije: “no, pus que chido, ¿no? Me voy con mi mamá biológica, con mi familia. Ahora sí voy a ser querida por que son mis hermanos, es mi mamá, pues me voy con ellos, ¿no?”. Y, ¡oh, sorpresa!, viví casi lo mismo o peor, pero ahora sin varo, porque al menos ahí en la casa, pues no tenía la necesidad de trabajar y ya, cuando llegué con mi mamá pues ya fue trabajar, ¿no? Trabájate para tus gastos, trabájate porque yo necesito gasto, y si quieres estudiar, pues trabaja (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

La mala experiencia en sus dos familias de origen, la adoptiva conformada por sus tíos y tres primos, y la biológica compuesta por su madre y sus cinco hermanos varones, se caracterizó por la falta de pertenencia y aceptación que se contrapuso con la amplia recepción que recibió en la banda de la esquina, en los *valedores* de calle o en la familia de cholos, en donde tal vez encontró “el falso amor que buscas, ¿no? El quererte sentir —lo que no sentí de niña—querida y aceptada, apapachada” (Susana, comunicación personal, 17/10/17) lo cual describe como uno de sus *enganches* a la calle. A éste se sumó el temprano consumo de drogas, como



inhalantes y marihuana a los 8 años, los cuales fueron elementos que conformaron su vínculo a la calle.

Y la neta, yo empiezo en las drogas porque los empiezo a ver que *chemean*, que están bien felices, ¿no? Y yo quiero de esa felicidad (...) Y por eso pues digo, a lo mejor es eso, ¿no?, la droga. Y pues en cierta forma, pues ahora me doy cuenta de que yo pensé que era la salida, pero fue el, \*sonido de inhalación\* el *jale* a la calle, fue el gancho (...) ¿no?, que me arrastró a la calle (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Desde su última escapada de casa, a los 17 años, Susana vivió en distintos espacios, transitando principalmente entre la calle y los hoteles ya que con sus hijos e hijas procuraba no recurrir a las salidas del metro como cuando era soltera pues “con mis hijos fue más de hotel porque... la verdad no me gusta que mis hijos se queden en la calle. Ya las veces que me tocaba quedarme en la calle era porque de veras pasaba algo y no podía yo chambear, o generar, o ese día me iba bien culero y o pagaba hotel o es daba de comer. Y, la neta, pu’s mejor les daba de comer” (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Y es que contrario al estigma que Susana ha detectado hacia la población que vive en calle, debido a que “la gente piensa que los chavos de la calle nos la llevamos bien fácil”, ella argumenta lo contrario:

Pues es difícil, es difícil ser chavo de calle, ¿no? Porque tú también quisieras estar limpio como todos los demás, pero a veces no puedes. O no hay dónde laves tu ropa, dónde la tiendas, luego no tienes para el jabón. O luego no tienes ni ropa, luego nomás tienes tres mudas o dos mudas. Luego no te puedes bañar como tu quisieras, ¿no? (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Aunque reconoce que “es una vida de irresponsabilidades”, porque no compartes las mismas actividades u horarios también afirma que “es exactamente lo mismo, (porque) tienes que trabajar para comer, para todas tus necesidades”.

Su amplia experiencia en calle es ambigua, pues se reconoce como una chava de calle, orgullosa de serlo, aunque lo relate con voz entrecortada y llanto, aunque su historia la cuente en términos de sobrevivencia y lucha, y se vea a sí misma como un ejemplo para otros chavos, para la banda que quiere “salir de calle”, pues ella afirma que:

(...) no quiero olvidar que *fui de calle*, yo no quiero olvidar mi experiencia en calle. Yo siento que *mi experiencia en calle* me hizo ser lo que soy ahora, alguien fuerte, alguien luchadora, que no se vence, que puede contra todo. Porque si *sobreviví a la calle*, puedo sobrevivir a todo lo demás. (...) Yo me siento muy *orgullosa de ser chava de calle*. Yo le doy gracias a Dios por haberme hecho... yo le doy gracias a Dios. Y yo quiero echarle ganas porque pues yo quiero echarle la mano a la banda que yo conozco de calle. Que ellos vean que sí se puede, que es difícil pero que sí se puede (salir de calle), que no están solos (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Así como a los 17 años, cuando Susana tras darle el gasto a su madre salió a la calle a pedir ayuda, “Se me ocurrió, ¿no? De repente, ir a tocar las puertas y enseñarles mi papel de la escuela y decirles “oyes, ¿me regalas una moneda?, mira me tengo que ir a inscribir”, también ahora lo que le interesa es estudiar, “estudiar algo... (...) cultura de belleza. Algo que me dé un empleo formal. Quiero, que mis hijos estudien, que mis hijas sean unas muchachitas de respeto, nobles. Pero sobre todo que mis hijos no pierdan su corazón noble, humanitario, de ayudar a los demás” (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

## B. Gabriel: lo bueno, lo malo

Cuando le pido a Gabriel, que se describa a sí mismo, que me cuente quién es él, enseguida cuestiona “¿lo bueno o lo malo?”. Lo dice sonriente, pero sin bromear e intenta describir cómo desde los 6 años se fugó de su casa en Huauchinango, Puebla. Al intentar escapar del abuso físico de su padre alcohólico, decidió subirse de contrabando a un camión que transportaba frutas y vivir en la calle para no sufrir, aunque no haya sido así, “como tenía problemas en mi casa con mi papá pus yo decía “yo en la calle no voy a sufrir”, porque yo veía que en la calle siempre comían y todo y yo pensé que no iba a sufrir, pero sí sufrí”.

Casi tres décadas después, para Gabo, la vida ha sido la calle, su escuela también. De esos 29 años que ha vivido en la Ciudad de México sólo durante el primero estuvo en una casa hogar, aunque no refiere cuál. Sin embargo, durante los últimos

7 meses, ha vivido, por primera vez, en su propia casa, un departamento en renta por el metro Constitución. Gabo aún no lo cree, pues:

(...) nunca pensé salir ya de la calle, como yo andaba en la calle, durmiendo en los pastos, y en las banquetas y en las bancas, pensé que iba a seguir ahí, pero un día me dijeron “mira, sorpresa, tus llaves de tu casa” (...) La verdad siento que es un sueño lo que estoy viviendo todavía y luego me pellizco yo para despertar, pero despierto y digo “sí, tengo mi casa”. Me siento contento (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Aunque esta es la primera vez que renta un espacio para él sólo, y cuenta haberla pasado “más en la en la calle, y siempre en la calle, en la calle, en la calle, en la calle, en la calle, hasta ahorita que tengo 7 meses que ya no sé qué es dormir en la calle” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17), Gabo ha intercalado en algunas ocasiones entre la calle y la renta de cuartos de hotel, pero de forma acompañada, ya sea con algún amigo o con su expareja, Antonia, con quien tuvo un hijo.

Por el momento, Gabriel no está con ellos, Oswaldo, su hijo de 2 años, y Antonia viven en un hogar para madres solteras, aunque él lo frecuenta tanto como puede. Si bien el propósito inicial de rentar un espacio era vivir con su familia, ahora “ella anda con otra pareja, pero me dejó... me dio un hijo y es lo más padre”. Por ello:

Aunque no lo tengo a mi bebé pues ya me siento bien porque ya sé lo que es hacerse de sus cosas uno solo y ya no dormir en la calle, pasando fríos. Ahí nomás llego, me tapo, tengo mi cobija, tengo mi techito ya más seguro, ya no voy a dormir con miedo de que vaya a llegar alguien, de que me vaya a hacer algo en la calle. Ya no, ya no duermo con miedo, ya duermo tranquilo. Luego ni dormía por el miedo de que me fuera a pasar algo (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Y es que, habiendo vivido desde los 6 años en la calle, transitando entre diversos espacios y dos grupos, La Doctores y Garibaldi, fue como conoció a Antonia, como comenzó a *monerarse* desde los 7 años, cuando pensó que le darían una muñeca para abrazar y no solvente; como conoció a aquel hombre al que llamaba papá, el que le compraba ropa y alimentaba en su casa hasta que fue asesinado. Fue donde conoció las “tres cosas bien felices: conocí a la mamá de mi hijo, ese señor y mi hijo. Fue lo más feliz que tuve” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

La calle, en esta dualidad entre lo bueno y lo malo, ha sido su lugar de aprendizaje y a la vez de sobrevivencia. A Gabo, “la calle me enseñó muchas cosas que, o sea, para mí la escuela es la calle, para mí la calle fue una... fue mi escuela, de cómo trabajar y todo, o sea. Ahí me enseñé a... cómo ganarme mi comida, cómo ganarme... la verdad el dinero hasta para drogarme, para poder sobrevivir” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17). E incluso, en la calle también fue donde se sintió protegido, porque:

(...) le pegaban a uno y ahí íbamos todos a pegarle, así todos en bolita. Me pegaban a mí y ahí iban todos. Y así, como que me sentía como protegido, yo decía “en mi casa nunca me protegió mi papá ni nadie más que mi mamá y yo decía: “pues yo me siento como protegido por ellos”. Y yo por eso decía que eran mis amigos (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Pero después de haber experimentado dos violaciones, golpizas y un intento de suicidio, tal vez por eso también diga que sobrevivió. Hasta 20 días antes de la entrevista, Gabo había estado trabajando en un empleo formal y no había consumido inhalantes. Sin embargo, a raíz de un *tropiezo* pensó devolver las llaves de su casa y regresar a la calle, ahora busca otro empleo, pues como él dice: “sí, fui de la calle (...) pero de la calle ya no soy. Fui de la calle, eso sí nunca se me va a olvidar (...). Aunque tenga poquito, siete meses o lo que sea, nunca se me va a olvidar que estuve muchos años viviendo en la calle, que era de la calle, ahorita ya no soy. Ando en la calle caminando, pero ya no soy de la calle y es un orgullo que tengo. Tener fuerza de voluntad para salir adelante, sí se puede salir de ahí” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

### C. María Luisa, madre de Luis Daniel

La More, como prefiere que la llamen, tiene 29 años, y desde los 12 años ha transitado entre albergues como Villa Mujeres y Coruña o Mixcoac, así como por diversos puntos de socialización y pernocta en la Ciudad de México: Indios Verdes, Barranca del Muerto, Artículo 123, la Raza, Xochimilco, Insurgentes, Viaducto y Taxqueña. Además, estuvo viviendo por un corto periodo en una casa de huéspedes

para chavos de calle, aunque por primera vez, los últimos doce meses previos a ser entrevistada, los ha vivido en un cuarto de renta junto con una amiga que “está en vida independiente”

Ella, en sus palabras, es “madre de un niño, Luis Daniel (...), y el día de hoy soy una persona que busca la manera (de) avanzar, tener a mi hijo a mi lado” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). Daniel tiene 7 años y hasta hace unas semanas se encontraba en *Hogar, Dulce Hogar*, desde que el DIF le retiró la custodia de su único hijo por vivir en calle. Sin embargo, el día de la entrevista la More fue informada del desconocimiento del paradero de su hijo, tras ser canalizado a un Ejército de Salvación. Por eso está intranquila, desconcentrada. Ella es la única de los entrevistados a quien conocí y con quien conversé sobre su vida con anterioridad. Hace aproximadamente tres años, cuando colaboraba como voluntaria en *El Caracol A.C.*, me narró la separación de su hijo.

A diferencia de aquella vez, cuando “no le salía el amor de madre”, pues “cuando me lo quitaron no sentí nada, al contrario, sentí que... porque ya estaba en una casa hogar, porque ya sabía que iba a dormir bien, que ya tenía un techo para dormir, que ya le iban a dar todo lo que él quería ahí, yo pensé que ya iba a estar ahí bien y me deslindaba para seguir drogándome, para seguir en la calle”, ahora “es por él que salí de calle, por eso estoy en vida independiente, porque quiero que él regrese a mi lado” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

En el último año, la More se ha volcado a su hijo, en expectativas e ideales, “con Dani, el saber que ya va a estar conmigo, se me va quitando (el miedo). Siempre que voy a hacer algo menciono a Dani o me imagino a Dani ya caminando por aquí o así y eso hace que diga bueno... ahí voy” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17), y también en acciones. Todos sus planes se han ideado en función de Luis Daniel y en su recuperación, también el hecho de que haya vuelto a la escuela secundaria y terminado la primaria en clases abiertas del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA), haya conseguido un empleo formal trabajando en

limpieza en el Auditorio Nacional, y hasta haya comenzado a rentar, uno de sus principales temores.

Sin embargo, el trayecto que ha recorrido la More fue complicado. Aunque oriunda de la Ciudad de México, pues nació en el Centro, “bueno por ahí, por el metro Garibaldi”, llegó a los 12 años a la Terminal de Autobuses de Pasajeros de Oriente procedente de Agua Dulce, Veracruz. Una ranchería a la que fue a vivir con su tía desde los 6 años, a partir de la muerte de su madre. Sin embargo, se fugó de su casa a los 12 años por violencia familiar, pero principalmente, por los últimos 4 o 5 años en los que fue abusada sexualmente por parte del esposo de su tía.

Abusó de mi... yo nunca decía nada porque él me tenía amenazada y me daba miedo y me quedaba callada, pero llegó el grado de que cuando cumplí 12 años lo demandé y lo metí a la cárcel, pero mi tía... mi tía lo sacó. Y como allá es un rancho y así, con el fuste con el que se pega a los caballos, me pegó y me dijo que yo era la que... que yo era la que lo buscaba, que yo había sido la ofrecida, que yo era la que me quería quedar con él, y así (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Al ser desestimada su acusación, huyó de la casa de sus tíos y viajó a la Ciudad de México en donde fue canalizada al albergue Villa Mujeres durante un mes, hasta que huyó junto con una amiga que conocía el punto de Indios Verdes. Ahí empezó a “limpiar parabrisas, a vender chicles, a vestir de payasita, y andar en los paraderos, así entre los semáforos y todo”, ganándose la moneda. Aunque al principio tuvo miedo, pues “la regla de ahí (de la calle) es que, si le demuestras miedo a alguien, te aplasta” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17), al final recibió protección y cuidado por ser la más chica del grupo. El punto de Indios Verdes, sin embargo, no fue el único en el cual se incorporó, pues:

(...) me gusta tener muchas amistades, me gusta hacer amigos y me gusta conocer muchas cosas, y muchos lugares. Entonces quise experimentar más puntos, quise saber y conocer y conocer que... me fui cambiado de punto a punto y de punto a punto, pero solamente fue porque me gustaba, por conocer (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Así fue como, eventualmente, More llegó a Barranca del Muerto, en donde hace dos años estuvo a punto de perder la vida tras un episodio de hipocalcemia que no quiso



ser atendido por los servicios médicos de emergencias. Fueron sus amigos, los *chavos de calle*, quienes consiguieron una camioneta para llevarla al hospital, en donde se recuperó después de dos semanas y media en coma. Por eso es el grupo al que quiere ayudar, y afirma que “es el punto que amo y adoro y que si yo... mi mayor deseo es verlos a todos bien, que el Chino, Jaziel, todos, el día de mañana en lugar de verlos a todos tirados y drogados, me saluden (...)” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Además de cuidarla al estar enferma, la More recuerda que “a parte, también era la única mujer en el punto. Eran muchos hombres y yo era la única mujer, pero jamás nadie de ahí, nadie, nadie, me faltó al respeto. Todos me tomaron el cariño de hermana” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17), a diferencia de su experiencia familiar. Tal vez por eso, aunque More tiene familiares en la Ciudad de México, tíos, una abuela, y un medio hermano, a quienes frecuenta ocasionalmente, prefiere la compañía de sus amigos en calle o “en vida independiente”.

#### **D. A toda madre: Sergio**

“Mi nombre es Sergio y soy a toda madre... la verdad” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17) Cuando le pido que se presente, es lo primero que dice. Está cansado y molesto porque la entrevista fue en miércoles, el día que viene desde Tláhuac para ver a su hijo, Arturo, de 1 año y cinco meses, que está en el DIF. Es un trayecto largo, pero además sigue enojado porque Belém, su pareja y madre de Arturo, no fue. En el DIF le adelantaron la posibilidad de que le espacien las visitas, pues no está ocurriendo la reintegración familiar, Belém no va cada miércoles y el Arturo aún no se muestra cómodo con Sergio.

Él dice saber del proceso porque pasó por lo mismo. Sergio tiene 23 años, y además de Arturo y Belém, con quien está peleado, tiene dos familias, la biológica y la adoptiva. Con sus padres biológicos no tiene relación y con los adoptivos intenta seguir en contacto, por lo menos con su mamá biológica, quién es la que ahora

podría ayudarlo a recuperar a su hijo. Aunque a diferencia de los primeros entrevistados, Sergio no da cuenta de experiencias de abuso familiar si existe una marcada ruptura. Él no escapó de su casa, su madre adoptiva se desprendió de él a los 13 años.

Yo me salí de la casa de mi mamá, de mis padres, por una decisión. Yo tengo dos padres, madre biológica y adoptiva. Entonces, por conocer a la mamá biológica, perdí todo con la adoptiva a la edad de 13, 14 años. De ahí, cuando quise regresar ya no pude y mi mamá me llevó a una institución -mi mamá adoptiva- que se llama Hogares Providencia (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

De Hogares Providencia lo corrieron al percatarse de que estaba drogándose y también por amedrentar a un compañero con un cuchillo, después de ser llevado a la Agencia del Ministerio Público y ante su minoría de edad fue enviado al albergue de Coruña, en donde alternó entre este albergue de noche y Pro Niños, el centro de día. Sin embargo,

(...) un día ya, así como que me salí y empecé a quedarme en Garibaldi. Ahí en Garibaldi antes de que construyeran el ése del tequila, ahí antes había un baldío y ahí yo me quedaba. Ahorita ya es vecindad, pero antes era así, esa onda de baldío y ahí se quedaba la banda, bien feo. Veías toda la basura, todo el baldío lleno de basura, las ratas ahí brincando, ¿no?, todo un *despapaye*, olía bien feo. (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

Aunque empezó a quedarse en Garibaldi, Sergio también ha estado en otros lugares, en la Merced, en Tepito, en Coruña y en Pino Suárez, pero como le gusta “andar de aquí para allá” conoce también “el Blanquita, Las Conchitas, (...) las Águilas, Panaderos, lo que es esta otra, ¿cómo se llama?... Hidalgo, la Alameda, Zarco, todo eso conozco”. Aun así, como él dice “yo no me considero de la calle. Me quise volver, pero no pude”. Él era un chavo de casa, pues “siempre de la casa a la escuela, de la escuela a la casa. Si querías ver a tus amigos, tus amigos tenían que venir. Si querías ir a una fiesta le tenías que dar la dirección a mi mamá, ¿no? Todas esas cosas, lo que implica ser de casa, chavo de casa” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

A diferencia de More, Gabo o Susana, la llegada de Sergio a la calle fue impuesta. Sergio no cuenta alguna experiencia dichosa en calle o refiere a algún punto o

compañero como amigo. Para él está claro que en la calle no existen los amigos, y que para sobrevivir hay que ser “agresivo, doble cara e hipócrita”. Aunque fue “el Ardilla” el que le enseñó dónde había una casa de huéspedes para chavos de calle, que les cobraba cien pesos la noche, y con él empezó a acostarse en los vidrios, a andar *faquirando*, tampoco es su amigo. “No, nadie es mi amigo de ahí. Es que es la verdad, para qué te miento. Te mentiría si te dijera son mis amigos, yo no los considero mis amigos, apenas y conocidos, y eso porque “va, los conozco, convivo” pero hasta ahí (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

Ahora Sergio espera volver a tener trabajo en la casa de materiales en donde estaba. Ya trabajó de “mecánico, hojalatería, talacha, haciendo las talachas a las llantas, en la prostitución (...), sí, todo eso... he trabajado de venta, vendedor ambulante, de vagonero, de chalán de ahí de los camiones” pero ahora quiere estar tranquilo. No dice tener planes a futuro, pero sí le queda claro que “si ya lo hice una vez que no lo vuelva a hacer otra vez. Pero otra vez no es hacerlo, es otra vez mantenerse, pero ya para siempre”. Él dice que su hijo lo ha cambiado.

## Segunda parte

En este apartado se describirán someramente las características de algunos de los integrantes del proyecto social, cultural y editorial *Mi Valedor*. Debido a que el perfil de “los valedores” difiere significativamente con el de la población en acompañamiento con *El Caracol*, pero sobre todo porque sus características no se insertan en los supuestos contemplados en esta tesis, se ha optado por incorporar sus testimonios como una mirada que abona a la comprensión del fenómeno de forma complementaria.

En el caso de *Mi Valedor*, el rango de edad de sus miembros se enmarca generalmente entre los 40 y los 70 años; además la población es preponderantemente masculina, por lo que todos los entrevistados fueron hombres; y, se trata de integrantes de las poblaciones callejeras con una experiencia

promedio de dos años de vida en calle, pero mayormente en espacios de albergue temporal provistos por los servicios gubernamentales, en donde fueron contactados por el proyecto social. Lo anterior pone en evidencia la diferenciación, intencionada o no, de los perfiles que atiende cada organización, entre algunas otras implicaciones. Los miembros de *Mi Valedor* que otorgaron la entrevista fueron: Isaías (66 años, entrevista 6); Alfredo (43 años, entrevista 7); Camaxtli (45 años, entrevista 7) y Francisco (41 años, entrevista 9). De forma general, a continuación, se dan algunas pinceladas sobre sus trayectorias.

#### **E. Isaías: “Carne de cañón...”**

Isaías es mixe, hablante materno de esta lengua indígena y también de un español fluido como segunda lengua. Casi de forma inmediata cuenta que es del estado de Oaxaca, del pueblo Paso del Águila, Municipio de San Juan Lalana. Ahí vivió hasta los 55 años, cuando se fue a vivir con su esposa a Texcoco porque sus hijos estaban estudiando en la Universidad de Chapingo. Uno de ellos es Zootécnico, otro músico, no refiere al resto, pero “todos terminaron su carrera y sus estudios” y viven en diferentes lugares: Saltillo, Celaya, Tuxtepec, Texcoco.

Se vino de Texcoco hace dos años, cuando ya tenía 64, sus hijos habían terminado de estudiar y su esposa quería regresar al pueblo: “allá estaban rentando y todo es caro”, pero él nada más llegó al pueblo y enseguida se regresó a la Ciudad. No quiso explicar qué lo motivó a dejar a su familia y vivir solo en la Ciudad, dice que “a lo mejor me porté mal, yo creo que es eso”, pero su hijo y su nuera lo han buscado en las oficinas de *Mi Valedor*, y él no piensa regresar. Algún otro de sus hijos le propuso rentarle un departamento, pero él prefiere ser independiente.

Me vine a la aventura, así de repente, porque ya no tengo a nadie, mis hijos ya crecieron, vivieron su vida. Ellos me han dicho que consiga un departamento y ellos me lo pagan, pero yo no quiero eso, quiero seguir independiente. A veces quiero rentar para ser independiente, pero a veces las ventas no son buenas, el proyecto es para eso, pero cómo garantizo la renta. (...) Con mi esposa ya no pienso regresar, no, ya no (Isaías, comunicación personal, 10/02/18).

Por ahora quiere experimentar cómo se vive en la ciudad, le gusta que por ser de la tercera edad no paga transporte así que puede ir a muchos lugares, Chapultepec y la Alameda son sus preferidos. No refiere planes a futuro sino seguir día a día. A pesar de su personalidad jovial, complicaciones de salud y la misma edad lo desalientan:

Ánimos tengo, lo que me falta luego es vida, [...] si hubiera llegado antes a la revista *Mi Valedor*, más nuevo, hubiera hecho grandes cosas, rentar un cuarto, tener un negocio de abarrotes que es lo que tenía allá en mi pueblo (Isaías, comunicación personal, 10/02/18).

Antes de llegar a Coruña, las primeras dos semanas se quedó en la calle, por “La Latino” pero prefiere el albergue que para él es bonito. Aunque en algunos dormitorios haya cucarachas, chinches y ratas, es en donde tiene seguro “techo y taco”. Piensa seguir en el albergue de Coruña, como los últimos dos años, casi desde que llegó a la Ciudad, aunque ya no tiene proyectos en mente, solo conseguir su pensión, seguir en *Mi Valedor* y enfrentar la vida o la muerte, terminar en el albergue, aunque “ya nomás para ser carne de cañón, porque los que mueren ahí ya nomás se los llevan a la UNAM o al Politécnico para estudio. (...) Ya muerto, no importa” (Isaías, comunicación personal, 10/02/18).

#### **F. Alfredo, “perdón y resurrección”**

Al final de un evento de *Mi Valedor*, en donde presentaron los resultados de uno de sus talleres semanales, Alfredo y yo acordamos platicar en ese mismo instante, por lo que caminamos hacia un *McDonald's*. Parece que le trae buenos recuerdos, trabajó en uno hace mucho tiempo. A sus 43 años ha tenido muchos empleos, de intendente, vendiendo agua o recientemente *BonIce* en las calles y después en la revista *Mi Valedor*. A partir del siguiente lunes comenzará en una empresa de limpieza, por lo que alternará entre la venta de la revista en la Cibeles por las tardes y su empleo en un edificio de la colonia Nápoles por la mañana.

También, de forma alternada, me cuenta de su vida. Intercala diversos momentos, su infancia, sus planes a futuro, la experiencia en la revista, los nombres y las direcciones de personas que ha conocido y, sobre todo, reflexiones y versículos bíblicos. Dice que no sigue ninguna religión, pero se nombra católico, y también cuenta que lleva tres años acudiendo a un templo cristiano que le “ha ayudado mucho a la paz interior”. Desde que era niño y vivía en la calle de Comonfort en la colonia Lagunilla, le gustaba ir al templo cristiano que estaba en la esquina de su casa, aunque su mamá se enojara con él. De ese encuentro con el cristianismo siguieron los anexos<sup>6</sup> a puertas cerradas en donde se internó para superar su alcoholismo, por lo menos dos veces, en Cuajimalpa y Puebla. Dice que ahí “le bajaron el orgullo”, con maltrato emocional y psicológico, pero aprendió a servir.

Ahora son sus hermanos cristianos los que lo aconsejan y oran por él, quienes le cuestionan por seguir en un albergue, por “no trabajar lo suficiente”. Esta nueva familia ha cobrado gran importancia en su vida y la contrasta con aquella con la que creció, en donde no se sentía amado. Aunque sus papás “tenían mucho dinero y [l]e daban todo”, él comenzó a salirse de su casa a los 25 años, unos años después de que su padre muriera.

En esas salidas que detalla como viajes de aventura y diversión, desarrolló algunas adicciones: al alcohol y al sexoservicio, principalmente. Aunque ahora afirma que:

La vida que llevaba... era desordenada, en pecado, en maldad, ganaba dinero, pero era para vicio, para mujeres. Cada vez más vacío, lejos de Dios, muy rebelde. Me salí de mi casa varias veces y eso me llevó a situaciones muy crueles como quedarme y dormir en la calle, por rebelde. [... Pero] llegó un momento en que me harté de la vida que llevaba, pero tuve que probar muchas cosas para poder **entender el fondo** de ya quedar hastiado de decir, ya lo probé, ya lo sentí, ya lo gocé, pero pues ya (Alfredo, comunicación personal, 29/03/18).

Su más reciente salida fue hace poco más de dos años, cuando dejó la casa de su hermana. La voz se entrecorta cuando recuerda “cuando llegué al albergue en

---

<sup>6</sup> También conocidos como *granjas*, se trata de espacios de encierro voluntario o forzado que presumen tratar el alcoholismo y drogadicción de sus usuarios.



situación de calle, hace dos años, todo mugroso, barbón, triste...”. Por eso ahora que quiere “salir de situación de calle” piensa que *Mi Valedor* “es una herramienta de supervivencia” y, junto con la Iglesia y los anexos, ha sido lo que le ha ayudado. Pues, “el valedor es una familia que me acobijó y donde me dieron una oportunidad para poder cambiar. Yo soy lo que soy gracias a *Mi Valedor*, porque las chicas me vieron en situación de calle y me ofrecieron chamba” (Alfredo, comunicación personal, 29/03/18).

Una vez que recuperó sus papeles y ha conseguido un empleo dice que su anhelo es salir del albergue, rentar un cuarto, tener una pareja, casarse, tener hijos, ya que “ahorita **estoy a tiempo de regenerarme** y, pues tener un *cantón* y tener una familia bien (...) Yo creo que el cambio primero está en ti. Si quieres cambiar al mundo, primero estás tú. Y todos estamos en un proceso de cambio, ¿no?” (Alfredo, comunicación personal, 29/03/18).

### **G. Camaxtli: La voz de la calle**

Originario de Celaya, Guanajuato, Camaxtli cuenta que no la conoce, pero ahí nació, aunque fue en Salamanca donde creció y vivió con su familia, su madre, hermanos y sobrinos, pero “vivía la vida de los demás, era papá de mis sobrinos, me dedicaba a cuidar a mi mamá”. Hace 15 años se mudó a Cuernavaca con su mamá y vivió ahí por casi diez años, trabajó como técnico aduanal, empleado de Liconsa y vendedor de seguros, en donde ganaba lo suficiente como para “darse sus lujos”, viajar, probar comidas exóticas, ir al teatro. Sin embargo, hace cinco años se vino a Tláhuac para festejar navidad con su hermana y, por algún evento que no detalla, ya no se pudo regresar con su mamá. Después estuvo con su sobrina unos quince días, pero ahí le propusieron que mejor se fuera a un albergue:

Estuve en la central camionera y me dijeron del albergue Plaza del Estudiante, más conocido como Coruña, nada más de noche. Así fue como conocí los comedores comunitarios y los gratuitos, gracias a *los compañeros* (Camaxtli, comunicación personal, 31/03/18).

Los compañeros, la *banda*, a quienes reconoce como indigentes o “monosos” pero situándose de forma distinta a ellos, lo han apoyado, le han enseñado a vivir en calle, pues “he tenido suerte con ellos, a veces me protegen, me hacen el paro”. Ahora sabe en dónde están los comedores de diez pesos y los gratuitos, dónde dormir y cómo vender revistas, por supuesto; también que los policías pueden regalarle los *box lunch* que la Secretaría de Seguridad les reparte, y que si le dan más de dos los puede compartir con la *banda*. Eso también lo aprendió en calle:

He aprendido a compartir, antes no compartía nada, ni a mis parejas o a mi madre. He aprendido a valorar, pero eso sí que recoger de la basura de la calle, eso sí que no, excepto una vez (Camaxtli, comunicación personal, 31/03/18).

Así, lo que iba a ser transitorio, su estancia en el albergue ya casi llega a los 6 años, pero piensa que lo que más lo ha detenido es su salud y que se ha encariñado con la gente de Coruña, tanto administrativos como usuarios. Ahí ha colaborado como bañero, vigilante, guarda pertenencias, personal de limpieza, asistente de trabajo social, lavandero y cocinero. Por eso, aunque uno de sus hermanos y algunos familiares lo reconocieron cuando salió con Cristina Pacheco, en el programa *Aquí nos tocó vivir* prefiere continuar en Coruña en vez de irse “a Michoacán o a Hidalgo por ser indigente...”, como ellos le sugirieron. También amigos y familiares que “tiene regados” por la República, Estados Unidos, Canadá y España ofrecen ayudarlo, pero él explica que quiere demostrar que él vale y no es un mantenido, “**me quise independizar** de cierta manera, demostrar que yo también valgo y vivir lo mío, lo propio”.

Por lo pronto no tiene planes inmediatos de dejar el albergue, sobre todo porque a través del IASIS está recibiendo terapia de rehabilitación y atención médica por la operación de hernia que tuvo hace dos años. Actualmente se está tratando por problemas médicos en pulmones y vías respiratorias. En *Mi Valedor* es uno de los miembros más antiguos y constantes y aunque “estuve a punto de desertar porque las ventas estaban mal, me di una oportunidad en los talleres, y empezó el proyecto de “La voz de la calle” que lleva 22 episodios. Este proyecto que comenzó como un taller para valedores sobre radio comunitaria, tenía previsto durar alrededor de tres

meses “y ya cumplimos un año”. A diferencia de cuando vivía con su familia, a sus 45 años, Camaxtli afirma que ahora es cuando está viviendo su propia vida, aprende y se divierte más.

#### H. Francisco: “dejar un legado”

Bueno, pues yo soy Francisco (...), estoy en la Ciudad de México por... cuenta propia y porque quiero superarme, superar la vida que he tenido, quiero superarme para poder tener una vejez tranquila, **sin depender de nadie**, tener mi propio espacio y tener mi propia manera de subsistir sin depender de nadie, ni de mis parientes, ni de mi descendencia, ni del gobierno. De nadie quiero depender, solamente de mí mismo, y para eso me estoy preparando para poder emprender pronto mi proyecto (Francisco, comunicación personal, 02/04/18).

Francisco, de 41 años, fue el último “valedor” con el que conversé. Su entrevista fue la más larga y, tal vez por ello, la más nutrida de información sobre una amplia variedad de temas, sobre todo posturas políticas y sociales. En cuanto le pedí que se presentara, con estas palabras citadas inició su intervención. En el resto de nuestra plática, tampoco pareció tener titubeos en sus opiniones. Francisco afirma que es indigente de forma intencionada, que su experiencia con el consumo de drogas lícitas e ilícitas ha sido ampliamente razonada y por ello no ha sucumbido a los excesos como el resto de sus amigos, ni ha afectado su salud.

A mis compañeros al final los venció el mismo consumismo que existe en nuestra cultura, al final se vencieron y fueron parte de las estadísticas. [...] Yo sabía que me tenía que poner muy vivo para no caer en los excesos que la mayoría de la gente comente, y sí pasé por ahí, si consumí y probé de todo, pero tenía en mi inconsciente que todo con exceso hace daño y eso me daba la pauta para llevármelo tranquilo. [...] Eso a muchos los llevó a la tumba, a perder su salud, a estar atados a una adicción y yo fui de los pocos que se salvó.

Incluso narra que, al cansarse de ser un modelo a seguir en su comunidad, San Pedro Atlapulco, en el Estado de México, quiso probar la contraparte, porque le gustan los retos y demostrar su carácter. Sin embargo, también cuenta que, a los 20 años, tras morir su madre, comenzó a hacer lo que quiso, a rebelarse, pero fue

a los 32 cuando perdió a su familia, su esposa y dos hijos, terminó en la cárcel, y comenzó su consumo de alcohol, marihuana, cigarros, solvente y piedra.

A Coruña llegó dos años después, en 2011:

En ese momento yo era una gente con problemas de alcoholismo y drogadicción, además acababa de salir de la cárcel, o sea, prácticamente era una persona que se le habían cerrado las puertas totalmente. Traía vivencias muy difíciles [...]. Y fue cuando me topé con las chicas de *Mi Valedor*.

Después de siete años de haber llegado a la Ciudad, dice que: “yo vine a la ciudad para superarme, para dejar atrás todo el proceso que yo había tenido y **empezar de nuevo**, porque aquí el gobierno te apoya y ofrece cosas a los que no tienen nada, que en otros lugares no los hay”. Y parece que en parte ha sido así, pues tras su paso de cinco años por Coruña, Francisco cursó la primaria y la secundaria, y ahora sólo intenta ahorrar los dos mil pesos que necesita para presentar el examen final de la preparatoria. Es de los pocos “valedores” que actualmente renta un espacio de forma independiente, y ya lleva casi dos años así. Por ahora:

Lo que más me interesa es terminar una carrera, dejar totalmente la adicción y ver por un futuro, empezar una casa, un negocio, buscar otra pareja o una muchacha que quiera hacer su vida conmigo. Pero lo más es terminar una carrera, tengo una beca en gastronomía, en *Bandini* bajita la mano estoy aprendiendo la alta cocina y estoy aprendiendo muchas cosas, llevo radio, video, foto, panadería.

Después será el momento de regresar a San Pedro Atlapulco y emprender lo que considera “su legado”, un restaurante autosustentable, con energía solar y un huerto de autoconsumo, en donde se emplee a población con adicciones y se ofrezcan talleres a los niños: de idiomas, deportivos y de computación. Espera poder prepararlos si quieren ir a la ciudad, y a la vez “alejarlos del vicio y del ocio”.

## i. Definiciones

Como se puede apreciar, aunque las narraciones que ofrecen los entrevistados dan cuenta de una experiencia que se enmarca dentro de condiciones similares: vivir en

calle o no tener hogar, sus relatos toman distancia al comparar a los miembros de *El Caracol* y a “los valedores” y, a la vez, las trayectorias de vida se aproximan al interior. Es decir, los entrevistados que han sido acompañados por *El Caracol* comparten más elementos en común y, al mismo tiempo, sus historias de vida se asemejan más entre ellos de lo que podrían parecerse a los relatos que comparten los “valedores”. Estos últimos, aún en su heterogeneidad, mantienen más coincidencias en sus trayectorias y posicionamiento actual frente al proceso que están viviendo.

Por lo anterior, se sostiene que estos miembros de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México responden a perfiles distintos de población, en la cual algunos han iniciado su experiencia de vida en calle, durante un amplio periodo, desde una etapa temprana de su vida y otros han comenzado a vivir de forma reciente en espacios destinados a población sin hogar en una etapa adulta. Debido a que los objetivos particulares de esta tesis se centran en los procesos, las prácticas, las interacciones e inflexiones que han experimentado en sus trayectorias particulares aquellos sujetos que han vivido durante largo tiempo en calle, la población central en este análisis ha sido los entrevistados en acompañamiento educativo con *El Caracol*. Como se menciona previamente, esta orientación reside en que este conjunto comparte de forma especial ciertas características como el rango etario, la amplia experiencia de vida en calle, la apropiación simbólica del espacio público, el desarrollo de prácticas ligadas a su vida en la calle y la configuración de un conjunto de redes de intercambio y pertenencia social. De este modo, el siguiente análisis se centrará en ellos y sólo recuperará los testimonios de los “valedores” cuando se trate de elementos que los asemejan o diferencian en sus trayectorias de vida.

#### a) Ser de calle

¿Qué significa “ser de calle”? ¿implica cierta noción de identidad? Cuando Lucchini (1996) refiere la carrera hacia la calle o la callejerización, o Taracena (2010) y

Saucedo (2012) definen el arraigo como parte del aprendizaje progresivo de lo que significa “ser de la calle”, ¿de qué están hablando? No se trata de una adscripción temporal o situada, pues “ser de calle” puede conllevar tanto la itinerancia como el tránsito entre hogares, hoteles y renta de cuartos, así como entre los distintos espacios, banquetas, parques, estaciones de metro, grupos o “puntos”.

El “ser de calle” apunta Saucedo se refiere a las habilidades para permanecer en calle e, incluso, como dicta Pérez, de incluirse en un contexto de exclusión. Atributos, prácticas y pertenencia, entonces, conforman “ser de calle”, encontrarse y ser parte de la *banda de la esquina, los chavos de calle, la familia de calle, los valedores*, quienes están *en situación de calle*. “Ser de calle” seguramente no se nombra como ser miembro de las poblaciones callejeras, excepto por réplica, pero se entiende y define de distintas formas. “Ser de calle”, entonces, como se entiende en esta tesis puede conllevar el desarrollo de atributos para la sobrevivencia en calle, la sensación de pertenencia a un grupo social, la experimentación de ciertas prácticas que fomentan dicha pertenencia pero que también son parte del entorno cotidiano, y a la vez, ser de calle puede ser nombrado, de distintas formas, como parte de la narrativa biográfica, o incluso negado y silenciado.

### (1) **Descripciones**

Para Susana “una chava en población callejera”, los chavos de calle, “la población callejera, hay como en todo. Hay chavos de cuna en calle, hijos de chavos que viven en la calle, que su única herencia es la calle. Hay chavos, como yo, que se convierten en población callejera” (Susana, comunicación personal, 17/10/17). Aunque se podría pensar, por lo menos en una tercera, la de aquellos adultos y adultos mayores que se integran a la vida en la calle en una etapa madura de vida, estas dos trayectorias descritas por Susana ejemplifican algunas de las condiciones de llegada a calle de la población callejera, ya sea partir de la transmisión intergeneracional de la pobreza, como puede ser el caso de tres de sus cinco hijos, quienes han vivido con ella en el tránsito entre la renta de habitaciones de hoteles



y la pernocta en la vía pública, o como su propia trayectoria, en donde expone que el abuso y el maltrato familiar junto con el consumo de drogas y la búsqueda de aceptación fueron “el jale” hacia la calle.

(a) *Chavos de la calle*

Aunque no se puede, y seguramente no se debería, establecer una trayectoria genérica para la población que vive en calle, es posible identificar ciertos elementos compartidos en las narrativas de los entrevistados que ubican experiencias comunes de la vida en calle. Las fracturas familiares, la experiencia en el consumo de drogas como solventes, alcohol y marihuana, la incorporación a grupos en calle, la paradoja entre la violencia y hostilidad en calle y la protección y seguridad que brinda el grupo, son algunos de los puntos en común que se detallarán a continuación.

Así como Susana, también More y Gabo comparten como punto de partida en su relato la fractura familiar y la experiencia de abuso o maltrato. Para More fue la muerte de su madre y los cinco años de abuso físico y sexual con sus tíos maternos, para Gabo la fuga de su casa tras los golpes de su padre alcohólico.

Me salí de mi casa a la edad de los 12 años por violencia familiar, por violación por parte de un familiar. Empecé mi vida en la calle desde chica, desde muy chica (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

O sea, yo me salí porque la verdad era siempre de cada semana o cada tercer día la golpiza de mi papá y todo eso, porque siempre tomaba él y siempre me pegaba y le pegaba a mí mamá, en paz descanse y todo. Y yo decía, yo no quiero sufrir, mejor me voy a la calle, ahí no voy a sufrir. (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Ambos viajaron desde otras entidades para llegar a la Ciudad de México, sin tener un lugar a dónde llegar. Ambos huyeron de sus casas, al viajar oculto en un camión que transportaba fruta o al robar dinero para comprar un boleto de autobús. A diferencia de Susana e incluso de Sergio, la llegada a la calle ocurrió de forma súbita, pero en los cuatro casos implicó una fractura con el núcleo familiar, el primer grupo de pertenencia.

Por su parte, también “los valedores” entrevistados hacen mención de una ruptura familiar, un episodio de quiebre en donde Isaías dejó a su esposa en Oaxaca, o Camaxtli decidió no regresar a Cuernavaca con su madre e incluso Francisco aludió dejar su pueblo de forma intencionada, sin embargo es interesante notar que en sus descripciones dan cuenta de un proceso distinto en el que cada uno se acerca a las instituciones de forma intencionada, acude a los espacios de servicio y atención, y opta de forma casi inmediata por no permanecer demasiado tiempo en el espacio público, en la calle. Tal vez por ello la mayoría llegan a calle de forma abrupta y no paulatina, pero en lugar de vivir en ésta acuden de forma casi inmediata a albergues o instituciones como Coruña, Mixcoac, Ejército de Salvación o diversos anexos. Puede ser que, dentro de su proceso, cada uno de ellos cuenta con mayor información y herramientas para enfrentar la decisión tomada, a diferencia de las narraciones de la población de *El Caracol*.

Para Susana y Sergio, en cambio, el tránsito a la calle fue gradual. En Susana incluso sucedió de forma intermitente con constantes escapadas desde antes de los 11 años, como apuntaría Lucchini, como parte de su carrera hacia la calle, en donde “el movimiento de péndulo entre el polo de la calle y el polo de la casa caracteriza la mayoría de los niños de la calle (...). En efecto, el alejamiento progresivo de la casa, la alternancia entre la calle y la casa y la carrera del niño de la calle (1996: 103). Pero en el caso de Sergio, aunque la salida de casa fue súbita, la entrada a la calle fue gradual y no ocurrió como una decisión personal sino impuesta, pues:

(...) por conocer a la mamá biológica, perdí todo con la adoptiva a la edad de 13, 14 años. De ahí, cuando quise regresar ya no pude y mi mamá (adoptiva) me llevó a una institución que se llama Hogares Providencia (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

Al tránsito entre casa e instituciones como Hogares Providencia y Pro Niños, le sucedió la transferencia a un albergue, el de Coruña, y finalmente la llegada a calle. “Y de ahí ya me lleva a Hogares y de ahí pasaron como 2,3 meses y la verdad me drogué porque empecé a escuchar a todos los chavos, qué decían de la droga y que así se droga uno” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

En las diferentes narrativas se puede identificar que la incorporación a la vida en la calle, pero sobre todo a los grupos con los que se interactúa, está acompañada de la experimentación en el consumo de ciertas drogas, como inhalantes o solventes, alcohol y marihuana, aunque también se menciona piedra y cocaína. Esta práctica destaca por dos aspectos, el primero es que forma parte del descubrimiento de la calle, pues se refiere a partir de la curiosidad, el desconocimiento previo y el descubrimiento al llegar a calle; y a la vez, como parte de las prácticas comunes de socialización, de interacción con el grupo y pertenencia.

La droga la conocí por esas personas, porque yo no sabía no qué era un cigarro, no sabía nada. O sea, llegué como un ignorante, ¿no? Y ya después como ya me gustó y sabía dónde lo vendían, lo compraba y ya. Me gustó. (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Empezaban a decir, no se drogaban ahí adentro pero sí lo comentaban y te entra la curiosidad de que “a ver qué es”. Entonces te entra la onda de que yo una vez agarré thinner, empecé con los inhalantes, empecé a consumir thinner, de ahí le seguí (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

(...) y así fue como empezó la onda de que me empecé a quedar en la calle y conocer a todos ellos, que me empezaran a enseñar la droga (...) era por aceptación, por imitación. La mona, yo veía que estaban bien chidos con ella, ¿no?, jijiji-jajaja. Y dije, quiero probar a ver qué se siente, la dichosa curiosidad (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Así, Susana, Gabo, More y Sergio conocieron el consumo una vez que comenzaron a vivir en calle, en entornos de socialización. El consumo, sin embargo, más que una práctica transgresora también representa una de las interacciones y de las prácticas cotidianas entre los “chavos de calle”, que son narradas como una más de las actividades grupales: “Íbamos, comprábamos comida, también comprábamos droga porque nos drogábamos, ya, normal. (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). Y, por otro, la experimentación de sensaciones que aíslan de las experiencias de maltrato y fomentan la pertenencia grupal,

Y ya, vi muchos chavos ahí drogándose, y yo, tenía frío, tenía hambre. Y una pareja le dice, “dale una mona” pero yo pensé que una mona de esas que me iba a abrazar, me iba a dar de su leche o algo así. Y me dio una estopa llena de thinner y ya hasta

la fecha seguí drogándome, después dije: “yo soy de aquí, este ambiente es mío” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Pues, “después fue ese bienestar de huir, ¿no? De sentirte mareado, y de olvidarte de tus pedos, fue eso, ¿no? Yo siento que, como decíamos hace rato, fue el gancho, ¿no?, que me arrastró a la calle” (Susana, comunicación personal, 17/10/17). Por eso Gabo cuenta haber cambiado su comida por doga o Sergio haber preferido comprarse droga en lugar de comida, o haber vendido las memorias USB con las fotografías de su hijo con tal de tener dinero para comprar más droga. Así, “el jale a la calle” puede convertirse en un elemento compartido en la permanencia y arraigo en el espacio público.

En el caso de “los valedores”, varios de ellos refieren no consumir ni interesarse en ningún tipo de droga, Isaías, por ejemplo, alega específicamente no tener ningún vicio; sin embargo, Camaxtli acepta haber consumido y probado por curiosidad, pero estar alejado del consumo habitual; y Alfredo y Francisco son los dos casos en que el alcoholismo y la drogadicción han sido parte de sus experiencias recurrentes. Sin embargo, también ambos afirman haber dejado de consumir o estar intentándolo, e incluso identifican estas prácticas como elementos que los llevaron, a ellos mismos o a otros, a vivir en calle:

Hay mucha gente en situación de calle, pero muchos no quieren trabajar. Me da también compasión de que el vicio los tiene atados, el alcohol, la droga, los mismos amigos que también son los que te controlan. (Alfredo, comunicación personal, 29/03/18).

En este aspecto, “los valedores” parecen encontrar mayores similitudes por lo menos en las prácticas de consumo que, en algunos casos, comparten con la *banda callejera*, aquellos quienes en su autonomía personal y vulnerabilidad social practican actividades límite, consumo de inhalantes y actividades violentas. Esta banda, también pueden ser fuente de protección y apoyo, y con quienes se comparten tanto actividades recreativas como recursos. Pues así son descritos:

(...) la neta, son muy solidarios..., son muy humanos, aunque no lo crean. La neta, si ven que no la estás armando y que no tienes qué comer y que, si a él le regalan un pan, lo dividen en muchas partes para que a todos nos toque. Y dices, ¿cómo es

posible que alguien que tiene bien poquito, te dé más que a veces alguien que tiene un chingo, ¿no? La neta, eso me enamoró de los chavos de la calle, su protección. (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Solidaridad, pertenencia, protección, seguridad y honestidad son algunas de las características que para More y Susana describen a “la banda callejera”:

(...) Y la neta, convivir con chavos de calle es bien chido, porque es la neta. O sea, lo que sienten te lo dicen, y si no les caes bien, te lo dicen. O sea, ellos no conocen la hipocresía. Si te quieren ayudar, te ayudan y si no, de plano te lo dicen (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

(...) pues me gusta ayudar porque a mí me ayudaron. A mí me enseñaron que si a mí me ayudaron no me debo comer sola el pastel, debo repartirlo en rebanadas, e intenté hacerlo (...) Y a parte, también era la única mujer en el punto. Eran muchos hombres y yo era la única mujer, pero jamás nadie de ahí, nadie, nadie, me faltó al respeto (María Luisa, comunicación personal, 10/01/18).

También para Gabo, quien encontró protección en el grupo de la Doctores, porque “siempre andando con esas personas me protegían, luego decían: “y, ¿él quién es?”. “Ay, es un amigo de nosotros, no le hagan nada” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18). Si me querían pegar o me querían quitar mis cosas”, e incluso para Sergio cuando empezó a reunirse con el grupo de Garibaldi, “la onda de protegerte, de estar con la banda y ahí me empecé a quedar, y así fue como empezó la onda de que me empecé a quedar en la calle y conocer a todos ellos” (Sergio, comunicación personal, 10/01/18).

Sí, me iba con el grupo, porque luego me sentía como que me daba miedo y luego ya con ellos me sentía como en el ambiente y ya jugábamos. Y así, como que me sentía como protegido, yo decía “en mi casa nunca me protegió mi papá ni nadie más que mi mamá y yo decía: “pues yo me siento como protegido por ellos” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18).

Sin embargo, los relatos también pueden ser ambiguos, pues la misma banda que es fuente de protección y cuidado, forma parte del entorno hostil y violento. En el caso de la More, reconoce que la entrada a algún grupo puede implicar la demostración de violencia, ya sea través de una pelea que marque el ingreso o en el cotidiano. Aunque algunos de los puntos son más violentos que otros, en todos debes demostrar que no permitirás el abuso de los demás pues “esa es la primera

regla de la calle, en la calle si te dejas, cualquiera te va a agarrar” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Tal vez por eso, Gabo y Sergio comentan con mayor cautela y hasta recelo su cercanía a los grupos o puntos callejeros, pues para Sergio, por ejemplo “en la calle no tienes amigos, nomás conocidos. A veces no tienes para comer, para taparte y para ellos está bien, si no, también. (...) Yo no los considero mis amigos, apenas y conocidos. Te mentiría si te dijera que son mis amigos”. Así como la More, Sergio reconoce que la violencia está presente en mayor grado en algunos grupos que en otros, sin embargo, forma parte de la vida en la calle, aunque “hay veces que la banda es más agresiva... en Tepito, ahí sí son más agresivos (...) Ahí y en lo que es Hidalgo y en Artículo 123” (Sergio, comunicación personal, 10/01/18).

No falta la que se aproveche de ti y te diga, no pues ahora me vas a lavas mi ropa, y tú vas a hacer esto y vas a hacer lo otro, y tú me vas a dar dinero... Y si tú te dejas, cualquiera se va a dar cuenta y cualquiera te va a tratar así, pero si tú le pones un alto, ya sea con golpes o con palabras o como tú puedas y si ven que no te dejas y que eres cabrona, te ganas hasta el respeto del punto y cualquiera te toma en cuenta para algo, y no para lastimarte ni nada (María Luisa, comunicación personal, 10/01/18).

Es visible que la violencia no cobra parte distintiva de los relatos, sino al contrario, se vuelve un aspecto más dentro del cotidiano: “nos decíamos groserías, ¿no?, pero ya en el ambiente ahí drogándonos. Le pegaban a uno y ahí íbamos todos a pegarle, así todos en bolita. Me pegaban a mí y ahí iban todos” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18). Al ser normalizada se menciona sólo cuando llega a puntos extremos, como cuando Sergio amedrentó a un compañero al perseguirlo con un cuchillo, o en los casos en que More y Gabo fueron abusados sexualmente. Sin embargo, excepto por esos puntos de extremos, la violencia se considera como uno de los componentes de la vida en calle. Hay que ser agresivo para sobrevivir en calle, hay que demostrar fortaleza y ausencia de miedo, hay que ganarse el respeto.



(b) *Quién es de calle*

Cuando se reflexiona sobre la cotidianeidad de la vida en calle, las prácticas rutinarias y los hábitos, puntos distintivos convergen en los relatos. Vivir, permanecer, estar, ser de calle también tiene ciertos constreñimientos, desempeñar alguna actividad que genere ingresos para obtener drogas y comida, conseguir un lugar cada día donde se pueda descansar o protegerse, convivir con la pareja o con el grupo. Aunque “en la calle tú pones tus reglas” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17), “las necesidades son las mismas”, como diría Susana, y la interacción con los otros te obliga a desarrollar ciertas actividades. Para Gabo, por ejemplo, su rutina en la Doctores era:

En las mañanas que me paraba, había un señor que le ayudaba a prender su bracerito, vendía tamales. Y ya, después de que lo prendía me daba mi torta de tamal y mi atole. Y luego ya me iba a pedir comida al mercado o a limpiar zapatos con un trapito y ya me daban un peso o me daban así dinero o comida. Luego a veces la cambiaba por la droga, porque yo quería para drogarme porque ya como que mi cuerpo ya me lo pedía, decía ya necesito lo mío (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18).

Incluso cuando se fue a Garibaldi con su pareja, Antonia, y dormía “en un respiradero, ahí entre el eje 1 y Reforma. En un colchoncito, nos tapábamos y ahí nos quedábamos”, las actividades eran similares:

Ella se iba con su hermana a vender mazapanes y cigarros y yo, en los puestos de ahí, yo los sacaba en la mañana y los guardaba en la tarde. O sea, todo el día me la pasaba drogándome y limpiando parabrisas y ya después llegaba la hora de guardar los diablos. Y ya, me pagaban (los puesteros) por sacar en la mañana y en la tarde. A veces nos íbamos al hotel y a veces nos quedábamos ahí. (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18).

También para More, la vida en calle conllevaba ciertos hábitos, dependiendo el punto. La obtención de recursos, la socialización y convivencia con el grupo y la apropiación del espacio público, son elementos constantes:

Pues era de, nos levantábamos, nos íbamos a bañar a cualquier centro de día, uno se ponía a limpiar, otros nos poníamos a *charolear*, y ya juntábamos, hacíamos la coperacha para la comida. Íbamos, comprábamos comida, también comprábamos droga porque nos drogábamos, ya, normal. En el punto de Indios Verdes teníamos

tele y estéreo, y un DVD. Entonces pues no falta quien “pues una peli”, pero ya en la tardecita, porque era al aire libre. Entonces pues ahí, teníamos una salita y pues todos ahí entre la sala... (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Así, el punto de calle también se define en relación con los vínculos forjados en ese espacio, a los recursos obtenidos de las interacciones, de los vendedores ambulantes, de los puesteros que ofrecen trabajo o los transeúntes que regalan comida y monedas. “Empecé a limpiar parabrisas, a vender chicles, a vestirme de payasita, y andar en los paraderos, así entre los semáforos y todo, y así me ganaba la moneda” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Sin embargo, muchas de estas actividades están relacionadas no sólo con el lugar sino con el conjunto de atributos que permite o promueve la sobrevivencia en calle: el ambulante o el comercio en la vía pública, en el transporte colectivo, hacer malabares, limpiar parabrisas, lavar autos, *faquirrear*, cantar en el transporte, pedir dinero en la calle, el robo o la prostitución, entre otros; aquellos que dependen del trabajo manual, del cuerpo, la destreza, la fuerza física como principal recurso.

Quien vive en calle, debe identificar los lugares y ubicar a la vez las interacciones y actividades que son fuente de recursos para la sobrevivencia. Apropiarse incluso del lugar, del baldío, el respiradero, la banqueta o el parque: “así hicimos, nos agarramos un cacho de un parque y era como nuestra casa, lo hicimos parte de” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). O identificar los espacios y requerimientos para la renta en hoteles o cuartos en donde pasar la noche.

(...) me quedaba en la calle antes, y el Ardilla fue el que me enseñó “sabes qué, ahí hay una casa de huéspedes, así y así”, y “ah, va”, desde ahí nos fuimos y nos empezamos a quedar ahí (Sergio, comunicación personal, 10/01/18).

Ciento cincuenta (cobran la habitación de hotel). Y a veces sí salía, a veces no salía. Luego le decía: “vámonos al hotel para que nos bañemos” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18).

En este sentido, para la población callejera también los servicios gubernamentales, las organizaciones de la sociedad civil y las instituciones de asistencia privada forman parte de esas fuentes de recursos, asistir a los centros de día, los albergues

o las instituciones es parte de la rutina y la satisfacción de algunas necesidades primarias como alimentos, ropa o un baño, entre otras. Sin embargo, estos lugares, en pocas ocasiones y difícilmente son vistos como espacios o grupos de pertenencia, a diferencia del grupo o la banda.

El caso de “los valedores” este enfoque es muy claro, pues a pesar de que cada uno de ellos cuenta con una estancia mínima de dos años en alguno de los albergues en donde fueron contactados por *Mi Valedor*, lo cierto es que ninguno de ellos refiere grupos particulares con los que se reúna en ellos, amigos, o prácticas específicas que los vinculen a través de la interacción cotidiana. Al contrario, algunos se refieren al albergue como “el techo y el taco seguro”, sólo Camaxtli y Francisco mencionaron haberse encariñado con algunos de los usuarios, y aun así éste último cuenta que, antes de rentar de forma independiente, intentaba pasar el menor tiempo posible ahí pues el ambiente lo deprimía y molestaba:

Yo me había encariñado en el albergue, conoces a mucha gente, conoces a los usuarios y de repente te sientes cómodo de que el gobierno te mantenga, te de dónde bañarte, dónde comer y sí estaba chido y todo, pero tenías que aguantar malos tratos, un trato inhumano [...], el ambiente está pesado, te deprime mucho ver a la gente ahí.

Por el contrario, en el caso de los miembros de *El Caracol*, a diferencia de las experiencias previas o por oposición en algunos casos al conjunto familiar, la *banda* sobresale como un referente de pertenencia, seguridad y protección, en donde se establecen nuevas vinculaciones afectivas que son nombradas de forma análoga o sustituta a los lazos familiares fracturados. Por eso no sorprende que *la banda* se convierta en la familia de calle, en los carnavales, en los padres o los hermanos de calle, en donde se encuentra aceptación, seguridad y protección.

(...) eso me enamoró de los chavos de la calle, su protección. La neta, dije: cómo es posible que mejor en mi casa hayan querido abusar de mí que en calle. En calle, la neta, hasta la banda te protege. Eso me encantó de la calle, ese... ese olor, su olor a familia (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Y así, como que me sentía como protegido, yo decía “en mi casa nunca me protegió mi papá ni nadien más que mi mamá y yo decía: “pues yo me siento como protegido

por ellos”. Y yo por eso decía que eran mis amigos (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18).

De modo que este vínculo de pertenencia pueda sustituir al referente primario:

(...) Y yo, ahorita que ya, gracias a Dios, salí un poco y ya estoy bien, cuando voy a ver a mis tíos y me invitan a comer, les digo que no. Y voy a mi cuarto y como ahí están ya varios de mis amigos que también están en vida independiente con sus hijos, hacemos una comida, ponemos afuera la mesa y todo, me siento tan bien, o sea, me siento tan en paz que me gusta la comida aunque no lleve sal, así de “ay” y me agrada y me siento en paz. Y me siento que mi familia es ésta y no la que tengo de sangre. (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

En el caso de “los valedores”, excepto por Alfredo que habla indistintamente de *Mi Valedor* como “una familia que me acobijó” y una herramienta de supervivencia, ninguno otro refiere mayor compromiso o sentido de pertenencia, con la salvedad de que todos se nombran “valedores”. Pero Isaías, Alfredo o Francisco no pretenden continuar en el proyecto por mucho tiempo más, y plantean su permanencia de forma temporal, en lo que Isaías obtiene su pensión, Francisco sigue estudiando, Camaxtli obtiene atención médica o de medio tiempo como lo hace Alfredo. Ellos plantean su vida en calle, en el albergue e incluso su paso por *Mi Valedor* como un periodo transitorio, que en algunos casos ha durado más que un par de años.

Por su parte, More, Gabo, Susana y Sergio, en acompañamiento educativo con *El Caracol* comparten distintas características y narrativas en sus relatos, la fractura familiar, la llegada a la calle a corta edad y su permanencia en ésta por amplios periodos son, sin duda, elementos que de forma paralela a las interpretaciones que comparten “los valedores” complementan los relatos sobre las formas de habitar la calle, de experimentar la salida del hogar.

Las y los chicos en acompañamiento con *El Caracol* forjaron una serie de prácticas transgresoras derivadas de su supervivencia en el espacio público: la violencia en calle, las peleas por pertenecer a un grupo o para encajar en él, el consumo de sustancias inhalantes, las prácticas para la obtención de recursos y la vida misma

en lugares destinados al uso público y no privado. Asimismo, la pertenencia a los grupos, a la banda callejera e incluso a la vida en calle desarrollada por “valedores” y miembros de *El Caracol* puede percibirse de forma distintiva.

Mientras la mayoría de los miembros de *El Caracol* se nombra como población callejera, chavo de calle o parte de la *banda* de una forma en que este estatus regula e involucra la totalidad de los aspectos de su vida, “los valedores” se denominan a sí mismos de forma temporal y situada, anclada a una actividad específica, la venta de su revista. Otro aspecto importante son los atributos o estrategias que ambos han desarrollado o empleado para sobrevivir en calle, pues si bien, en cualquier caso, han llevado a cabo un proceso de aprendizaje y despliegue de estrategias para vivir en el espacio público, las habilidades desarrolladas difieren entre la población que ha vivido en el espacio público y aquella que reside en los albergues.

Al considerar ambas trayectorias de vida, es posible ampliar y complementar la visión sobre las experiencias y dinámicas de las llamadas poblaciones callejeras. E incluso contraponer y diferenciar ciertas trayectorias entre las diversas historias. Así, aunque tanto los valedores como los miembros de *El Caracol* pueden ser considerados poblaciones callejeras, sus perfiles distan considerablemente, situando a cada persona en lógicas específicas y demandas particulares. Estas diferencias ejemplifican la complejidad del fenómeno de la vida en calle, la importancia en el uso de etiquetas, conceptos y enfoques que abordan el tema y lo necesario que se vuelve hacer distinciones precisas para analizar y comprender las características particulares.

### (c) *Situación actual*

Una vez descritas las trayectorias y caracterizados algunos de los elementos que conforman la experiencia de vida en calle de los miembros de la población en acompañamiento con *El Caracol*, la incorporación a los grupos, las fuentes de

recursos, los vínculos de pertenencia y las prácticas cotidianas, como el consumo, el trabajo y la violencia, se explora cuál es la concepción que tienen los entrevistados acerca de la población callejera, cómo los describen y cómo se ven a sí mismos en relación con ellos.

Para empezar, el lugar que ocupa el estigma en torno a la vida en calle ha sido evidente en las diferentes entrevistas realizadas. En principio, se identifica su situación como objeto de discriminación en múltiples ocasiones, pues:

(...) muchas personas que se creen, así entre comillas, de buena sociedad, nos discriminan mucho a los que vivimos en la calle, eso es lo más feo que le puede pasar (a) una persona que vive así en la calle, que lo discriminen (...) Nosotros para ellos somos así como un bicho raro, ¿no?, para (...) cualquier cosa somos la escoria de la vida (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Del mismo modo, se distingue su situación como condicionante de marginación y exclusión:

Porque te digo, a veces no es que los quieras traer mugrosos, a veces no tienes ropa, no tienes a dónde lavarla, tienes solamente tres mudas, una le pones y una le lavas y si no tienes a dónde lavarla tienes que ir (...) al mercado o conocer a alguien que te regale agua porque si vas a cualquier casa y le dices, “oye, no seas mala onda, ¿me regalas un bote de agua para lavar mi ropa?, dicen “no, ya me quiere robar, ya me quiere hacer esto”, “no, la neta no, que mugrosos, sácate” (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Esta población tiene presente el doble estigma acerca de su vulnerabilidad y amenaza social como una constante. En sus narrativas es notorio el uso de esta condición en dos sentidos. Por un lado, al considerarse a sí mismos como víctimas de la discriminación, la exclusión y el rechazo social, pero también al destacar en sus testimonios los momentos de mayor tragedia. Por otro lado, destacan hacer uso de ciertas instituciones, así como su condición de carencia para obtener recursos y respecto a la discriminación que los sitúa como potenciales delincuentes, minimizan su responsabilidad o acciones en los momentos en los que han incurrido en actos delictivos.

En sus testimonios, el tipo de narrativas se entremezcla. Se recrudece en realismo y vulnerabilidad cuando rememoran los abusos en la infancia o los quiebres



familiares que propiciaron la huida o la expulsión del hogar, también se asume la posición de víctima al describir el maltrato social e institucional. No obstante, el relato cobra una dimensión heroica si se trata de dimensionar la experiencia global, la sobrevivencia en calle o las experiencias de transgresión. Finalmente, hay una suerte de astucia y dureza que se funden al plantear ciertos relatos, aquellos en los que refiere con franqueza a historias en las que se saca ventaja del otro, o se aprovecha la posición y el conocimiento en la calle con alevosía. Víctima, villano o héroe, los relatos y las posiciones que se asumen durante éste no son lineales ni unívocas, se entremezclan y traslapan para dar cuenta de la complejidad de la trayectoria vital en historias llenas de matices.

De estas cuatro personas entrevistadas, y a pesar de compartir elementos comunes, sólo tres se identifican a sí mismos como miembros de las poblaciones callejeras. En el caso de More, Gabo y Susana, los tres se reconocen a sí mismos como chavos de la calle, aunque los cuatro afirman que actualmente están en un proceso de vida independiente de las calles. Ser de calle forma parte de su trayectoria de vida, y parte de quienes son actualmente. En el caso de Susana, la identificación con la vida en calle parece más fuerte que en cualquier otro, pues ella afirma:

(...) yo no quiero olvidar que fui de calle, yo no quiero olvidar mi experiencia en calle. Yo siento que mi experiencia en calle me hizo ser lo que soy ahora, alguien fuerte, alguien luchadora, que no se vence, que puede contra todo. Porque si sobreviví a la calle, puedo sobrevivir a todo lo demás. (...) Yo me siento muy orgullosa de ser chava de calle (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

El relato heroico de su trayectoria en calle puede interpretarse como una modalidad narrativa pero también considerarse como una de las caras de su identidad callejera, aquella comprometida no sólo con su integración o usada de forma estratégica sino sostenida como compromiso a través del tiempo y las circunstancias.

Por su parte, tanto More como Gabo, se distancian de la población callejera al afirmar que ya no practican las mismas actividades, ni mantienen los mismos

hábitos. En el caso de Gabriel, incluso establece una diferenciación de sus vínculos afectivos al cuestionar sus amistades anteriores y se manifiesta orgulloso de ya no ser de calle.

Sí, fui de la calle, ando en la calle, pero porque tengo que ir por esto o por lo otro, pero de la calle ya no soy. Fui de la calle, eso sí nunca se me va a olvidar, nunca, nunca se me va a olvidar, nunca se me va a olvidar. Aunque tenga poquito, siete meses o lo que sea, nunca se me va a olvidar que estuve muchos años viviendo en la calle, que era de la calle, ahorita ya no soy. Ando en la calle caminando, pero ya no soy de la calle y es un orgullo que tengo (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

En su caso, la pertenencia a los dos grupos de calle con los que compartió décadas de vida, desarrolló prácticas y atributos de supervivencia establecen dos de las caras que su identidad callejera ha desplegado, la integración y el recurso. Al manifestar nuevas pertenencias sociales, con sus compañeros de El Caracol, su papá Jerry, e incluso sus amigos de trabajo, Gabo ha encontrado nuevos espacios de pertenencia y establecido prácticas diferentes a las que lo vincularon a la calle.

More, por su parte también menciona que, aunque siguen siendo sus amigos, ya no es reconocida por los miembros del grupo, ni por los vínculos que tenía previamente como alguien que pertenezca a los mismos espacios. Pues cuando los visita y propone quedarse con ellos “me dicen, no, ni se te ocurra porque te corremos, tú ya no eres de aquí, bueno... sí eres de aquí pero no perteneces a la noche de aquí, te vas a tu casa” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). E incluso,

Y muchos cuando me ven, (...) porque muchos de los puesteros me conocen desde niña, me ven y me dicen “¿eres tú, More?” (...), “¿aquí te vas a quedar?”, “no, yo ya no me drogo, ya estoy bien, ya tengo mi casa” (...). Y ahora hasta me abrazan las puesteras y me dicen “ay, More te ves bonita” y les dicen “ven, mejor ella que es mujer les da el ejemplo, no que ustedes, miren cómo andan” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Sin embargo, en el caso de Sergio, aunque ha compartido prácticas, atributos y vínculos afectivos en entornos similares, su trayectoria de vida da cuenta de un proceso similar y la misma estancia y permanencia en espacios en la vía pública o de renta para chavos de la calle podrían ubicarlo como miembro de las poblaciones

callejeras, él se distancia de esta figura y se distingue así: “Yo no me considero de la calle. Me quise volver, pero no pude” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17). Pareciera entonces que su identificación con las poblaciones callejeras se sitúa en la cara estratégica del uso de la identidad, por lo que para Sergio pertenecer o identificarse con el resto de *la banda*, e incluso compartir prácticas, experiencias o trayectorias similares sólo es parte de su uso recursivo.

De forma similar a Sergio, la mayoría de los testimonios de los “valedores” en el proyecto editorial comparten estos dos elementos. Por un lado, la noción de salvación, reinserción o regeneración y por el otro la autopercepción de situarse de forma distinta a la banda, a la población que vive en calle, que catalogan como indigentes y con quienes comparten los espacios de albergue. Por ejemplo, Camaxtli, quien ha vivido en el albergue de Coruña los últimos 6 años, afirma que:

No me considero como gente típicamente de calle como ellos que sí reconozco en realidad han sufrido, han tenido que taparse con papel, con cartón, humillaciones, que les escupen, les avientan. [...] No me considero indigente porque como me lo hizo saber Santillán —otro miembro de *Mi Valedor*—, tú por haber vivido en el albergue eres de otro tipo, no eres un indigente callejero como nosotros que sí hemos vivido y dormido ahí en la calle, a veces en una banqueta y hacemos la llorona. Tú has vivido en un albergue, tienes un techo, no sabes qué se siente cuando cae el frío. Eso me lo hizo ver, porque nosotros somos más como microempresarios.

O como mencionó Isaías:

En el albergue hay de todo: porque hay gente maleante, asesina, ratera, ahí hay de todo. Y, ¿cómo me ves a mí?, muy limpio, porque hay gente que hasta le brilla la ropa de sucio. (...) Hay mucha gente que vive ahí y le gusta la mala vida.

Así, a diferencia de los testimonios de la población de *El Caracol*, los “valedores” se observan y refieren a sí mismos como sujetos distintos a aquellos que viven en calle, trazan una línea que los distancia de “los monosos”, de “la banda” misma con la que comparten algunas actividades, pero no lazos de pertenencia. En su mayoría todos hablan de su experiencia actual de vida como una condición transitoria como un estado temporal. Alfredo, por mencionar a alguno, piensa que su condición actual es de calle “porque no tengo casa y estoy en un albergue, pero estoy saliendo de

situación de calle, obviamente trabajando, con el ejemplo y siendo constante”. A su vez, Francisco refiere que seguirá en *Mi Valedor* unos meses más, porque en cuanto comience la escuela se alejará por completo de la banda callejera, aunque después pretende ayudarla, pero: “Primero que nada es cuestión que yo me logre, que yo me logre salvar y luego ahí, ya...”.

Si cuestionamos estas adscripciones, también podríamos repensar: “¿Quién aplica a quién la etiqueta de desviado? ¿Qué consecuencias tiene esa operación para la persona etiquetada? ¿En qué circunstancias se aplica con éxito la etiqueta de desviado?” (Erikson, 1962: 308). Todas estas preguntas son pertinentes cuando se trata, como ahora, de problematizar la existencia de la identidad callejera, pues no se puede dejar de mencionar que las etiquetas, los conceptos y los enfoques que abordan el fenómeno de la vida en la calle colocan a esta práctica y a quienes así lo realizan como una anomalía, por ello y debido a que el enfoque de identidad se basa en el proceso de socialización, en la confrontación con el otro y en la pertenencia social a través de las referencias positivas o negativas frente a los demás.

Etiquetar remite a individualizar, circunscribir y determinar a través de un nombre, pero esta operación compromete también una serie de proposiciones articuladas, que van mucho más allá de la aplicación de una palabra (Becker, 2018:101).

En este caso, las y los miembros de las poblaciones callejeras en acompañamiento de *El Caracol* dan cuenta de una serie de prácticas, atributos y pertenencias que, por medio de sus narrativas, los ligan y vinculan a su vida en la calle, a la banda, a ser o dejar de ser un chavo de la calle. Su trayectoria de vida y su amplia experiencia en el espacio público los adscribe a una identidad callejera, en este sentido descrito, en su estatus principal que de diversas formas involucra “la vida de una persona en su totalidad” (Becker, 2018:71).

De forma contraria a los miembros de *El Caracol*, “los valedores” se autodenominan como personas en situación de calle o en condición de indigentes, destacando la transitoriedad de su posición actual, pero también la posibilidad de cambio al

concebirlo como una elección personal y, sobre todo, su distanciamiento del resto de población que vive en calle o con quienes comparten el albergue o algunas de sus prácticas cotidianas. Así, Isaías se concibe distinto de la población con la que comparte el albergue, pues aunque ahí “hay de todo: [...] gente maleante, asesina, ratera, ahí hay de todo. Y ¿cómo me ves a mí?, muy limpio [...]”. También Camaxtli opina que no se considera como gente típicamente de calle pues siempre ha tenido un techo y no ha pasado frío.

Ahora bien, con base en la perspectiva de Dubet, el uso que More, Gabo, Susana y Sergio le dan o han dado a dicha identidad puede ser estratégico, de integración, de compromiso o todas las anteriores en distintos grados. Tal vez por ello Susana refiera que, aun llevando más de un año de rentar y ubicarse en un proceso de vida independiente, ella siempre será una chava de la calle, que está orgullosa de ello porque es parte de quien es, y que dentro de sus planes está apoyar a los chavos de calle como ella, para que vean que se puede dejar la calle. En su caso, podría considerarse que la adscripción de Susana a la identidad callejera, pueda compartir varias caras de la identidad como lo propone Dubet, pues además del uso estratégico al usar ciertos servicios o atenciones, y aunque ya no se encuentra integrada a los grupos callejeros, Susana se mantiene comprometida con esta identidad.

Por su parte, More y Gabriel quienes también han compartido las pertenencias, las prácticas y los atributos de la vida en la calle refieren que se encuentran en un proceso de vida en la calle y, a la vez, se distancian de esta identidad callejera. Gabo dice que de la calle fue pero ya no es, que aunque haya tropiezos ahora sabe lo que es tener una casa, que ya no se droga y busca mantener su trabajo. More cuenta como su vida ha cambiado, y aunque no quiera dejar de frecuentar a los puntos, a los grupos de calle, también menciona que ya no se quedaría con ellos, porque “no, yo ya no me drogo, ya estoy bien, ya tengo mi casa”.

En el caso de Sergio, a pesar de haber compartido prácticas y atributos callejeros, él mismo refiere no sentirse de calle, haberlo intentado sin lograrlo. No encontró amigos en calle, dice no sentirse identificado ni vinculado a ningún grupo, él “era un chavo de casa” que fue llevado a una casa hogar en la adolescencia, pero no se siente un chavo de calle. Si bien, Sergio se integró a diversos grupos, convivió y ha compartido prácticas como el consumo, ocupaciones diversas como *faqurear*, talonear, prostituirse y chalanear, reniega de esa identidad, pues aún puede salvarse. Sólo la usa estratégicamente cuando puede obtener algo a cambio y probablemente rehúsa de ella del mismo modo.

Puede ser que, así como a desviación puede tomar caminos discontinuos en donde ésta puede ser intermitente, visible y asumida, secreta o ignorada, también sea posible que la identidad estigmatizada sea susceptible de tal negación. Si como apunta Dubet, en el uso más estratégico de la identidad, esta puede ser amenazada cuando son impuestos los estereotipos negativos de los demás, las poblaciones callejeras, pueden ser un claro ejemplo de “grupos estigmatizados, parias que no son de ninguna manera anómicos, dado que los actores están integrados en una comunidad desviada” (Dubet: 1989: 538), pero quienes de forma estratégica reaccionan ante el comportamiento social normalizado. De este modo, “las definiciones se organizan y activan las reacciones sociales mediante las cuales las personas llegan a ser diferenciadas y tratadas como desviadas” (Kitsue, 1962: 248, en Becker, 2018: 70).



## F. Capítulo 5. Procesos (Análisis)

En este capítulo se pretende responder ¿cómo se explican los procesos de salida de las calles de algunos de los miembros jóvenes de la población callejera que han vivido los últimos diez, quince o veinte años en la itinerancia del espacio público? Así, con base en las trayectorias de vida de los miembros de las poblaciones callejeras en acompañamiento con *El Caracol*, así como algunos testimonios de los “valedores” —aunque sólo uno de ellos se encuentre actualmente desarrollando un proyecto de vida independiente de las calles—, este capítulo se ha dividido en tres secciones.

En primer lugar, se establece el papel que ocupa la intervención social tanto en las trayectorias de vida como en las narrativas biográficas de los entrevistados, pues como lugar común, no sólo físico sino referencial, el encuentro con instituciones, tanto gubernamentales como de asistencia privada o de la sociedad civil, ha sido uno de los factores coincidentes que marcan el curso de sus vidas y, en algunos casos, impactan en la dirección que éstas toman. ¿Cómo inciden las intervenciones en las narrativas personales o, incluso, en los procesos que llevan a cabo individualmente?

En un segundo momento, se explora la itinerancia como uno de los mecanismos de sobrevivencia callejera, parte de la adaptación entre diversos espacios públicos o privados, y también como una de las características que forman parte de la identidad de las y los jóvenes que viven en calle. Sin embargo, se debate si dicha itinerancia, que generalmente se desarrolla entre espacios transitorios y ligados a la vida en la calle (espacios públicos, lugares de albergue o renta para población callejera: hoteles o casa de huéspedes), comparte los mismos elementos cuando se accede a espacios permanentes, que además implican el emprendimiento de procesos que estructuran las actividades cotidianas y presuponen la planificación, a corto o mediano plazo.

Por último, a partir de las trayectorias descritas, se describen y analizan los principales factores que han sido considerados como puntos de inflexión en el proceso actual de emprendimiento de una vida independiente de las calles, es decir, en espacios de renta, con actividades y prácticas distintas a las acostumbradas en calle, y que de alguna forma los han impulsado o motivado a conducirse de forma distinta a la cotidiana en los últimos 10 o 20 años.



Instituto

Mora

Las intervenciones, itinerancias e inflexiones no pueden considerarse como sucesos independientes o únicos, al contrario, cada uno de éstos se encuentran compuestos por un conjunto de eventos, acciones y reflexiones sucedáneas y entrelazadas. Por ello, en este capítulo se toman en cuenta tres de los procesos identificados en las trayectorias de vida de algunos de los entrevistados, los cuales se relacionan directamente con el proceso de salida o itinerancia que posibilita el desarrollo de un proyecto de vida fuera de las calles.

#### IV. *Intervenciones*

Al considerar los procesos de salida de calle de algunos miembros de la población callejera es razonable reflexionar sobre el papel que desempeña la intervención social en la trayectoria de vida individual, e incluso en el discurso de la propia narrativa biográfica de los entrevistados. ¿Es factible pensar que, entre los distintos encuentros y las experiencias de intervención que los entrevistados manifiestan, uno de éstos se distinga para lograr el denominado “caso de éxito”: la salida de la calle? ¿Cómo identifican y relatan los entrevistados las diferentes experiencias de intervención con las que cuenta su trayectoria de vida? Este lugar común en el testimonio de las y los miembros de las poblaciones, el encuentro con instituciones, tanto gubernamentales como de asistencia privada, ha sido uno de los factores coincidentes en el transcurso de sus vidas, ¿es distinguible el impacto de este encuentro para las personas intervenidas?, ¿existen diferencias entre las distintas experiencias de intervención para el sujeto de intervención?, ¿inciden las intervenciones en las narrativas personales o, incluso, en los procesos que llevan a cabo individualmente?

Las y los miembros de las poblaciones callejeras dan cuenta de distintas intervenciones sociales a lo largo de su trayectoria vital. Este lugar común, más referencial que físico, forma parte de su experiencia de vida como sujeto predilecto de intervención al considerarse su conducta anómala. Si retomamos parte de lo

planteado en el tercer capítulo de esta tesis, la intervención social a la que se alude es aquella en la cual un agente externo manifiesta la intención de modificar o transformar una situación que se considera indeseable, aunque ésta no sea identificada así por el sujeto o grupo intervenido.

**Tabla 3.** Clasificación de intervenciones sociales

Lusk (1989)	Lucchini (1996, 346)	García Silva (2014: 142)
<p><i>Enfoque</i></p> <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Correctivo</li> <li>2. De rehabilitación</li> <li>3. En la calle</li> <li>4. Preventivo</li> </ol>	<p><i>Asistencia</i></p> <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Asistencia simple o caritativa</li> <li>2. Asistencia combinada o de formación</li> <li>3. Concienciación o autoemancipación</li> <li>4. Proyectos mixtos</li> </ol>	<p><i>Acciones</i></p> <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Reducción de daños <ul style="list-style-type: none"> <li>- Recreación</li> <li>- Esparcimiento</li> <li>- Salud</li> </ul> </li> <li>o acompañamiento <ul style="list-style-type: none"> <li>- Seguridad</li> <li>- Educación</li> <li>- Convivencia vecinal</li> </ul> </li> <li>2. Alternativas superadoras de vida en calle <ul style="list-style-type: none"> <li>- Revinculación</li> <li>- Fortalecimiento individual</li> <li>- Espacios de convivencia transitoria</li> </ul> </li> </ol>

Fuente: Elaboración propia con base en la bibliografía descrita en el capítulo metodológico.

Al considerar las clasificaciones de intervención social expuestas en el tercer capítulo, junto con las distintas instituciones que se enfocan en las poblaciones callejeras en la Ciudad de México, es necesario apuntar que, en términos generales, los modelos de intervención implementados combinan distintas estrategias, en donde, si bien, el objetivo final es consolidar procesos de vida fuera de las calles, las aproximaciones son mixtas y éstas dependen del perfil del sector de la población.

Es decir, modelos de intervención como la Fundación ProNiños de la Calle<sup>7</sup> o Ednica<sup>8</sup>, se enfocan principalmente en población infantil que vive o trabaja en calle y, en menor medida, en jóvenes, todos menores de 21 y 25 años, respectivamente. Su asistencia es mixta pues combinan tanto la formación como la emancipación, y sus acciones comprenden tanto la reducción de daños y el acompañamiento como las alternativas superadoras de la vida en la calle. De este modo, su trabajo comprende un enfoque preventivo y también de rehabilitación, al atender tanto a la población callejera o en riesgo social como, en algunos casos, a sus familias de origen a través de talleres socioafectivos o acompañamiento psicológico, por mencionar algunos.

Distintos entrevistados dieron testimonio de haber experimentado la atención en estos espacios o con estrategias similares de intervención. Tales fueron los casos de More, Sergio o Gabriel. Sólo Susana, debido a su inserción tardía en calle, a los 17 años, no hace referencia a este tipo de intervención. Sergio, en contraparte narra su llegada a calle desde los 13 años después de haber estado en distintas instituciones de asistencia privada, como Hogares Providencia y Pro Niños de la Calle:

(M)i mamá me llevó a una institución -mi mamá adoptiva- que se llama Hogares Providencia. Y de ahí ya me lleva a Hogares y de ahí pasaron como 2,3 meses (...). De ahí me llevaron al albergue de Coruña. Ahí en Coruña estuve, pero me conectaron con otra institución que se llama Pro Niños y de ahí de Pro Niños era así como aquí un centro de día, pero ahí sí era diario. Ahí sí llegaban a bañarse, ropa, todo eso. Pero haz cuenta que así yo empecé a conocer a todos los chavos de la calle, ahora sí que empecé a tratar más con ellos, a conocerlos, a que me dijeran eso, así y así. ¿Cuándo me empecé a quedar así en la calle? Cuando iba a Pro Niños me regresaban ahí a Coruña, de Coruña a Pro Niños y de Pro Niños a Coruña,

---

<sup>7</sup> Institución de Asistencia Privada con 20 años de experiencia en la atención de los niños, adolescentes, jóvenes que viven en calle o en riesgo de vivir en ella, así como a sus familias para transformar sus condiciones de vida por medio de un modelo educativo que brinda acompañamiento en calle, da atención a familias y cuenta con un espacio de vivienda transitorio. Disponible en: (<http://www.proninosdelacalle.org.mx/quienes-somos/nuestra-ideologia>), consultado el 1 de abril de 2018.

<sup>8</sup> Institución de Asistencia Privada, fundada en 1989 para trabajar con niñez, adolescencia y juventud en riesgo de trabajar o vivir en calle, así como sus familias, con el propósito de revertir las condiciones que han hecho del espacio público su ámbito principal de vida y trabajo. Disponible en: (<http://ednica.org.mx/quienes-somos/>), consultado el 1 de abril de 2018.

así era. Pero un día ya, así como que me salí y empecé a quedarme en Garibaldi (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

De forma similar, More y Gabo cuentan una breve experiencia inicial en instituciones de asistencia privada, de donde ambos escaparon y a partir de entonces vivieron en calle. Gabriel explica: “me salí a la calle y me recogió una patrulla y me llevó a una casa hogar, ahí estuve como un año, pero después me salí igual, y ya, me la pasé más en la calle, y siempre en la calle, en la calle, en la calle, en la calle, en la calle y todo, hasta ahorita” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17). More, por su parte, relata que desde el ministerio público canalizaron su caso a una casa hogar, la cual fue la primera institución en la cual se encontró al salir de su hogar en Río Blanco,

(C)uando me salí de mi casa me llevaron a la delegación 59, por ser menos de edad, tenía 12 años pero como no quería regresar a mi casa por miedo y todo, entonces me llevaron a Villa Mujeres, antes ahí era de menor, era de puras niñas y niños, o sea no había personas grandes y ahí estuve un mes pero no me gustó, me quería salir de ahí. (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

En los tres casos, las experiencias en instituciones gubernamentales o de asistencia privada propiciaron una nueva huida que relacionó a los entrevistados al espacio público. En algunos, fue el vínculo con esas instituciones lo que permitió la inserción a la calle, a partir del contacto con miembros de la población callejera, el conocimiento de distintas estrategias de supervivencia para vivir en calle, y la iniciación en prácticas como el consumo de sustancias o la obtención de recursos. Es importante anotar que una vez que escaparon de la institución respectiva, ninguno refiera haber sido buscado o reincorporado por ésta u otra.

Otros modelos de intervención son los de *El Caracol*<sup>9</sup> y el proyecto *Mi Valedor*. El primero es una Asociación Civil, fundada en 1994 que se enfoca en la visibilidad e inclusión social de las poblaciones callejeras y en riesgo social. A partir del acompañamiento educativo, promueve procesos sociales, el ejercicio de derechos,

---

<sup>9</sup> La página de esta Asociación Civil puede ser consultada en la dirección electrónica: [<http://elcaracol.org.mx/>], consultado el 25 de abril de 2018.



la reducción de daños y el desarrollo de una vida independiente fuera de las calles, por lo que su enfoque mixto se centra en la rehabilitación de diferentes sectores de las poblaciones callejeras —infantes, adolescentes, adultos, familias— entre los cuales destacan las y los miembros jóvenes entre los 18 y 35 años, con y sin hijos, con experiencias de vida en calle desde la infancia.

Aunque los entrevistados refieren haber conocido distintas instituciones, organizaciones y espacios de atención, la totalidad de ellos se encuentran participando del acompañamiento o la inclusión en alguno de estos: *El Caracol* o *Mi Valedor*. En el caso del primero, el contacto inicial con *El Caracol* es referido como meramente estratégico ya que a pesar de conocer a la Asociación desde varios años atrás, la relación se limitaba a la obtención de servicios transitorios: alimentación, recreación o aseo. Sin embargo, en los casos de More, Gabo y Sergio, fueron los procesos de acompañamiento jurídico para la recuperación de la custodia de sus respectivos hijos los que estrecharon la relación y aumentaron las visitas de manera frecuente y constante. En el caso de Sergio, él declara que “fue cuando empezamos lo del proceso de mi hijo. Sí, que Casa Alianza se echó para atrás y dijo “no sabes que, ya no puedo ayudarte” y dije “cámara”. Entonces, desde quién sabe cuándo ya nos habían dicho los de *El Caracol*, “vénganse, vénganse”, y nosotros “ahorita, ahorita” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17). De forma similar en el testimonio de More afirma que:

*Caracol* llegó a los 13 años, pero solamente por situación de calle, en el desmadre. Nunca me senté en *El Caracol*, solamente venía, me bañaba y me iba otra vez a drogarme. Sino hasta lo de mi hijo y todo, yo pensé que estaba sola con mi hijo, viendo la posibilidad de recuperar a mi hijo, no sé quién de los chavos le habló al *Caracol* de mi tema y Ángel<sup>10</sup> fue hasta el punto, se sentó al lado de mí, yo estaba bien drogada, y me dijo “¿quieres recuperar a tu hijo?, nosotros te ayudamos”. (...) Cuando cumpla dos meses de allá pa’ acá, de allá pa’ acá, moviendo papeles y todo para ver a Dani, me dice Ángel “More, mañana quiero que vengas a tal hora” (...). Cuando llegamos a *Hogar, dulce hogar* y vi a mi hijo le dije “¿es enserio?” y me dijo “sí, tu desde hoy ya puedes ver a tu hijo”. Se me salieron mis lágrimas. Hace como dos años (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

<sup>10</sup> Ángel Soriano, educador de calle y gestor de conocimiento en *El Caracol*, A.C.

O en el testimonio de Gabriel, quien atestigua que:

Una vez nos fueron a visitar, pero yo no quería saber nada de instituciones. Conocía otras instituciones, pero como que no. (...) Una vez nos dijeron: “vamos, si les gusta, se quedan” y esperamos al otro día y sí porque me quería bañar, ya me sentía muy pegostoso. Me dieron ropa limpia y me bañé y ya, comimos. Y ya, me gustó como nos trataron y todo eso. Y ya, veníamos casi cada tercer día, casi del diario. Y ya, como me gustaba venía casi del diario, nada más sacaba los diablos y me venía para acá. Y ya, acá me la pasaba todo el día haciendo actividades, o a veces durmiendo y ya (...). O sea, he estado en otras instituciones, pero en ninguna dan la ayuda que me han dado en el Caracol (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Desde este estrechamiento de la relación, por lo menos en los casos de Gabo, More y Susana, el acercamiento con la Asociación ha sido parte importante en el proceso actual de vida independiente que están experimentando. En estos tres testimonios se alude a la cercanía, el apoyo o la pertenencia a la institución como un factor elemental de dicho proceso. A decir de More, “(...) muchos me daban la mano para salir, pero nadie me tomó como *parte de algo*, siempre solamente me decían yo te ayudo, pero hasta ahí, no me demostraban que en verdad yo también era parte, parte de esa otra persona. Y Quique<sup>11</sup> me demostró que esta casa y todos los de aquí también era parte de, soy parte de, de todo” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). De la misma forma, en el testimonio de Gabriel, el papel de la intervención de *El Caracol* incluso pareciera desmedido:

(...) El Caracol me ha ayudado mucho y me ha motivado a hacer cosas buenas. La verdad, si no fuera por ellos, todavía seguiría igual, la verdad te soy honesto. Siguiera en la calle, aunque tuviera a mi hijo, siguiera en la calle, la verdad. Y lo digo con transparencia porque siguiera igual drogándome, estar durmiendo en la calle, pasando hambres, fríos, todo eso. Me sentiría igual. Si no hubiera conocido *El Caracol*, la verdad... (...) creo que ya ni viviera, la verdad, la verdad (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Aunque en un inicio, hace 24 años, el proyecto de *El Caracol* operaba un modelo educativo de albergue transitorio y talleres productivos para población en calle y en riesgo social, su modelo de atención ha transitado hacia el acompañamiento educativo y la defensa de derechos humanos, por lo que sus actividades se reparten

---

<sup>11</sup> Luis Enrique Hernández, director de la A.C. El Caracol.

entre el Centro de Servicios que opera los lunes, la atención de casos individuales y los recorridos en calle el resto de la semana. De este modo, al contacto inicial establecido al recorrer diversos puntos de pernocta y socialización en calle, le siguen las actividades lúdicas que se llevan a cabo para sensibilizar sobre los riesgos de vivir en calle, la reducción de daños por consumo de inhalantes y la defensa de derechos desde el espacio público.

Las y los miembros de las poblaciones callejeras acuden a *El Caracol* para recibir distintos servicios o ser acompañados en varios temas, como puede ser: obtener alimentos y tener dónde asearse y lavar su ropa, de forma gratuita, los días lunes; o ser acompañado en el trámite de documentos de identidad propios y de familiares, recibir orientación jurídica, acudir a centros de atención médica en dónde comúnmente no se les permite el acceso o ser canalizados a alguno de los Centros de Información y Asistencia Toxicológica en la ciudad, asistir a las clases que el INEA proporciona en las instalaciones o participar en talleres varios sobre derechos humanos.

Por su parte, el proyecto editorial y laboral *Mi Valedor*, desde 2015 pretende funcionar como herramienta de inclusión social para “personas que viven en situación de calle o en exclusión laboral en la Ciudad de México”, por medio de la venta de revistas de publicación bimestral y la capacitación semanal en distintos talleres de teatro, locución, fotografía, serigrafía, carpintería, entre muchos otros, con el propósito de fomentar nuevas habilidades en “los valedores” y generar una fuente de ingreso económico formal, por lo que se manifiesta como una alternativa superadora de la vida en calle a través del fortalecimiento individual. Los “valedores” son, en su mayoría, población masculina, adulta y adulta mayor, entre los 40 y 70 años que han tenido una experiencia reciente de vida en calle, predominantemente en los últimos dos años de vida.

Es importante mencionar que debido a la estrategia de aproximación del proyecto editorial *Mi Valedor* con las y los miembros de las poblaciones callejeras, la mayoría

de “los valedores” han sido contactados en alguno de los Centros de Asistencia e Integración Social (CAIS) del Instituto de Asistencia e Integración Social de la Ciudad de México. Por lo tanto, gran parte de ellos se encuentran pernoctando en uno de estos albergues, prácticamente, desde su salida del hogar de origen o su llegada a la Ciudad de México. En este sentido, las experiencias actuales de estos entrevistados dan cuenta tanto de las estrategias de superación individual de *Mi Valedor* como de los espacios transitorios de convivencia en los albergues del CAIS.

Los valedores entrevistados comenzaron su participación en *Mi Valedor* alrededor de dos años antes, casi al mismo tiempo que al llegar al albergue. Al respecto de su participación en el proyecto, Alfredo dice que: “*Mi Valedor* es un medio, una herramienta de sobrevivencia para el que quiere, n’omás es cosa de que pongas los pies en la tierra, te bajes de tu nube, veas tu realidad, y te pongas a chambear. Porque la mejor forma de dejar el vicio y el ocio es chambeando” (Alfredo, comunicación personal, 29/03/18).

Francisco y Camaxtli son los que más antigüedad en *Mi Valedor*. Los dos fueron contactados en el albergue de Coruña. Ambos se encariñaron con la gente en el albergue, pero a diferencia de Camaxtli, Francisco comenzó a rentar por cuenta propia hace casi dos años. Él reconoce que el proyecto lo ha motivado de distintas formas. En principio, piensa que, para enfrentar su alcoholismo y drogadicción, lo más importante ha sido su “fortaleza mental y el proyecto de las chavas”, pues “nos ayudaban dándonos tiempo, valorándonos, y eso me ayudó mucho a recobrar la confianza en mí y ver que todavía podía” (Francisco, comunicación personal, 02/04/18).

En *Mi Valedor*, junto con el aliento, se suma el ingreso que la venta de la revista significa, además del pago por sus aportaciones en texto y fotografía, un elemento adicional de importancia significativa fueron los talleres que, como dice Alfredo, “me dieron seguridad y me di cuenta de que tengo facilidad para vender” (Alfredo, comunicación personal, 29/03/18). Por su parte, Francisco no es el único que cuenta

haber estado a punto de abandonar el proyecto cuando la implementación de breves sesiones de fotografía, tejido, escritura creativa, dibujo, grabación, actuación, entre otros, lo motivaron a seguir. Camaxtli también menciona que: “estuve a punto de desertar porque las ventas estaban mal, pero me di una oportunidad en los talleres, y empezó el proyecto de *La voz de la calle*<sup>12</sup> que lleva 20 episodios” (Camaxtli, comunicación personal, 31/03/18). Como dice Francisco:

Al final todo eso, todos esos talleres de cada ocho días me fueron alejando del alcohol, de la droga. Y, poco a poco, empecé a adentrarme lo que era el mundo de la revista, el hacer fotos, el hacer textos, el adentrarme en zonas culturales, todo eso me fue alejando del mundo del alcohol (Francisco, comunicación personal, 02/04/18).

Por último, es importante destacar que todos “los valedores” entrevistados obtienen atención en los albergues del Instituto de Asistencia e Integración Social<sup>13</sup> (IASIS) de la Secretaría de Desarrollo Social de la Ciudad de México. Esta institución coordina la asistencia social en la Ciudad de México e implementa distintos programas y servicios de “asistencia a la población en situación de vulnerabilidad o situación de calle para mejorar su calidad de vida y lograr su reinserción social o familiar”.

Con este objetivo, el IASIS cuenta con tres programas distintos: el financiamiento de organizaciones de la sociedad civil (asociaciones civiles, instituciones de asistencia privada y sociedades cooperativas) registradas en la Ciudad de México; la administración de comedores públicos; y el Programa de Atención Integral a Personas Integrantes de las Poblaciones Callejeras y en Riesgo Social, que cuenta con una decena de CAIS, también llamados albergues y un espacio transitorio de vida independiente, el Hogar CDMX, que opera desde finales de enero de 2017.

---

<sup>12</sup> A partir del taller creativo de radio comunitaria, impartido desde principios de 2017, se obtuvo como resultado un programa hecho por “valedores” y talleristas llamado “La Voz de la Calle”, el cual está disponible en: [<http://www.puentes.me/voz-de-la-calle>], consultado el 3 de junio de 2018.

<sup>13</sup> La página electrónica del Instituto de Asistencia e Integración Social puede ser consultada en [<http://www.iasis.cdmx.gob.mx/>], consultada el 20 de abril de 2018.

Aunque muchas otras instancias pueden ser descritas para analizar la cuantiosa oferta y la diversidad de estrategias de intervención<sup>14</sup>, distintos aspectos sobresalen en el análisis de la intervención social emprendida por diversas instituciones y organizaciones sociales que atienden a las poblaciones callejeras y en riesgo social en la Ciudad de México. Uno de ellos es que, sin importar el enfoque adoptado, que puede partir de la asistencia simple o formativa, el acompañamiento educativo o la reducción de daños, todas convergen en el propósito final del desarrollo de un proyecto de vida fuera de las calles por parte de los miembros de la población que cumplen su perfil objetivo.

La cuestión sería reflexionar acerca de cómo estos encuentros y experiencias con distintas instancias impactan en la trayectoria de las poblaciones callejeras. Para Lucchini es claro que independientemente del acercamiento institucional u organizacional, “la mayoría de los chavos continúan en la calle porque así lo deciden”. Es más, apunta que “cuando así lo deciden, la permanencia es una forma de resistencia (...)” (1996: 105).

Para este autor, la elección de salir de calle es más probable en aquellos miembros de la población que ocupan un lugar intermedio en el grupo, “ni los más poderosos ni los más dependientes son aquellos que más fácilmente van a decidir abandonar la calle”. El proceso que lleva a la elección de la salida de calle es resultado del balance negativo que realiza el sujeto entre las ventajas y las desventajas de permanecer en calle.

Sin embargo, el análisis se complejiza cuando se aprecia que se ha permanecido y valorado positivamente la permanencia en calle durante decenas de años, pero en alguna parte de este proceso, se opta por dejar de vivir en la calle. Sobre esta incógnita comenta More, quién desde los 12 años ha vivido en esta itinerancia y ahora, a los 29, afirma:

---

<sup>14</sup> Algunas otras instituciones y organizaciones referidas en esta investigación han sido: Hogares Providencia, Villa Mujeres, La Carpa, comedores comunitarios, Hogar Dulce Hogar, Casa Alianza y Renace, entre otras.



(...) es que tienes que tocar fondo tú, porque así uno te diga o el que te quiere ayudar te diga, vámonos hasta el monte Fénix o así (...) A mí, que me iban a pagar. Cuando yo me drogaba mucha gente me quiso ayudar, muchísima gente me quiso y me ayudó, pero yo no me salí. No, no quería la ayuda, pero ya cuando nació... (...) ya cuando ya ves que ya estás grande y te pones a recapacitar en todo en lo que has pasado piensas “no manches, pues no” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Por ello, más allá de los actores o las instituciones intervinientes, se vuelve central en este análisis el punto de vista de los individuos que construyen estas decisiones, que condensan y se apropian de los discursos o evaden y rehúsan la intervención. ¿Cuál es el proceso en el que la población que vive en calle por amplios periodos experimenta esta inflexión? ¿Por qué sucede en ciertos momentos y no en otros? ¿Es una constante esta intención velada de salir de calle, de cambiar la trayectoria de vida? ¿Es parte de un discurso o de un proyecto que carece de sostén? ¿La itinerancia entre la vida fuera y dentro de calle es parte de la vida callejera? ¿En qué consiste esta itinerancia? ¿Y la salida de calle, qué es?

#### V. *Itinerancias y salidas*

Vivir en calle, como se ha mencionado puede ser concebido como una intermitencia, una itinerancia. La itinerancia callejera, la pernocta en distintos lugares que comparten como característica común encontrarse en el espacio público: puentes, banquetas, parques, en algún tiempo coladeras, baldíos, edificios abandonados, camellones, mercados, parques, salidas de estaciones de metro, entre otros. Esta movilidad e intermitencia también puede llevar a distintos lugares que, en ocasiones y periodos, pueden ser lugares de renta, como hoteles, la casa de origen o cuartos de vivienda.

La flexibilidad itinerante puede ser uno de los mecanismos de sobrevivencia callejera, que parte de la adaptación entre diversos espacios públicos o privados, y también puede ser una de las características que forman parte de la vida en calle. Parecería entonces que vivir en calle adquiere múltiples significados, y en alguna

de estas acepciones incluso se vuelve una alusión o símbolo que más allá del espacio comprende un modo de vida ligado a pertenencias, experiencias, prácticas cotidianas, interacciones y hábitos.

Parece ser que quien ha abandonado su casa “regresa periódicamente a ella” como parte de un hábito, o busca espacios y vínculos con los que reconstruye esta experiencia, por el interés en los lazos familiares, como un mecanismo de provisión de recursos e incluso por la persistente intención de salir de calle. Aunque Lucchini (1996: 60-62) considera la fuga como algo provisorio, se puede pensar que la transitoriedad del hecho está en la mente de los niños y adolescentes y adultos, puesto que la estancia en la calle puede ser mucho más duradera de lo que se esperaba, de modo que como constante “existe una intención de regreso al hogar”, en el discurso y referencias.

Sin embargo, así como “un niño no se vuelve un niño de la calle de un día para otro” (Lucchini, 1996:60) puesto que, en muchos casos, el abandono del hogar ocurre de forma paulatina y progresiva, en el que convergen el alargamiento de los periodos fuera de casa junto con el aprendizaje de la vida en la calle. Sería posible también considerar a los intentos de vida independiente, de renta de espacios y ejercicio de nuevas prácticas, como parte de esta lógica inversa, de una carrera *fuera* de calle, como el proceso de aprendizaje de nuevos hábitos, prácticas e interacciones que posibilitan la vida en espacios privados.

Esta itinerancia entre espacios transitorios y ligados a la vida en la calle (espacios públicos, lugares de albergue o renta para población callejera: hoteles o casa de huéspedes) es trastocada cuando se accede a espacios permanentes, o a aquellos que implican el emprendimiento de procesos que estructuran las actividades cotidianas y presuponen la planificación, a corto, mediano y largo plazo.

En palabras de varios de ellos la distancia entre la población callejera y el proceso que están viviendo reside en los lugares en los que pernoctan y en los cambios de sus prácticas, esencialmente las relacionadas con la ausencia de consumo y la

obtención de nuevos empleos. Por eso More menciona, “no, yo ya no me drogo, ya estoy bien, ya tengo mi casa” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). También se describe como un panorama simplificado que resume Sergio al mencionar:

Es que a veces un chavo de la calle se toma como aquel que ya está mugroso, como aquél que ya es un indigente, ¿no? Yo todavía no, no sé, no digo safo, ¿no? Pero sí puedo decir que todavía estoy, así como que en un punto en el que todavía puedo recuperar el camino(...) (Sergio, comunicación personal, 10/01/18).

Sin embargo, independientemente de la descripción que para Sergio identifica a la población callejera con base en su apariencia, algunos aspectos interesantes de esta declaración son la noción de recuperación, regeneración o cambio de vida como una aspiración que problematiza su propia imagen, en la que no se reconoce a sí mismo como un chavo de la calle. Al respecto, Susana comenta que para su familia regenerarse sería “que ya no me drogue, que ya no me quede en la calle... sí, eso, eso es lo que quiere mi mamá” (Susana, comunicación personal, 17/10/17). No obstante, el proceso se supone más complejo cuando se suman no sólo las prácticas sino los nuevos atributos y el desarrollo de otras pertenencias, como la incorporación a un empleo formal, la inserción en espacios educativos y el establecimiento de nuevas relaciones afectivas.

Para Gabriel, por su parte, “un chavo de la calle es aquél que duerme en la calle, come en la calle, y no hace nada. Está esperando el siguiente día, pero para lo mismo, para estarse drogando y estar tirado en el pasto o la banqueta, y yo ya no me siento de la calle, (...) ya no soy de la calle (...) **Fui de la calle, fui**” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17). Y en esta descripción probablemente se encuentran mayores nociones que dan cuenta de los elementos que conforman la vida en la calle. Más allá del consumo de sustancias como los solventes, o la pernocta itinerante entre diversos lugares del espacio público y la renta de espacios provisionales, la vinculación con la calle, con las prácticas cotidianas, así como la falta de motivaciones que trastoquen la inmediatez de la supervivencia.

¿Qué supone para alguien que ha vivido en calle por amplios periodos emprender un proceso de vida independiente fuera de las calles? Son diversos los elementos que confluyen en la reestructuración del día a día cuando se trascurre de una vida en la itinerancia callejera hacia el comienzo de un proceso de vida en un espacio de renta periódico.

Pasar al pago voluntario de una renta mensual, por ejemplo, en contraposición con la obtención de ingresos diarios y la valoración de las alternativas de pernocta introducen una nueva lógica: planear actividades que permitan obtener ingresos mayores, encontrar incluso un empleo formal, ahorrar, crear una rutina y ceñirse a ciertos horarios, disminuir, suspender o abandonar el consumo de sustancias, vivir de forma solitaria cuando se acostumbraba la compañía, entre muchos otros.

La *banda* está consciente o se percató de ello en los diversos intentos. Para Sergio, por ejemplo, el ingreso no es un problema pues ya vivía en una casa de huéspedes antes de empezar a rentar como lo ha hecho los últimos seis meses. Sin embargo, antes pagaba diariamente 100 o 120 pesos en aquella casa de huéspedes para chavos de calle, y ahora debe juntar 1,500 pesos para pagar la renta de su cuarto. Por eso cuando le pregunto por sus planes, tiene muy presente que lo que le interesa en este momento es recuperar su trabajo como estibador en una casa de materiales: “no te puedo decir qué espero este año, mejor te digo qué espero en este momento, estar tranquilo, ¿no? La neta llegar y decirle a mi patrón, “cámara, nos vemos mañana”, chambear bien y ya. No te puedo decir más allá” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

Las actividades cotidianas estructuran el día a día, los horarios, los planes concretos y de largo plazo, por eso a Sergio le preocupa que ahorita no haya “becas”, un programa de renta asistida<sup>15</sup> que implementa *El Caracol*, como muchas otras organizaciones de la sociedad civil, para acompañar e incentivar la primera etapa

---

<sup>15</sup> En el caso de la población entrevistada, solamente Sergio mencionó contar con este subsidio, el resto de los entrevistados habían obtenido y solventado sus rentas mensuales hasta el momento de la entrevista.

de “reinserción social”, después la población que está en proceso de vida independiente debe generar sus propios ingresos.

También para Susana, quien desde hace un año renta con sus hijos y pareja, la falta de un ingreso estable o el apoyo de alguien significó, en una ocasión pasada, el retorno a las calles pues, aunque rentó previamente, el abandono de su expareja y la falta de ingresos conllevó su itinerancia: “salió que él era casado y me dejó. Y pues yo ya no podía sustentar la renta y tuve que salir, a los hoteles otra vez” (Susana, comunicación personal, 17/10/17). Como explica Sergio, la inmediatez y la obtención de recursos de forma intermitente deja de ser posible cuando la planeación se antepone con intereses y motivaciones diferentes:

Ya no es la onda de que nada más veo yo, y si quiero trabajo yo, y si quiero me duermo, y si quiero... y yo. Y no, el día de hoy tienes que ver que, tienes que tener dinero para ir el miércoles a verlo, tienes que llevarle juguetes, pañales, ropa, toallitas, para que lo cambies tú... juguetes, peluches, de comer, jugo, no sé. Y antes no, antes si no tenía hambre, vámonos y me drogaba mejor (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

No obstante, a diferencia de estas itinerancias, existen otras trayectorias en donde se observa cómo se refuerza la salida de calle. More, por ejemplo, no da cuenta de la necesidad de un apoyo económico, pues explica que junto con la obtención de un empleo formal ha hecho muchas otras modificaciones en su día a día:

[...] ves que te dije que estoy trabajando en el foro del Auditorio Nacional, mi escuela, ya no me drogo, estoy aquí. Pues creo que sí me he levantado ¡eh, mucho!, porque me hubieras conocido cuando estaba en la calle y me ves ahora y me dices: no eras nada, More, bueno no eras nada a lo que eres ahorita” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Justo al día siguiente de nuestra conversación ella iría en busca de un nuevo empleo con otra empresa de limpieza en donde esperaba sentirse “más a gusto”. Tener un empleo, nuevas rutinas, diferentes hábitos y habilidades son experiencias que contrastan radicalmente con la trayectoria de vida previa, cuando “era de, nos levantábamos, nos íbamos a bañar a cualquier centro de día, uno se ponía a limpiar, otros nos poníamos a *charolear*, y ya juntábamos, hacíamos la coperacha para la

comida. Íbamos, comprábamos comida, también comprábamos droga...” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

El cambio en la trayectoria de vida también impacta en un ámbito íntimo. Aunque para Gabo vivir solo es un motivo de orgullo, pues “es la primera vez, porque antes cuando me quedaba en la calle me quedaba con un amigo, o pagábamos un hotel. Pero de que me quede solo ya son siete meses que yo solito sin compañía de nadie” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17) o incluso Francisco, el único de “los valedores” con una experiencia amplia en las calles y quien se encuentra rentando hace casi dos años, señala la soledad como uno de los componentes que le desincentivaron inicialmente en el proceso de renta, y narra:

[Y]a que mis alas estaban fuertes, no me quería salir, estaba yo encariñado, y un día *un valedor* me invitó y entre los dos nos vinimos a rentar un cuarto aquí en Balderas y después él se fue y me dejó. El ruco me pidió el cuarto y al final me fui a rentar solo, invité a algunos valedores, pero no aguantaron y ya llevo año y medio rentando solo. Yo nunca pensé que no lo podía hacer sólo, porque al final siempre hace falta esa compañía, con quién platicar, por eso no me quería animar (Francisco, comunicación personal, 02/04/18).

Así, aunque la ausencia de compañía o la pérdida de libertad no ha significado un reto para Gabo en este cambio, en los casos de More y Francisco ha sido uno de los principales obstáculos para rentar y vivir de forma independiente. Ella, acostumbrada a una vida en grupo, a emprender actividades de forma conjunta, ha creado nuevas estrategias para que su vida diaria pueda desarrollarse de forma acompañada, al comer con sus amigos en el patio del departamento que renta o al mantener constante la presencia imaginaria de su hijo ausente,

[E]stoy rentando ahorita con Diana, pero pues ya gracias a Dios ya no es calle, ya no nada. —¿Por qué no lo habías intentado antes?— Por miedo, por miedo a la soledad, me mata la soledad. Nunca me ha gustado estar sola, menos entre cuatro paredes, sola, encerrada, no, es mi temor, es eso. Pero ahora ya sé que no estoy sola, a pesar de que Dani está en una casa hogar y yo estoy acá rentando, tomo en cuenta a Dani como si Dani ya estuviera conmigo en el cuarto (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).



De este modo se puede reflexionar acerca de la itinerancia callejera y la salida de calle como procesos articulados en los que, por un lado, el vaivén entre los espacios físicos conforma parte de la amplia adaptación y flexibilidad de la población que vive en calle y cuyo salto hacia la renta de espacios permanentes y semipermanentes se puede esbozar dentro del proceso paulatino, gradual e itinerante de una carrera *fuera* de la calle. Aprender así de las interacciones, las prácticas y las habilidades para vivir fuera de las calles puede suponer retornos y vaivenes, e incluso la reproducción de características de la vida callejera en entornos privados, pero también supone el enfrentamiento de condiciones íntimas como la estructuración de los tiempos, la administración de los recursos y los itinerarios y la confrontación con la soledad o la pérdida de libertad.

#### VI. *Inflexiones*

Se podría pensar que vivir en calle es para algunos sujetos una elección, incluso una elección racional para algunos autores, en la cual se realiza el balance entre las ventajas de vivir fuera de casa y las dificultades de vivir en ésta. Cuando así puede considerarse, hay para quienes resulta positiva la elección del riesgo de vivir e incluso de mantenerse en calle. Sin embargo, ¿en qué parte de esta trayectoria alguien que ha permanecido en el espacio público por décadas decide cambiar ese curso?, ¿qué favorece esta decisión?

En esta tesis se postula que existen procesos de inflexión en las trayectorias de vida de los sujetos que favorecen la salida de las calles por parte de algunos de sus miembros. Dichas inflexiones pueden articularse y reafirmarse de forma sucedánea o paralela, pero de distintos modos. Cada una de éstas forma parte de las motivaciones que describen los sujetos entrevistados como parte de su proceso de salida de la vida en las calles o de la búsqueda de alternativas a ésta.

De forma general, se han identificado y propuesto cuatro puntos de inflexión en estos procesos que se asocian a dos ámbitos. Los primeros dos se relacionan con

experiencias radicales que condensan de forma negativa las características de la vida en calle, éstas son la violencia vivida en calle que, lejos de ser elegida o experimentada en forma voluntaria como parte de las prácticas trasgresoras, es padecida de forma intempestiva y extrema; de modo similar, el enfrentamiento con la propia mortalidad, ya sea a partir de la pérdida de compañeros o amigos cercanos, o bien, derivado de la propia experiencia y cercanía con la muerte. Los segundos dos puntos de inflexión comprenden la introyección de ciertos imaginarios sociales, e incluso nuevas identidades, que cuestionan los hábitos, prácticas e interacciones actuales al contraponerse con las que se considerarían más adecuadas: la paternidad o la maternidad, y también la adultez.

#### **A. Violencia: de la transgresión al tormento**

Si, como se ha dicho, vivir en calle puede ser parte de un proceso de elección, también puede ser interpretada en sí misma como un acto transgresor. La ruptura con la familia, el desafío de los constreñimientos sociales, a la vida adulta y a la figura de autoridad, paternal o jurídica, son actos transgresores que ejemplifican la postura asumida al vivir en calle. Para autores como Lucchini (1996), las preocupaciones esenciales de una banda o de un grupo callejero se asocian con el rechazo a lo prohibido, con el desafío a la autoridad y con la búsqueda de retos (226). Miller (1979), por su parte, enumera las preocupaciones principales de las bandas callejeras como la búsqueda de:

1. Acontecimientos capaces de producir emoción y excitación,
2. Riesgo,
3. Pruebas de audacia,
4. Aventura,
5. Acción,
6. Desafío a la autoridad,
7. Rechazo a lo prohibido.

Todas las anteriores se pueden identificar como conductas trasgresoras que estructuran las relaciones de la población que vive en calle. Sin embargo, para que

el peligro y la violencia asociada a estas conductas sean fuente de placer, deben ser riesgos elegidos que presupongan un grado de control por parte de quien los asume. Así, la violencia, el riesgo y el peligro aceptado conforman parte de los intercambios en las relaciones, de las prácticas en la cotidianeidad e incluso de las estrategias de supervivencia.

Es visible que la violencia no cobra parte distintiva de los relatos, sino al contrario, se vuelve un aspecto más dentro del cotidiano: “nos decíamos groserías, ¿no?, pero ya en el ambiente ahí drogándonos. Le pegaban a uno y ahí íbamos todos a pegarle, así todos en bolita. Me pegaban a mí y ahí iban todos” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/18). Al ser normalizada se menciona sólo cuando llega a puntos extremos. Sin embargo, excepto por esos puntos límite, la violencia se considera como uno de los componentes de la vida en calle. Hay que ser agresivo para sobrevivir en calle, hay que demostrar fortaleza y ausencia de miedo, hay que ganarse el respeto. Y la More así lo narra:

En algunos puntos, para entrar, te tienes que pelear. Te dicen, no pues te tienes que pelear con él, si ganas, te quedas y ya si pierdes, te vas. (...) Y si tú te dejas, cualquiera se va a dar cuenta y cualquiera te va a tratar así, pero si tú le pones un alto, ya sea con golpes o con palabras o como tú puedas y si ven que no te dejas y que eres cabrona, te ganas hasta el respeto del punto y cualquiera te toma en cuenta para algo, y no para lastimarte ni nada (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

La conversión de la violencia asociada a la vida en calle hacia la violencia padecida de forma extrema puede desencadenar entonces una inflexión en esta elección de vida. El riesgo aceptado, los desafíos emprendidos y la violencia tolerada al vivir en calle son cuestionados como inaceptables cuando se valoran mayores a las satisfacciones que propician, cuando dejan de ser fuente de placer y reafirmación. De forma velada, Sergio cuenta que lo que lo motiva a hospedarse en lugares de renta, diaria o mensual, es lo problemático de la convivencia en calle: “No me gusta así como que en la calle porque luego hay muchos problemas entre la banda y todo y así como que no está chido, y luego peor si te agarran de bajada, como que peor tantito” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17). También para Susana, vivir en

calle, dormir en calle, implica un riesgo excesivo que fue puesto en cuestión por sus compañeros:

(E)mpecé a quedarme en la calle y luego ya, mis *valedores* me vieron quedándome, con los que trabajaba en el metro, me vieron quedándome en la calle y me dijeron, “no, pues vente en los hoteles, no te quedes en la calle, no te expongas, vámonos a hotel”. Y ya pagaba yo mi habitación, me quedaba yo en el hotel (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

Aunque la violencia que se vive en calle es en parte asumida y en parte esperada por miembros de la población, en algunos casos, esta violencia también irrumpe de forma intempestiva e incluso es experimentada como insoportable. Este es el caso de Gabo, quien señala como una de las motivaciones para dejar de vivir en calle, el grado de violencia que experimentó:

(Y)a sé lo que es hacerse de sus cosas uno solo y ya no dormir en la calle, pasando fríos. Ahí nomás llego, me tapo, tengo mi cobija, tengo mi techito ya más seguro, ya no voy a dormir con miedo de que vaya a llegar alguien, de que me vaya a hacer algo en la calle. Ya no, ya no duermo con miedo, ya duermo tranquilo. Luego ni dormía por el miedo de que me fuera a pasar algo (...). O sea, abusaron (sexualmente) dos veces de mí. Y eso es como, era mi miedo también. Por eso también decidí salirme de la calle, por esas dos cosas. O sea, dos veces me pegaron y me violaron, pero psss... (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Para sobrevivir en calle una de las principales herramientas las compone el propio cuerpo, y la capacidad de protegerlo y confrontarlo con el resto. Por ello la violencia, la transgresión y el peligro constituyen características asociadas a la vida callejera pero, en algunos casos, y a partir de ciertos contextos y experiencias, la valoración de estos peligros pueden ser vistos como insostenibles. Sin embargo, es de destacar que, en algunos casos dicha violencia tiende a ser grave para que supere las barreras de la normalización, como puede ser el abuso sexual de hombres, más no de mujeres; o golpes que ameriten el servicio médico hospitalario.

En el caso de los testimonios recogidos, las experiencias de violencia y abuso sexual, en específico, fueron manifiestas por un hombre y una mujer, por lo que es importante mencionar que sólo en el testimonio masculino esta experiencia fue expresada como un evento traumático y un factor determinante en el

cuestionamiento de la permanencia en calle. En cambio, en el caso femenino la violencia sexual fue equiparada a otros eventos violentos por lo que es de destacar, con base en el conocimiento de testimonios similares, que la violencia sexual ha sido normalizada como habitual en la experiencia de mujeres, pero no en los hombres.

De forma similar, tanto para hombres como para mujeres, la violencia física o incluso psicológica, son consideradas como cotidianas, manifestadas por diferentes sujetos, ya sean los compañeros del grupo, vecinos, desconocidos, transeúntes o autoridades, por lo que sólo en los eventos en los que ésta se desarrolla de forma extrema es concebida como un acontecimiento significativo que conlleva un cuestionamiento de las condiciones de vida actuales. Es aquí donde los estigmas asociados con la vida en calle cobran significado pues las y los miembros de las poblaciones callejeras llegan a asumir la violencia recibida como parte de las condiciones naturales que enfrentan al “ser de calle”.

## **B. Morir en calle**

Así como la violencia extrema puede ser uno de los puntos de inflexión que propicien la salida de la vida en calle, también el cuestionamiento de la propia realidad puede partir de la cercanía con experiencias ligadas a la muerte, propia o cercana. “Filosofar significa aprender a morir, escribió el sabio Montaigne. La conciencia de la propia vida puede surgir de un claro conocimiento de la propia fugacidad” (Beck, 2003: 269-270). Al menos dos de las personas entrevistadas que se encuentran en acompañamiento con la A.C. *El Caracol*, dan cuenta de esta experiencia como un evento que desencadenó la reflexión de un escenario futuro.

More, por ejemplo, narra su experiencia reciente así:

Una vez, me dio en diciembre, caí en depresión y me dio hipocalemia, se me congeló el cuerpo por el frío y yo ya no me podía mover, quedé paralizada completamente. Y a mí el cuerpo me dolía, tenía dolor en el cuerpo y entumido(...). Tenía unos 27, fue apenas, reciente. Yo ya vomitaba negro, estaba pálida, mis ojos ya se estaban

sumiendo. Entonces les decían que yo ya no pasaba de esa noche (...). Y nada más vi que me pusieron un suero aquí y me dormí, me dio sueño y ya no aguanté, cerré mis ojos y ya. (...). Y me dijo la doctora que tenía dos semanas y media dormida, que había entrado en coma. Que entre en coma y que apenas estaba despertando del coma, y yo pensé que tenía... pensé que me había dormido como 10 minutos (...) y entonces sentían que me moría (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Además, relata que no sólo ella sino más compañeros de grupo murieron en circunstancias de calle:

(...) Incluso un año antes murió un chavo de lo mismo que yo, en el mismo lugar en el que yo quedé, ahí murió el chavo, se llamaba Arón. Y él si no... a él también lo discriminó la ambulancia y a los 5 minutos falleció (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

De modo similar, Gabo cuenta su experiencia personal:

(E)stuve en un hospital psiquiátrico, se llama... ay, se me olvidó el nombre del hospital, está allá por la salida de la carretera a Puebla. —Y, ¿estuviste mucho tiempo ahí? — No nada más dos semanas, porque me quería quitar la vida y todo eso. Porque ya no quería vivir, para qué si estoy mal y todo. Problemas que luego se me venían a la mente (...) (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

También Francisco, uno de los “valedores” del proyecto editorial, de forma complementaria a estas narrativas contempla cuestionarse su vida, su paso por ésta, al explicar que: “entonces, si no aprovecho la etapa final de mi vida, me voy a ir sin dejar nada, sin dejar un legado, sin hacer algo trascendental” (Francisco, comunicación personal, 02/04/18), por lo que la reflexión sobre la muerte, en estos casos, puede producir una introspección y modificación de la trayectoria actual.

Aunque los accidentes de tránsito, la negación del servicio médico, el padecimiento de enfermedades relacionadas con el consumo de sustancias como los inhalantes o debido la precariedad de las condiciones de vida, junto con la vulnerabilidad ante hechos violentos callejeros son constantes en los riesgos asociados a la vida en la calle, la cercanía con la mortalidad, propia o ajena, son eventos que propician la reflexión de la realidad enfrentada y, en algunos casos, se convierten en inflexiones en las trayectorias de vida de los sujetos, así, More da cuenta que:



Murieron muchas de mis amigas por causa de la droga, lo que me dio a mi (hipocalemia), me violaron, el que me hayan quitado a mi hijo, el que me haya pasado todo lo que me pasó, dije pues qué más quiero, no. Dije, ya lo viví y ya disfruté, y ya todo, ahora ya. (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

Morir en calle es una realidad, pero “sólo la vida que se enfrenta a sí misma se convierte en una revuelta contra su propio final. A esto se pueden dar unas respuestas "existenciales" opuestas. El pensamiento de la muerte y la experiencia de morir pueden suscitar o potenciar el placer de estar vivos” (Beck, 2003: 269). Sólo en los últimos 10 años existe un registro de 2,556 personas que murieron en las calles de Ciudad de México sin que nadie las identificara (Aquino, 2017), aunque esta cifra es sólo una aproximación debido a que, así como no existe un censo oficial aplicado a las poblaciones callejeras en la CDMX o en el país, tampoco se registra de forma particular a la población que vive y muere en calle.

No obstante, de septiembre de 2017 a abril de 2018, el IASIS reportó la muerte de al menos seis personas miembros de las poblaciones callejeras al ser incendiadas en la vía pública (BigData, 2018). Aunque este hecho es una constante en las trayectorias de vida de las y los miembros de las poblaciones callejeras, se puede convertir en una inflexión cuando es una realidad más cercana que una cifra, pues como Beck apunta “el significado distintivo de la vida propia sólo se podrá entender desde su fin, desde la muerte” (2003: 266).

Tal vez por ello en los casos de Gabo y More, el enfrentamiento con su propia mortalidad, a partir del intento de suicidio y el episodio de coma por hipocalemia, así como la cercanía con las muertes de compañeros y amigos, pusieron en perspectiva la posición que enfrentaban al permanecer en calle, y la posibilidad de que concluir su trayectoria de vida en calle al morir ahí mismo.

### **C. Ser padre, ser madre**

Tanto Sergio como Gabo, More y Susana son padres y madres, respectivamente. En diferentes grados, para cada uno de ellos, la maternidad y la paternidad ha

significado grandes cambios y reflexiones en sus vidas y narrativas. Sergio, por ejemplo, dice que lo que más le importa son su hijo, Arturo, y su trabajo: “pues a mí me importa mi hijo y otra vez ponerme a trabajar porque me hacen falta muchas cosas y no quiero caer, así como en el suelo o no quiero que mi hijo vaya a caer, así como que de lleno y qué onda” (Sergio, comunicación personal, 10/01/17), donde probablemente el segundo sea consecuencia del primero. También argumenta que su hijo lo cambió mucho, le enseñó a ser responsable, a pensar en los demás y a largo plazo.

(A)prendes a ver por otra persona, en ese aspecto ha cambiado más en mí. De no ser tan egoísta porque antes sí era muy egoísta de que todo para mí y nada para allá, y ahora trato de que sea tanto para allá como para mí.

Sin embargo, pareciera que la imagen de paternidad que ha construido parte del ideal que ha formado en respuesta a la ausencia y el rechazo hacia sus propios padres y por el deseo de la compañía de los hijos que no están con él, pues indica que: “yo no quiero que mi hijo sea o diga o se exprese de mi así. A veces por el miedo, más que nada, por el miedo. Porque hay miedo de no quiero que vaya a decirme así, y no quiero que pase esto, por qué, porque hay miedo... a decir, no quiero que haga lo que yo hice”. Por ello, la imagen que ha desarrollado se basa en la idealización de la paternidad que le ha sido negada, con sus padres e hijos.

Además del deseo de realizar la imagen idealizada de la paternidad negada, el convertirse en padres o madres es relatado por un par de entrevistados como una motivación en su vida, el tener algo o alguien por quien “valiera echarle ganas”:

(C)uando me lo quitaron no convivía mucho con él, era un bebé. Pues era cambiarle al pañal, darle la mamila y así, hasta ahí, pero ahora jugué con él ese día, cómo mi hijo me trató, sus caricias, su amor, todo y me enamoré de mi hijo, es el amor de mi vida y estoy enamorada más que nunca de él. **Ahora sí vale la pena luchar por algo, por él** (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

O,

(P)ensé que siempre iba a estar en la calle hasta que muriera, por eso decía, para qué cambiar si no tengo por quién ver ni nada, era mi pensar de antes. Pero ya

cuando tuve mi bebé dije: “no, **ahora ya tengo por quién echarle ganas**, para que al rato diga mi papá era así, pero cambió”. Que no me vea como era yo antes, antes yo me tomaba como un cero a la izquierda, ahora ya me veo como una persona más feliz, más contenta (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Otra forma de explicar la importancia de su papel como padres en su proceso vital es referido como una experiencia de aprendizaje, e incluso tanto Sergio como Gabriel afirman que sus hijos les han enseñado a cambiar. Esta formulación, de hijos como maestros, retoma el sentido de su paternidad como motivación:

Esa es como la motivación que más tengo, o sea, por mí y por él, porque fue lo que... él me hizo cambiar mucho. —¿Cómo te hizo cambiar?— Pues ya no quedarme en la calle, ya no estar pidiendo dinero, ya no tener trabajos así, informales, ya tener un trabajo formal, todo eso. Él me enseñó a cambiar todo eso. Y me siento así orgulloso, me siento grande porque digo: “ay, sí se puede hacer lo que nunca pensé que lo iba a hacer”. (P)or él busqué trabajo, ya no me quedaba en la calle. Yo decía, mi hijo no quiero que me vea que yo soy de la calle, y que me vea que estoy trabajando bien, que no me vea que estoy pidiendo dinero, que estoy limpiando un carro o zapatos. Y sí, por él le eché muchas, muchas ganas, de que no me viera que me estuviera drogando, no estuviera en la calle. (...) Él me motivó muchísimo, muchísimo, porque cambié muchísimo. Dejé de vivir en la calle, tengo mi casa, no me drogaba, ya trabajaba bien, ya tenía un trabajo formal, me hizo cambiar mucho mi hijo (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Pero el aprendizaje, más allá del metafórico, es concretado a través de la proyección de planes a mediano y largo plazo. La maternidad o la paternidad permite así establecer proyectos y planes a futuro ante la certeza de una constante en sus trayectorias.

(...) Estoy estudiando ya la secundaria, ya terminé la primaria, estoy en la secundaria, pero nada más es por él, porque quiero hacer tarea con él. Sí, él es el que ahí me lleva. Yo tenía miedo a rentar, por eso nunca había rentado. Es la primera vez que rento mi cuarto (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17).

O,

—Y, ¿ahorita cuáles son los planes? —Quiero estudiar algo... quiero estudiar cultura de belleza. Algo que me dé un empleo formal. Quiero, que mis hijos estudien, que mis hijas sean unas muchachitas de respeto, nobles. (Susana, comunicación personal, 17/10/17).

En lo concerniente a la maternidad y la paternidad se puede apreciar que ésta ha sido una de las inflexiones más destacadas en todos los testimonios de miembros de *El Caracol*. En algunos de estos, incluso fue la motivación principal para acercarse a la Asociación debido a la separación de sus hijos por parte del DIF por encontrarse en calle. A este respecto, varias son las consideraciones que se desprenden pues, su paternidad y maternidad permea diferentes esferas y, a la vez, está a travesada por condicionantes particulares.

Por un lado, excepto por el caso de Susana, el resto de los testimonios de Gabo, More y Sergio cuentan la experiencia de una paternidad o maternidad que ha sido negada con base en las circunstancias de privación material y económica y las condiciones de drogodependencia. Por lo anterior, en tres de las experiencias, instituciones gubernamentales y privadas han asumido la tutela temporal de sus hijos. En el caso de Susana, por otro lado, dos de sus cinco hijos se encuentran con familiares, quienes han quedado a cargo de ellos hasta que consideren que Susana se ha “regenerado”.

Como puede notarse, en todos estos testimonios que manifiestan el deseo y la inquietud de ser padres y madres plenos, de recuperar a sus hijos y hacerse cargo de ellos, parten de una privación y negación por lo que la experiencia ha sido idealizada y construida a partir de las expectativas previas y actuales ante la misma negación. Las y los jóvenes entrevistados carecieron de un núcleo familiar en su propia infancia y ahora, al convertirse en padres, les es negada la misma experiencia en una espiral de ausencia y en el anhelo de una paternidad imaginaria.

De este modo, convertirse en padres y madres los cuestiona sobre su propia identidad, sobre su experiencia y permanencia en calle, los motiva a cambiar sus condiciones frente a la alternativa de desarrollar nuevas relaciones con sus hijos y parejas y debido a la posibilidad de construir otras pertenencias, atributos y prácticas debido su paternidad o su maternidad, la cual se superpone a su identidad callejera.

#### D. Niños de la calle y adultos callejeros

El doble estigma que gravita pendularmente sobre la población callejera los coloca como víctimas o potenciales delincuentes, dicho estigma es incluso interiorizado por los miembros de la población cuando se cuestionan su propia edad y condición.

Pero sí puedo decir que todavía estoy, así como que a un punto en el que todavía puedo recuperar el camino, porque ya cuando eres grande dices “ya no la libré”, de verdad. Porque es muchas veces la forma en que piensa la banda. De que ya estoy viejo, de que ya tengo 25, 30 años, 28... y raros somos los que salimos porque te vas por la vida fácil, por el andar robando, el andar en las cárceles, ya no salir de la cárcel porque pues te agradó la forma de vida, ¿no? (Sergio, comunicación personal, 10/01/17).

La población callejera se divide entonces entre los niños de la calle, los que son susceptibles de cuidado y atención, aquellos que aún pueden ser “rescatados”; y los adultos callejeros, los potenciales delincuentes, los que a esa edad no pueden ser vistos más que como vagos y drogadictos. Como apuntan Avilés y Escarpit:

El pobre niño que tuvo que irse a vivir a la calle se convierte en el adolescente holgazán, bueno para nada, en el joven que debe ponerse a trabajar. Los niños pueden seguir taloneando, los adolescentes “no tienen descaro”, excepto las mujeres. De todo el grupo los niños, en general, venderán mejor: “a menor estatura mayor lástima y mayores ganancias” (2001:22).

También Murrieta (2008: 80) opina que “las mujeres son vistas con más piedad que los hombres, se acepta que taloneen hasta una edad más avanzada que los adolescentes. El hombre es el sexo fuerte, el que sabe defenderse y no necesita de los demás; las mujeres son vistas como el sexo débil, “las desvalidas, las necesitadas”. Tal vez por ello las opiniones de tres de los hombres entrevistados convergen al destacar su adultez como un punto de inflexión en sus trayectorias de vida. Así, Francisco refiere que “no es lo mismo a los 20 años o a los 30 o a los 40, cuando empiezas a ver que tu cuerpo va cambiando, te vas arrugando, te van saliendo canas, te empiezas a cansarte más” o Gabo cuenta que:

—Y, ¿en qué punto decidiste ahora sí lo quiero hacer?— Sí. Bueno, vuelvo a repetir, una por mi bebé y otra porque decía “ira ya que edad tengo y seguir en la calle...”. O sea, esas dos cosas me motivaron, pensar que qué edad tengo y seguir en la calle como personas que conozco que siguen en la calle y tienen ya los ochenta, los setenta y todavía siguen drogándose en la calle. Yo dije, yo así no. Cambié por mi hijo y porque dije ya estoy grande, ya estar en la calle ya... eso lo dejo para alguien como yo que vivía antes, ¿no? Niño. Yo ya soy mayor de edad, ya debo ver qué es lo bueno y lo malo para mí (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Así, Gabriel hace hincapié en su baja idoneidad para seguir en calle debido a su edad. Estar en calle es para niños, para los niños de la calle, para los chavos, pero no para los adultos ni para los que están grandes. Lo cual sólo manifiesta la apropiación de las categorías normalizadoras y asistenciales que condicionan la atención a la vulnerabilidad social propias de la infancia o lo femenino pero inaceptables para la adultez o la masculinidad.

Sin embargo, incluso More reflexiona sobre su edad, sobre “ser grande ya” para seguir en la calle: “piensas que ya siempre te vas a quedar como estás, y ya cuando ves que estás grande y te pones a recapacitar en todo en lo que has pasado piensas ‘no manches, pues no’” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). Así, tanto hombres como mujeres ponen en cuestión su edad tal vez en contraposición de las características que en el estigma social identifican a la población que vive en calle, a los niños de la calle, a los chavos callejeros; o quizá sea un cuestionamiento basado en la propia incorporación a nuevas prácticas y pertenencias que se ajustan a una etapa diferente de la vida; o al hartazgo de las condiciones que en alguna ocasión proporcionaron placer y atrajeron a la calle pero que dejaron de proporcionar satisfactores.

Los procesos de inflexión que se han identificado en los testimonios de hombres y mujeres que se encuentran desarrollando una vida fuera de las calles han sido factores manifestados por los propios entrevistados, pero también distinguidos a partir del análisis de las experiencias. Si bien, no todos los factores se manifiestan en cada caso, tampoco se espera que estos sean los únicos relevantes pues la



indagación de estas motivaciones o quiebres en sus trayectorias, así como su articulación, puede ser un área sensible a la investigación.

Los relatos de vida que fueron compartidos por hombres y mujeres con amplias experiencias de vida en la calle dan testimonio del cuestionamiento de su propia identidad, es decir de sus prácticas actuales y habituales, del lugar que ocupan, físico y simbólico, y de las redes que han desarrollado, a partir de diversos puntos de inflexión en el curso de sus trayectorias de vida. Los momentos de quiebre propuestos en esta tesis han sido los identificados a partir de las narrativas que dieron cuenta de distintos procesos, los de sus distintas intervenciones sociales; los que revelaron sus itinerancias entre diversos lugares del espacio público y problematizaron el tránsito a lugares de ocupación duradera; y los que manifestaron acontecimientos significativos que pudieron dar paso a transformaciones o momentos de quiebre en el transcurso de su vida.

Instituto  
Mora

## **G. Salir de calle... (Conclusiones)**

En la Ciudad de México, el más reciente conteo de población que habita el espacio público registró 6,754 miembros de las poblaciones callejeras<sup>16</sup>, incluyendo a los 3,354 que fueron identificados en las calles y alrededor de 2,400 personas que en esa noche particular se encontraban en albergues públicos y privados de la ciudad. Esta cifra total, realista, subestimada o aproximada, sólo da cuenta de la tangible manifestación de un fenómeno social que no puede seguir siendo invisibilizado.

Aunque es cierto que a la fecha no se cuenta con una censo oficial, metodológicamente fiable e implementado sistemáticamente, también es verdad que desde 2008, los números sólo aumentan. Las 1,405 personas en situación de calle que fueron registradas en ese año se vieron triplicadas en los registros de 2012, cuando el censo “Tú también cuentas” calculó 4,014 personas en situación de calle. En los últimos 5 años, hasta el levantamiento del año pasado, se manifiesta un aumento de 60 por ciento.

Pero más allá del uso economicista de cifras, lo significativo es que cada día miles de personas experimentan la exclusión y la marginación social como condiciones habituales de vida y que, social e institucionalmente, pocos son los esfuerzos cuyos resultados sean efectivamente encaminados a la inclusión social y el ejercicio de los derechos negados.

Organizaciones de la sociedad civil, instituciones públicas, privadas y gubernamentales han incidido en el tema de forma desarticulada, fluctuante e inconsistente, reproduciendo estigmas y miradas totalizadoras, en las que prima la imposición de una construcción previa, una ordenación de la realidad, y por tanto la manifestación y modificación de situaciones que se consideran indeseables, pero

---

<sup>16</sup> Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (2017), “El censo de poblaciones callejeras: una herramienta para la creación de políticas incluyentes” en *Boletín de prensa 116/2017*, Ciudad de México: Dirección General de Comunicación por los Derechos Humanos, 10 de agosto de 2017. Disponible en: [<http://cdhdf.org.mx/wp-content/uploads/2017/08/Boletin1162017.pdf>].

no necesariamente por la situación que enfrenta el otro sino por la posición que se asume respecto a éste.

Las intervenciones, los discursos y las acciones emprendidas en muchos casos responden a la imposición de criterios y discursos que no consideran las necesidades particulares, la singularidad de las condiciones o la trayectoria de vida personal, uniformando la oferta y constriñendo las opciones y alcances que ésta puede contemplar.

Tal vez estos constreñimientos se relacionen con la escasez de ejemplos en los que la construcción de alternativas a la permanencia en calle se trace como viable. Tal vez la intermediación en este entramado sea una constante y, por tanto, erróneamente, se haya optado por instituciones que aún no converjan en este resultado. Tal vez el proceso que lleva a la salida de calle, si bien se encuentre configurado por intermediaciones, está situado en el sujeto, eje de la toma de decisiones y, en este sentido, sea más pertinente considerar casos aislados aún más difíciles de identificar.

No obstante, es crucial mencionar que esta no es una tesis situada en el éxito o el fracaso de la intervención social, ni siquiera en la intervención misma, aunque se incluye como uno de los elementos que atraviesan la experiencia de vida de las y los miembros de las poblaciones callejeras, no encuentra ahí su eje. La intervención cobra fuerza en el transcurso de la investigación y, en alguna medida, al analizar los relatos recogidos. Aun así, mediando en las historias de los sujetos, ésta no es el centro y fundamento del análisis sino el punto de vista de aquellos que condensan sus experiencias, se apropian de los discursos, desechan ciertos acontecimientos y reacomodan los sucesos, resignificándolos, otorgándoles pesos diferenciados en sus trayectorias vitales, en su toma de decisiones.

Por ello se optó por la identidad como el enfoque teórico más pertinente en la aproximación a este fenómeno. Esta elección cumple con distintos propósitos. En principio, el de contemplar otras perspectivas en el análisis de un fenómeno

multicausal, que entrama componentes sociales, estructurales y personales, como la identidad misma. En segundo, el de explorar desde este acercamiento la singularidad de cierto conjunto de las poblaciones callejeras que responden a características similares, enmarcadas por su temprana inserción en el espacio público y su amplia permanencia en calle. El tercero, el de vincular distintos conceptos centrales en esta investigación: identidad, poblaciones callejeras, arraigo o callejerización, como piezas que se articulan alrededor de un mismo eje. Por último, el de explorar cómo la identidad, como criterio de adscripción, permite también reflexionar respecto a las permutaciones que posibilitan las nuevas vinculaciones, pertenencias, prácticas y rutinas, mismas que forman parte de la variación en las trayectorias vitales.

Es así como las preguntas que orientan esta investigación se entrelazan al cuestionar la existencia de una identidad callejera en la que se inscriban algunos miembros de la población y, a la vez, proponer que a partir de este enfoque es posible explorar los factores que intervienen en el proceso de salida de las calles de algunos de los miembros de esta población. De este modo es necesario precisar tres cuestiones en este apartado conclusivo: en la ambigüedad de su definición, qué se entiende por salida de las calles; la complejidad conceptual que implica el término poblaciones callejeras; y cómo se vincula la identidad callejera con los procesos de inflexión que incentivan la salida de las calles. Como apéndice, se señalarán algunos apuntes finales ligados al quehacer de las políticas públicas y su aproximación al fenómeno de las poblaciones callejeras.

## I. Poblaciones callejeras, porqué...

La experiencia de vida en el espacio público puede tomar distintas manifestaciones que comprenden no sólo el lugar físico sino también las prácticas y vínculos forjados en éste. Probablemente ha sido la privación de las condiciones materiales de subsistencia las que han articulado nociones como “sin hogar”, “sin techo” o

“personas en situación de calle”, entre muchas otras denominaciones utilizadas en diferentes contextos a lo largo del tiempo. Sin embargo, en esta propuesta analítica se retoma la categoría de poblaciones callejeras, termino de uso reciente y no por ello ajeno al debate.

Retomando esta conceptualización, se entiende por poblaciones callejeras aquel conjunto diverso en el que convergen tanto infantes, adolescentes y adultos como familias, jóvenes y adultos mayores. Esta diversidad se resguarda bajo el techo común de la exclusión social, de la precariedad económica y de la privación de medios suficientes para obtener y conservar un alojamiento propio. Sin embargo, la mayor cualidad de esta apuesta conceptual pueda ser también su principal desacierto analítico al incluir como monolito a un conjunto muy variado de individuos y como características de la definición el nexo común la apropiación del espacio público, junto con el desarrollo de redes sociales en las que se comparten conocimientos, prácticas y una cultura callejera común.

Al contemplar tanto a hombres como a mujeres de distintas edades, características y necesidades dentro del mismo conjunto social se invisibilizan las diferencias en los perfiles y las trayectorias que permiten considerar sus circunstancias particulares, este hecho ha sido evidente a lo largo de esta tesis al contar con los testimonios de hombres y mujeres que convergen en algunas de sus condiciones actuales, pero difieren en sus rasgos y experiencias vitales.

Las entrevistas con adultos jóvenes en acompañamiento educativo con *El Caracol*, así como con “los valedores”, aquellos adultos y adultos mayores que forman parte del proyecto *Mi Valedor*, permiten identificar estos matices. Unos y otros confirman ciertas prácticas y condiciones que los vinculan al espacio público: la fractura —con sus idas y vueltas— del núcleo familiar, las limitaciones económicas, la precariedad laboral y en algunos casos la experiencia y dependencia en el consumo de drogas y alcohol.

No obstante, sus testimonios también exhiben las distancias que identifican a unos como más semejantes entre ellos que con los otros. Unos que han vivido por décadas en la incertidumbre de las calles, banquetas, bajo puentes, parques, baldíos y estaciones de metro, y otros que de forma reciente y casi inmediata recurrieron a albergues y servicios institucionales. Los que desarrollaron estrategias de sobrevivencia a partir de la experiencia en las calles y la socialización del conocimiento y los que se refugiaron en servicios de atención gubernamental y hacen de esta experiencia parte de un instante en sus vidas, aunque de duración incierta. Quienes se ven a sí mismos como banda, carnales, familia de calle y los que se ubican como personas en situación de calle, transitando en los mismos lugares y compartiendo rutinas, pero diferenciándose de aquellos con los que no se identifican: los indigentes, los *monosos*, los que ya no pueden regenerarse.

Con base en los elementos compartidos que forman parte de lo que Giménez describiría como las dimensiones de la identidad, se sostiene que la identidad callejera es un enfoque válido para analizar algunas de las trayectorias en las que se ha desarrollado una forma de vida y de supervivencia particular, en donde se han creado reglas, códigos, prácticas rutinarias y hábitos ritualizados que operan como recursos simbólicos y culturales que refuerzan los vínculos de pertenencia, los atributos propios de quien lleva una vida, literalmente, en calle.

Por ello, junto con otras reflexiones sustentadas en el capítulo conceptual, es que el término poblaciones callejeras cobra relevancia y se considera no sólo un acierto sino también la opción más viable para esta particular apuesta analítica. Su caracterización permite abordar a la población que habita en calle no sólo en términos de la privación material sino a partir de la riqueza que encierran sus experiencias, intercambios y pertenencias, las cuales nutren y sustentan el enfoque de identidad, mismo que permite examinar tanto la entrada y permanencia como la potencial e itinerante salida de las calles.



Empero, los límites de este concepto también quedan claros cuando se repara en las divergencias de los relatos y los perfiles poblacionales. No sólo la simpleza aglutinadora puede ser una debilidad conceptual sino su especificidad cultural, identitaria. Cuál es entonces la denominación que describe a quienes viven en el espacio público de forma reciente, intermitente, temporal; a quienes no describen prácticas o hábitos ni pertenencias; a aquellos que no se identifican a sí mismos y se resisten a reconocerse como tales.

La complejidad del fenómeno que habita en espacios públicos y sobrevive en las calles demanda analizar las distintas formas en las que puede manifestarse, así como reflexionar y considerar los términos más pertinentes que pueden abarcar e incluir sus características y componentes. Sin duda, el termino poblaciones callejeras permite incorporar mayor heterogeneidad aunque en su especificidad limite su alcance conceptual, pero pone de manifiesto el cambio o la evolución en la composición callejera, menor en proporción de niños y mayor en adultos, adultos mayores y familias, entre otros. Hasta el momento ha sido notoria la importancia de las categorías en la construcción social e institucional de estigmas, prejuicios y tipos de atenciones por lo que no debe ser obviada la discusión respecto a las recientes nociones que buscan darle respuesta a estas consideraciones.

---

## II. Qué es la salida

Testimonios y relatos de los distintos entrevistados, sin embargo, convergen en la experiencia reciente, en la vida en calle. Como se ha sostenido, esta vivencia puede ser concebida en itinerancia callejera, habitando distintos espacios públicos, regresando breve e intermitentemente al hogar de origen, e incluso rentando de forma efímera alojamientos provisionales, como cuartos de hoteles y posadas para *banda* de la calle. Todos ellos, “los valedores” y los miembros de *El Caracol*, dieron cuenta de su paso por diversos espacios, de su itinerancia callejera.

La basta movilidad, intermitencia y flexibilidad en la supervivencia y la adaptación a distintos espacios públicos o privados se posicionan como características que forman parte de la vida en calle y a la vez cuestionan las posibilidades de que alguno de estos tránsitos se manifieste como una inflexión intencionada hacia una vida fuera de las calles. Por lo que, entender el proceso de la salida, la azarosa y vacilante carrera *fuera* de la calle que en un símil en lo que Lucchini describe y analiza como el proceso de callejerización puede tener su equivalencia en el sentido opuesto.

Entonces, así como el que ha abandonado su casa “regresa periódicamente a ella”, también el que abandona la calle, retorna. La calle, contraria al hogar o al lugar familiar, no se constriñe a un espacio situado, se refleja en múltiples escenarios, se vuelve una alusión o un símbolo, que condensa la mezcla de un modo de vida ligado a pertenencias, experiencias, prácticas cotidianas, interacciones y hábitos.

Sería posible considerar a los intentos de vida independiente, de renta de espacios y ejercicio de nuevas prácticas, como parte de esta lógica inversa, de una carrera *fuera* de calle, como el proceso de aprendizaje de nuevos hábitos, prácticas e interacciones que posibilitan la vida en espacios privados. En este proceso gradual caben los reiterados “tropiezos” como diría Gabriel, que vistos por algunas organizaciones se asumen como fracasos. Sin embargo, esta carrera inversa difícilmente es súbita y repentina, pero sí paulatina y progresiva, y se sustenta en distintas dimensiones ya exploradas. El desarrollo de nuevos vínculos, la cercanía a grupos diferentes a los conocidos en calle, la experimentación de nuevos hábitos, prácticas, rutinas, que estructuran el día a día, el conocimiento y reconocimiento de nuevas o veladas habilidades, a veces similares o del todo opuestas a las necesarias para sobrevivir en calle.

Por eso, tal vez, los valedores hablan de los talleres que provee *Mi Valedor*, a la par del ingreso, como el ancla que los vinculó al proyecto, debido a su inclinación por aprender nuevas cosas, así fuera a tejer como decía Camaxtli, o a su necesidad de

ocupar su tiempo y alejarse de las drogas, a decir de Francisco. O quizá por ello More se centra en lo diferente que es su vida actual, a como la recuerda, y no necesariamente por el espacio en el que se desenvuelve ahora, pues en éste reproduce tanto como puede la compañía, la seguridad y la libertad que buscaba en calle, sino por las nuevas habilidades que tiene, por los desafíos que ha enfrentado, terminar la educación básica, obtener un empleo formal, enfrentar la soledad de vivir en un espacio de renta.

Sin embargo, no sólo atributos y prácticas están presentes en sus relatos, pues las pertenencias cobran un papel crucial en su posición actual. La mayoría de los entrevistados refieren a sus nuevas familias, ligadas en menor y mayor medida a sus núcleos cercanos. En el caso de *El Caracol*, la mayoría, a excepción de Sergio, ubican a la asociación como parte de sus núcleos más cercanos. Gabo cuenta que a Jerry lo llama papá, es quien lo escucha más, y lo regaña con cariño, y a fin de cuentas se apellidan igual. En *El Caracol* reconoce a sus verdaderos amigos, a quienes desean lo mejor para él. Una explicación similar da More al hablar de su cercanía a Quique, a su deseo de que de haber conocido a su padre fuera como él, a que esa institución le hizo sentir que su opinión importaba y que pertenecía ahí, o incluso Susana cuando declara que una vez que esté bien, su mayor deseo es ayudar a los chavos de calle y hacerles sentir lo que *El Caracol*, que no está sola.

Asimismo, en los casos de las y los miembros de las poblaciones callejeras en acompañamiento con *El Caracol*, la construcción de su propia familia biológica ha ocupado un lugar central en sus pertenencias e identidad. Ellos y ellas se reconocen como chavos que han vivido en calle, algunos incluso como parte de las poblaciones callejeras en proceso de una vida independiente, pero todos se asumen como padres y madres. Se podría argumentar al respecto que el discurso de la organización ha permeado en la narrativa biográfica, que se han apropiado de los dictados institucionales para posicionar su intención de ejercer una paternidad o una maternidad. Empero, la mayoría de ellos, a reserva de Susana, cuentan haberse

acercado a la asociación justamente por su objetivo de recuperar la tutela de sus hijos.

Caso contrario es el de “los valedores” en donde sus pertenencias y relaciones sociales no median marcadamente en sus discursos, al contrario. De los cuatro testimonios, en donde sólo Isaías y Francisco son padres, ninguno de ellos alude o destaca cierta importancia a su relación familiar o con quienes han convivido en los recientes años compartiendo alojamiento en los albergues del CAIS.

Isaías, por ejemplo, a sus 66 años, no expresa intención alguna de salir de calle, ni siquiera ante la visita o el apoyo de sus hijos, tampoco relata tener amigos o personas cercanas con las que se relacione, tal vez sólo un par de compañeros en el albergue con quienes comparte la cena, pero que en su relato son insustanciales. Tampoco Francisco menciona a algún amigo en particular, en los casi 3 años que vivió en la calle o en los últimos 2 que ha rentado por cuenta propia no estableció ninguna conexión relevante. Actualmente pasa tiempo con Camaxtli, quien tampoco planea regresar a Cuernavaca con su madre. Ambos conviven en los talleres y en la venta de la revista y por las tardes se despiden para regresar a al albergue y a su departamento, respectivamente.

En los testimonios de “los valedores” y los miembros de *El Caracol*, sólo los segundos señalan encontrarse en proceso de vida independiente, intentando salir de calle. Salir de calle, como si fuera válida la dicotomía entrada y salida. Salir de calle se manifiesta entonces como un deseo, la voluntad de construir y deconstruir, pues el vasto aprendizaje y conocimiento de quien ha vivido, disfrutado, sufrido y permanecido en la calle no puede ser desechado, mucho menos los vínculos, los hábitos y las experiencias.

Por ello, así como se puede pensar que parte importante de la vida en calle la constituye esa experiencia previa, la anterior a la ruptura familiar o la expulsión del hogar, también la salida de calle, la vida independiente de quien cambia su trayectoria está permeada por esos acentos, los anclajes que sujetan a la vida

previa, a las relaciones previas, a las experiencias previas. Puede considerarse entonces a la salida de calle como una intención manifiesta, sostenida por el esfuerzo continuo, con tropiezos y vaivenes incluidos, la adopción de nuevas pertenencias, prácticas situadas fuera del espacio público y el desarrollo de habilidades y estrategias de permanencia en estos lugares: cuartos de renta, departamentos, casas de origen, nuevos hogares.

Aunque, como ya se mencionó, para varios de los entrevistados la diferencia crucial entre vivir en calle y salir de ésta reside en el lugar en el que coexisten, pues después de habituarse a la sobrevivencia en el espacio público y a la itinerancia entre diversos sitios, encontrar un lugar permanente se convierte en un cambio crucial, también los hábitos y las prácticas toman lugar en sus testimonios, sobre todo los relacionados con la ausencia de consumo y la obtención empleos formales.

Así, More menciona: “no, yo ya no me drogo, ya estoy bien, ya tengo mi casa” (María Luisa, comunicación personal, 10/01/17). O Susana comenta que para su familia regenerarse sería “que ya no me drogue, que ya no me quede en la calle... sí, eso, eso es lo que quiere mi mamá” (Susana, comunicación personal, 17/10/17). Para Gabriel, por ejemplo, “un chavo de la calle es aquél que duerme en la calle, come en la calle, y no hace nada. Está esperando el siguiente día, pero para lo mismo, para estarse drogando y estar tirado en el pasto o la banquetta” (Gabriel, comunicación personal, 08/01/17).

Recuperar el camino, como dice Sergio, sería entonces el objetivo. Noción que comparten “los valedores” cuando hablan de la posibilidad atemporal pero eventual de regenerarse, de cambiar su vida o salvarse. Sin embargo, ¿qué hace que estos jóvenes dejen la calle después de una larga vida ahí?, ¿cómo se entreteje la salida de calle en cierto momento y no antes, o después?, ¿cómo se condensan en las narrativas biográfica estas inflexiones en la trayectoria de vida?

### III. Identidad callejera e inflexiones

En esta apuesta analítica se ha optado por analizar cómo se articulan los puntos de inflexión en las trayectorias de vida de los sujetos a partir de sus narrativas biográficas y si en estos cambios de curso median la identidad y el estigma. Por lo que se han propuesto cuatro puntos de inflexión que pueden articularse y reafirmarse de forma sucedánea o paralela en estos procesos, asociados a dos ámbitos, las condiciones límites de la vida en calle y la adscripción de nuevos imaginarios.

En el caso de Sergio, por ejemplo, es la imagen que ha creado y asociado a la paternidad uno de los motivadores del cuestionamiento de su propia realidad; la segunda fuente de inflexión ha sido, hasta ahora, su propia adultez. En su testimonio, ser adulto y vivir en calle no son compatibles, puesto que una vez que se llega a cierta edad y se sigue viviendo en calle, la “regeneración” no es posible, por eso él, a sus 23 años, aun está a tiempo. Este argumento tan claro en su discurso tiene reflejo en muchas de las políticas y programas de atención gubernamental y de organizaciones de la sociedad civil que asimismo orientan sus servicios a ciertos miembros de las poblaciones callejeras, aquellos que por su edad o corta estancia en calle parecieran contar con mayores posibilidades de reinsertarse socialmente.

Por lo que, aunque no haya sido verbalizado exactamente de esta forma, se da cuenta que los discursos estigmatizadores permean a la población misma que introyecta la naturaleza de estos discursos de intervención. En el caso de Sergio, además, media su propia identidad de padre, y el que actualmente se encuentre dentro del proceso de reintegración familiar para recuperar la tutela de su hijo Arturo. Tras dos años de no tenerlo cerca, dice que lo que más desea es poder dormir y despertar bajo el mismo techo. En él, su hijo, ha puesto también la motivación y las expectativas de vivir su paternidad para, sobre todo, construir una realidad opuesta a la que él tuvo en su infancia.



En el caso de Sergio, similar al de Gabriel, se encuentran como inflexiones la paternidad y la adultez como imaginarios contruidos con base en la propia experiencia, en oposición a ésta también, pero además situada como eco de ciertos discursos estigmatizantes sobre las poblaciones callejeras fáciles de reconocer. Gabo, además, suma a estos dos puntos de inflexión su propia experiencia callejera. Los límites que ha sobrevivido han cuestionado su permanencia en calle, sin duda. La violencia de la que ha sido objeto le han llevado, por ejemplo, a la hospitalización y al intento de suicidio.

En este caso particular, han confluído los cuatro puntos identificados, la paternidad, la adultez, la violencia extrema y la cercanía a la muerte, como elementos que forman parte de su narrativa y, en algunos casos, son enunciados específicamente como motivadores de su salida de calle. Para Gabriel, su acercamiento a *El Caracol* le permitió la posibilidad de recuperar a su hijo y a su pareja, sin embargo, tras el nacimiento de Oswaldo y debido a la canalización de Antonia a un hogar para madres solteras, sobrevino la depresión junto con un par de episodios de violencia física y sexual. El entrecruce de estos factores convirtieron su permanencia en las calles intolerable, y desencadenó el cuestionamiento sobre su posición y su propia vulnerabilidad.

Aunque la identificación de la paternidad como uno de los puntos de inflexión en el proceso de salida de las calles fue inesperado, pues se tuvo la hipótesis de que sería la maternidad y la figura de protección masculina la que primaría en mujeres y hombres, respectivamente. Empero, tanto en ellas como en ellos, ser padre o madre fue un argumento contundente para cuestionar sus prácticas, posición y trayectoria. En las mujeres, More y Susana, sostuvieron que sus hijos fueron un motor para dejar las calles, ser buenas madres, darles el ejemplo, acompañarlos en su crecimiento.

Por Daniel fue que More comenzó y terminó la educación básica, dejó de consumir y obtuvo un empleo formal. Por Jean Carlo, su hijo mayor, es que Susana no quiere volver a consumir drogas, para darle el ejemplo de que sí se puede. Esta última, por

ejemplo, relata que teniendo a sus hijos con ella se quedó menos en calle, para no exponerlos. También cuenta que no es tan fácil seguir en calle si no se es chavo, la gente no quiere ayudar cuando se trata de adultos, pues lo que *genera*<sup>17</sup> más es la lástima.

Así, una vez más sobresale la idea de la infancia, la vulnerabilidad y la minoridad como propios de una vida callejera, en donde es posible la subsistencia y la sobrevivencia. Ideas que contrastan y se anulan con la imagen adulta, como si no fuera propio de un adulto permanecer en calle. Estas nociones como ya se mencionó, se articulan con discursos institucionales, pero también tienen eco en imaginario social formado históricamente alrededor de las figuras de vagos, mendigos, niños de la calle, entre muchos otros. Como si resonara a la distancia ¿quiénes son dignos de ayuda y asistencia y cuáles sujetos de escarmiento y represión?

La vida en calle puede tocar estos puntos, narrados por algunos de sus habitantes como inflexiones, motores o causantes de su alejamiento, su cuestionamiento, su reflexión o ruptura. Dejar de ser niño y seguir en calle sin que esto sea ya aceptable; vivir en calle a partir de la búsqueda de la libertad y la protección negada para encontrar más violencia y maltrato; convertirse en padre y buscar alternativas para reencontrarte con tus hijos y no reproducir tus propias condiciones de vida; encontrarte en la calle y cuestionar tu permanencia en ésta a partir de tu propia mortalidad y vulnerabilidad.

Todos estos puntos de inflexión han sido centrales en las narrativas biográficas de los entrevistados, presentes en algunas, ausentes en otras y concurrentes en algún momento, lo cierto es que su manifestación es incierta y dependiente de la diversidad de trayectorias y narrativas. Cómo se entretujan estos procesos que pueden llevar a la salida de las calles y qué otras inflexiones pueden incidir en sus trayectorias son, sin duda, áreas sensibles a la investigación.

---

<sup>17</sup> En muchas ocasiones los entrevistados se refieren a obtener o producir ingresos como *generar*.

## Apuntes finales: sobre intervención y políticas públicas

Retomando el punto anterior, es evidente que las trayectorias de vida de las y los miembros de las poblaciones callejeras se entremezclan con las redes y las prácticas que parten de la intervención social. Este claro atravesamiento institucional, condensa y construye no solo discursos sino también experiencias. Por lo anterior, como parte de las anotaciones finales que surgen de esta exploración se enuncian algunas consideraciones acerca de la incidencia institucional en el fenómeno de vida en la calle.

La primera es que las y los miembros de las poblaciones callejeras difícilmente se encuentran al margen de las estrategias de intervención de alguna organización o institución. Ya sea con fines estratégicos o de obtención de recursos, quienes sobreviven en el espacio público, conocen y frecuentan distintas instituciones, albergues y comedores en donde les es posible contar con ciertos servicios, como atención médica, alimentación, ropa, baño o recreación. En el caso de la población entrevistada, quienes han vivido periodos más amplios en calle también han experimentado un mayor número de encuentros e intervenciones y, por tanto, cuentan con un amplio repertorio para su supervivencia. Sin embargo, es la población de reciente estancia en el espacio público la que considera y frecuenta diversos lugares de atención y, sobre todo, hace uso de recursos previos a la vida en calle que permiten su subsistencia: educación, información, comunicación, etcétera. Ejemplo de ello son “los valedores”, quienes a pesar de tener una experiencia promedio de 2 años de vida callejera, reciben los servicios de distintas instancias como son los albergues de Coruña y Mixcoac, en donde generalmente pernoctan, diferentes comedores comunitarios, y la formación y fuente de ingresos del proyecto *Mi Valedor*.

El segundo es que, así como a lo largo de esta tesis se ha analizado y cuestionado el uso de términos que refieren a la población que habita el espacio público puesto que se torna evidente que las denominaciones, generalmente estereotípicas,

confieren un estigma dual que subyuga a la población a la figura de víctima o victimario. Por lo que se ha propuesto el uso del término poblaciones callejeras, debido a que dicho concepto contempla no sólo la privación material del sujeto, sino que además se desvincula de las connotaciones discriminatorias y reconoce en el componente cultural e identitario de la población que habita en el espacio público. Sin embargo, la fortaleza de este concepto se coloca a la par que su debilidad cuando se considera no sólo la heterogeneidad que abarca sino, sobre todo, la posición en la que coloca a quienes viven en calle, pero no se identifican con el resto de la población y, tal vez, tampoco comparten sus prácticas ni cultura.

Es decir, al considerar, por ejemplo, a los adultos jóvenes entrevistados, quienes comparten la experiencia de arraigo y cultura callejera como miembros de las poblaciones callejeras, se puede cuestionar entonces cuál sería el término adecuado para nombrar a “los valedores”, aquellos adultos y adultos mayores que comparten las condiciones de exclusión material y social, pero que ante su reciente incursión en el espacio público y debido también a su propia trayectoria no se consideran a sí mismos indigentes o población callejera, sino a lo sumo “personas en situación de calle”.

La distinción no es poca cosa si se toman en cuenta dos factores; por un lado, que el uso de términos opera institucional y socialmente como un transmisor y reproductor del trato social que hasta ahora, y con pocas excepciones, puede distinguirse como criminalizador y asistencial; y por el otro, la invisibilización de los diversos perfiles que integran a las poblaciones callejeras no abona en la orientación de políticas y programas específicos que contribuyan al ejercicio de sus derechos y su inclusión social.

Mas allá de la composición etaria, es necesario considerar que así como se encuentra población que ha permanecido en calle durante amplios periodos de tiempo, incluso décadas, formando familias y gestando una cultura anclada a la sobrevivencia en el espacio público, también se encuentran personas de reciente

ingreso, expulsadas en edades adultas de sus entornos familiares, quienes han desarrollado alcoholismo o drogodependencias, así como migrantes de paso o quienes ven en la Ciudad de México una fuente de oportunidades, a la par de adultos mayores en abandono social y personas con distintas discapacidades y trastornos mentales. Por lo que es necesario problematizar este concepto y buscar alternativas que incluyan y representen su diversidad como manifestación de los distintos modos de habitar la calle, pero principalmente, como primer paso para atender de forma diferenciada perfiles diversos dentro de un mismo fenómeno.

El tercero es que las instituciones, tanto gubernamentales como de la sociedad civil han delineado, de forma programada o no, un perfil específico para la población callejera sujeto de intervención. En términos generales, la población infantil; las mujeres, sobre todo las madres solteras, y la población adulta mayor constituyen el conjunto de la población que mayor atención y esfuerzos de instituciones gubernamentales y de la sociedad civil reúne. En alguna medida, esta preeminencia evidencia el estigma que subsiste en la atención del fenómeno de la vida en calle, puesto que son las mujeres, por su género, junto con los niños y los adultos mayores quienes son considerados vulnerables y víctimas y, a la vez, los indisputables merecedores de servicios y programas de atención. A pesar de que la población masculina, y específicamente aquella que se encuentra en edad productiva, constituye la mayor concentración de la población callejera<sup>18</sup>, son menores los esfuerzos que se enfoquen en ellos. Ni siquiera el Informe especial sobre poblaciones callejeras (2014) define a este grupo particular, a diferencia de la infancia, las mujeres, las personas discapacitadas o los adultos mayores. Así, la falta de articulación entre distintas instituciones y su atención dispersa genera grupos sobre atendidos o expuestos y otros silenciados e invisibles.

---

<sup>18</sup> Con base en los resultados preliminares del Censo IASIS 2017, la proporción por género de los integrantes de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México es: 12.73% mujeres, 87.27 % hombres, puede ser revisado en [[http://189.240.34.179/Transparencia\\_sedeso/wp-content/uploads/2017/Preeliminares.pdf](http://189.240.34.179/Transparencia_sedeso/wp-content/uploads/2017/Preeliminares.pdf)], consultado el 28 de abril de 2018.

Los hombres miembros de las poblaciones callejeras, y especialmente los adultos jóvenes, son un conjunto que a pesar de constituir alrededor del 80 por ciento de la población en calle, se encuentra invisibilizado ante la oferta de atención institucional y organizacional, por lo que su problemática particular recrudece en función de su género y el trato discriminante y represor que reciben, el desplazamiento de los lugares en los que pernoctan, la violencia física y las detenciones arbitrarias, son sólo algunas de sus manifestaciones. Al contrario de las y los niños, junto con las mujeres, quienes despiertan compasión natural, los jóvenes y los adultos son criminalizados sistemáticamente y sin las redes ni las alternativas necesarias su concepción, en algunos casos, pareciera convertirse en una profecía autocumplida.

Como cuarto y último punto, es necesario destacar el papel que desempeña la intervención social e institucional en el proceso de salida de las calles al negar la importancia de las redes y la constancia de las iniciativas que permitan la construcción de prácticas y espacios diferenciados a las calles. Las redes inconexas de origen, integradas por familias que expulsan, pero se mantienen cercanas, de transeúntes y vecinos que ignoran y violentan, pero también alimentan y dan recursos, de instituciones y organizaciones que asisten, pero no acompañan ni empoderan son incompatibles con la construcción de vías alternas a la vida en calle.

Asimismo, la negación de una familia a hombres y mujeres que se convierten en padres y madres a lo largo de su trayectoria de vida en las calles evidencia el condicionamiento social de la intervención institucional. Pues bien, ha sido manifiesto en este análisis el lugar que ocupa la maternidad y la paternidad como uno de los puntos de inflexión en la trayectoria personal que pueden incidir en el proceso de salida de las calles, no obstante, ha quedado velado el sitio que podría ocupar la intervención del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia de la Ciudad de México (DIF-CDMX).

Como se ha expuesto, en tres de los cuatro casos de los entrevistados en acompañamiento educativo con *El Caracol*, el ejercicio de su paternidad y



maternidad ha sido limitado, si no es que negado, a partir de la intervención del DIF, el cual, alegando el interés superior del niño implementa acciones de separación forzada de familias, es decir, niños y niñas son retiradas de sus núcleos familiares o su tutela es asumida por parte del Estado al considerarse que las condiciones de vida en calle no garantizan sus derechos. Esta práctica sistemática condiciona a los padres a emprender un proceso de reintegración familiar que puede tomar años, sin la asesoría necesaria, o incluso implicar la separación definitiva de familias.

Como señalaba Makowsky (2017), es necesario cuestionar cuál es el código genético de las políticas públicas, los programas sociales y las acciones de muchas organizaciones de la sociedad civil que a partir de sus miradas deslegitimadoras sobre el otro y su enfoque de incompletitud inhabilitan las posibilidades de encontrar alternativas que no sean la imposición de imaginarios modeladores y ordenamientos sociales que constriñen e invisibilizan al otro. Es innegable la urgencia de diseñar, implementar y evaluar alternativas que no sólo reconozcan el principio de igualdad en quienes forman parte del mismo entramado social, sino que a partir de este enfoque incluyan su participación en el desarrollo de acciones que sean factibles puesto que la inclusión no puede ser una imposición, pero sí debe ser una alternativa viable.

## Anexo 1. Guía temática de entrevista

Apartados	Criterios temáticos	Guía de tópicos —¿qué quieres saber?—
<p><b>1) Presentación</b></p>	<p>a. Perfil b. Estatus actual</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Descripción personal, autopercepción e identificación de momentos coyunturales</li> <li>- Para iniciar esta plática, ¿podrías contarme un poco acerca de ti? (nombre, edad, pasatiempos, intereses)</li> <li>- ¿Cómo te presentarías en dos minutos?</li> <li>- ¿Cómo es un día diario en tu vida?</li> <li>• Grupos de pertenencia familiares</li> <li>- ¿Quién es tu familia actualmente? (grupo, pareja o hijos)</li> <li>- ¿Quién era tu familia antes de ellos? ¿aún mantienes relación?, ¿cómo es?</li> <li>- ¿Sueles visitarlos o quedarte con ellos de vez en cuando?</li> <li>• Espacios: calle, albergue, hoteles</li> <li>- ¿En dónde te quedas actualmente? y ¿hace cuánto?</li> <li>- ¿En qué lugares solías quedarte antes?, ¿podrías describirme los lugares?, ¿cómo te sentías ahí?</li> <li>- ¿Conoces albergues o instituciones en donde te hayas quedado?, ¿cómo llegaste ahí?, ¿cómo eran quiénes los atendían? y, ¿qué te decían para que fueras ahí?</li> <li>- ¿En cuál lugar prefieres estar y por qué?</li> </ul>
<p><b>2) Llegada a la calle</b></p>	<p>a. Proceso de salida del núcleo familiar i. Motivaciones ii. Condiciones iii. Tipo de proceso: súbito progresivo o intermitente iv. Expectativas v. Experiencias b. Incorporación i. Recepción ii. Identificación iii. Consumo</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Incursión en calle</li> <li>- ¿Cómo llegaste a vivir a la calle?</li> <li>- ¿Cómo te recibió la banda?</li> <li>- ¿Tenías un grupo o estabas en varios?</li> <li>• Expectativas y motivaciones</li> <li>- ¿Cómo te imaginabas que sería? ¿Cómo ha sido vivir en calle?</li> <li>- ¿Qué dirías que aprendiste de vivir en calle?</li> <li>• Identificación y pertenencia</li> <li>- ¿Conocías a chavos o a tu grupo antes?, ¿cómo te recibió la banda?</li> <li>- ¿Hay alguien que te haya ayudado a saber qué hacer cuando llegaste?</li> <li>- ¿Qué consejos te dio o qué aconsejarías tú?</li> <li>- ¿Tienes amigos en la calle?, ¿quiénes son?, ¿en qué se parecen?</li> <li>- ¿Te llevas con banda de varios lugares o sólo del grupo?</li> <li>- ¿Hay algún grupo con quienes prefieras estar?, ¿por qué?</li> <li>- ¿Cómo es un día con ellos?, ¿qué les gusta hacer juntos?</li> </ul>

## Anexo 1. Guía temática de entrevista

Apartados	Criterios temáticos	Guía de tópicos —¿qué quieres saber?—
<p><b>3) Arraigo</b></p>	<p>a. Prácticas transgresoras i. Hábitos toxicológicos ii. Autoridad b. Violencia i. Ejercida ii. Recibida c. Estrategias de supervivencia d. Provisión de recursos</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Hábitos toxicológicos               <ul style="list-style-type: none"> <li>– ¿Te gusta beber, fumar o probar alguna otra droga?</li> <li>– ¿Recuerdas la primera vez? ¿Sigues sintiendo lo mismo?, ¿qué cambió?</li> <li>– ¿Te has desintoxicado alguna vez?, ¿por qué?</li> <li>– ¿Cuéntame cómo fue?, ¿cómo te decidiste a ir?, ¿fuiste solo o alguien te acompañó?</li> <li>– Después de eso, ¿volviste a consumir?, ¿por qué crees que fue?</li> </ul> </li> <li>• Violencia y estigma               <ul style="list-style-type: none"> <li>– ¿Has tenido problemas con alguien por consumir o algún otro motivo?, ¿cómo fue?</li> <li>– ¿Te han agredido por consumir o vivir en la calle?</li> <li>– ¿Te han desalojado de algún lugar en donde te quedaras?</li> <li>– ¿Qué crees que piensen de la banda que vive en la calle?</li> <li>– ¿Cómo describirías a la banda callejera?</li> </ul> </li> <li>• Estrategias y recursos               <ul style="list-style-type: none"> <li>– ¿Con quién vas en esos casos?, ¿quién es el más fuerte del grupo?, ¿por qué lo es?</li> <li>– ¿Si tuvieras que hacer una lista, qué necesitas para vivir en calle?</li> <li>– ¿Cómo obtienes lo que necesitas en las calles?, ¿qué opciones hay y cuál prefieres?</li> </ul> </li> <li>• Estrategias e intervenciones               <ul style="list-style-type: none"> <li>– ¿Conoces organizaciones o lugares donde puedas ir?, ¿sueles acudir?, ¿por qué?</li> <li>– ¿Cómo es que llegaste ahí o llegaron a ti?</li> <li>– ¿Qué te dicen al acercarse a ti o sobre vivir en calle? ¿Qué piensas de eso?</li> </ul> </li> <li>• Motivaciones               <ul style="list-style-type: none"> <li>– ¿Qué sería lo bueno y lo malo de vivir en calle?</li> <li>– Cuéntame una experiencia que recuerdes mucho sobre vivir en la calle</li> <li>– ¿Has tenido amigos que murieran en la calle?, ¿qué te hizo pensar?</li> <li>– ¿Recuerdas cómo fue que pensaste dejar de vivir en calle?</li> </ul> </li> </ul>
<p><b>4) Salida a la calle</b></p>	<p>a. Intentos previos b. Motivaciones c. Desarrollo de otras vinculaciones o</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Intermitencia               <ul style="list-style-type: none"> <li>– ¿Tienes banda que no viven en calle?</li> <li>– ¿Qué te gusta de estar con ellos y qué no?</li> <li>– ¿Has intentado antes vivir fuera de las calles por tu cuenta?</li> <li>– ¿Cómo fue?, ¿por qué antes no funcionó?</li> </ul> </li> </ul>

## Anexo 1. Guía temática de entrevista

Apartados	Criterios temáticos	Guía de tópicos —¿qué quieres saber?—
	lazos de pertenencia i. Familia ii. Nuevas redes iii. Atributos personales d. Distanciamiento de la imagen callejera i. Estigma ii. Valoración de recursos	<ul style="list-style-type: none"> <li>- ¿Por qué dirías que regresaste a la calle?</li> <li>- ¿Qué te gusta de un día normal en la calle?</li> <li>- ¿Qué entiendes tú por vivir en calle?               <ul style="list-style-type: none"> <li>• Proceso actual</li> </ul> </li> <li>- ¿Cómo llegaste a esta organización o institución?</li> <li>- ¿Recuerdas qué te dijeron para acercarse a ti?</li> <li>- ¿Qué crees que esperan al apoyarte?</li> <li>- ¿Qué opinas de ellos o del trabajo que hacen?</li> <li>- ¿Cómo ha sido estar con ellos durante este proceso?               <ul style="list-style-type: none"> <li>• Imagen y atributos</li> </ul> </li> <li>- En pocas palabras, ¿cómo te describirías a ti mismo?</li> <li>- ¿Cómo crees que un amigo tuyo te describiría?, ¿y alguien que apenas te conoce?</li> <li>- ¿Cuáles dirías que son tus principales defectos? Y ¿cuáles las cosas que más te gustan de ti?</li> <li>- ¿Cómo te imaginas en un año o en cinco?</li> </ul>
<b>5) Reflexiones finales</b>	e. Cierre	<ul style="list-style-type: none"> <li>- ¿Hay algo que quieras compartir conmigo de lo que no hallamos hablado?</li> <li>- ¿Qué opinas de las preguntas o los temas de los que hablamos?</li> <li>- ¿Recuerdas alguna pregunta en especial?</li> <li>- ¿Por qué aceptaste conversar conmigo y contarme de ti?</li> <li>- ¿Habías sido entrevistado antes de hoy?, y ¿cómo fue la entrevista?</li> <li>- ¿Qué recuerdas de aquella vez?</li> </ul>

## Anexo 2. Libro de códigos

**Corpus de textos:** Transcripciones de entrevistas temáticas sobre trayectorias de vida y proceso actual de vida  
Entrevista 1. Susana / Entrevista 2. Gabriel / Entrevista 3. María Luisa / Entrevista 4. Sergio  
Entrevista A. Isaías // Entrevista B. Alfredo / Entrevista C. Camaxtli / Entrevista D. Francisco

**Unidad de análisis:** Segmentos gramaticales (párrafos, frases, palabras)

Preguntas	Categorías	Códigos	Subcategorías	Subcódigos
<p>1. ¿Existe una identidad “callejera” compartida por los adultos jóvenes, entre 18 y 35 años, de las poblaciones callejeras de la Ciudad de México?</p> <p>a. ¿Qué elementos constituyen dicha identidad callejera?</p> <p>2. ¿Cuáles son los factores (experiencias, prácticas e interacciones sociales) que intervienen en el proceso de salida de las calles de miembros de las poblaciones callejeras?</p> <p>3. ¿Existe una relación entre el proceso de fragmentación de la identidad callejera y la salida de las calles de los miembros de esta población?</p>	1. Definición callejera	DEF_CALLE	Denominaciones	IdCalle_Den
			Definiciones	IdCalle_Def
			Características	IdCalle_Carct
	2. Estilo de relato	RELATO	Víctima	Estg_Vma
			Victimario	Estg_Vmario
	3. Dimensiones	DIM_ID	Pertenencia	DI_Per
			Atributos	DI_Atr
			Narrativa	DI_Narr
			Prácticas	DI_Prac
	4. Caras de identidad	CARA_ID	Integración	CI_Int
			Recurso	CI_Rec
			Compromiso	CI_Comp
			Consumo	Arrg_Cons
	5. Arraigo	ARRG	Familia	Arrg_Fam
			Maltrato	Arrg_Mal
			Entrada a calle	Arrg_Ent
			Maternidad	Det_Mat
			Paternidad	Det_Pat
	6. Inflexiones	DET	Violencia	Det_Viol
			Muerte/Suicidio	Det_Mte
			Adulterio	Det_Adult
			Pareja/Familia	Det_Fam
	7. Autodefinición	FRAG	Adscripción	Frag_Adsc
			Definición	Frag_Def
	8. Intervenciones	INTV	Instituciones	Intv_Inst
			Experiencia	Intv_Exp
	9. Calle	CALLE	Denominaciones	Calle_Den
		Descripciones	Calle_Desc	
		Lugares	Calle_Lug	
		Itinerancias	Calle_Itin	

## Referencias

- Adler de Lomnitz, Larissa (1975), *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Aquino, Eréndira (2017), "No solo los discriminan en vida, también en la muerte. Así se muere en las calles" en *Animal Político*, 10 de noviembre de 2017. Disponible en: [<https://www.animalpolitico.com/2017/11/no-solo-los-discriminan-vida-tambien-la-muerte-asi-se-muere-las-calles-cdmx/>], consultado el 20 de abril de 2018.
- Arias Maldonado, Manuel (2011), "Hacia un constructivismo realista: de la naturaleza al medio ambiente" en *Isegoría*, (44), pp. 285-301.
- Barbour, Rosaline (2013), *Los grupos de discusión en investigación cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2003), "Muerte propia, vida propia: esperanzas desde lo transitorio", capítulo 11, en *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Becker, Howard (2014), *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- BigData (2018), "Incendian a persona en situación de calle; sospechan del Cártel de Tepito", en *BigData*, 14 de abril de 2018. Disponible en: [<https://elbigdata.mx/justicia/incendian-a-persona-en-situacion-de-calle-sospechan-del-cartel-de-tepito/amp/>], consultado el 22 de abril de 2018.
- Boy, Martin (2012), "Políticas sociales para personas que viven en las calles" en *Quid. Revista del Área de Estudios Urbanos*, Núm. 16. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, pp. 58-73.
- Bronislaw Geremek (1990), *La estirpe de Caín. La imagen de los vagabundos y de los pobres en las literaturas europeas de los siglos XV al XVII*. Madrid: Mondadori.
- Brubaker, Roger y Frederick Cooper (2001), "Más allá de 'Identidad'", en *Apuntes de Investigación del CECyP*, Núm. 7. Los Ángeles: Universidad de California; Universidad de Michigan.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2010), "La intervención en lo social como dispositivo. Una mirada desde los escenarios actuales" en *Revista de Trabajo Social UNAM*, VI, Núm. 1, diciembre, pp. 46-59. Disponible (<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/viewFile/23881/22460>).
- Cefai, Daniel y Howard Becker (2018), "¿La desviación como un problema social? El giro de los años sesenta" en (Texto por publicar), pp. 59-121.



- Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (2014), *Situación de los derechos humanos de las poblaciones callejeras en el Distrito Federal 2012-2013*. México: CDHDF.
- Copred (2016), “Poblaciones Callejeras” en *Monografías por la no discriminación*, (consultado el 10 de octubre de 2017). Disponible en: (<http://data.copred.cdmx.gob.mx/por-la-no-discriminacion/poblaciones-callejeras/>).
- Cornejo, Marcela (2006), “El enfoque biográfico: trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas”, en *PSYKHE*, Vol. 15, Núm. 1. Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 95-106. Disponible en: ([http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-22282006000100008](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22282006000100008)).
- Coronado Rodarte, Rosa Isela y Guillermo Hernández Orozco (2011), “Internamiento de menores en la época del Virreinato”, en *XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*. Historia e Historiografía de la Educación, Ponencia, Universidad Autónoma de Chihuahua. Disponible en ([http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v11/docs/area\\_09/0949.pdf](http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v11/docs/area_09/0949.pdf)), consultado el 22 de noviembre de 2017.
- Correa A., Marta Elena y Johanna Zapata P. (2007), “La otra ciudad - Otros sujetos: los habitantes de la calle” en *Trabajo Social*, Núm. 9, pp. 37-56.
- Correa, Rosario (1999). “La aproximación biográfica como opción epistemológica, ética y metodológica”, en *Proposiciones*, Núm. 29, pp. 35-44.
- De Gaulejac, Vincent (1999), “Historias y relatos de vida: Investigación y práctica en las Ciencias Sociales”, Conferencia magistral, en *Proposiciones*, Núm. 29, marzo. Santiago de Chile: Ediciones SUR, pp. 97-110.
- \_\_\_\_\_ (2002), “Lo irreductible social y lo irreductible psíquico” en *Perfiles Latinoamericanos*, Núm. 21, pp. 49-71.
- \_\_\_\_\_, Rodríguez, S., Taracena, E. (2005), *Historia de Vida. Psicoanálisis y Sociología Clínica*. México, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Dubet, François y Francisco Zapata (1989), “De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto” en *Estudios Sociológicos*, Vol. 7, Núm. 21, septiembre-diciembre, pp. 519-545.
- Flores H., Ivonne (2005), “Identidad cultural y el sentimiento de pertenencia a un espacio social: una discusión teórica”, en *La Palabra y el Hombre*. Octubre-diciembre, Núm. 136, p. 41-48.
- García Silva, Rodolfo (2014), *Los chicos en la calle. Llegar, vivir y salir de la intemperie*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Giménez, Gilberto (1997), “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, en *Frontera Norte*. Vol. 9, Núm.18, julio-diciembre.

- \_\_\_\_\_ (2005), “La cultura como identidad y la identidad como cultura”, en *III Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales*, Simposio. Guadalajara, Jalisco. Disponible en: ([http://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table\\_id=70](http://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table_id=70))
- \_\_\_\_\_ (2007), *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta.
- \_\_\_\_\_ (2010), “Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo” en *Cultura, Identidad y Procesos de Individualización*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- Goffman, Erving (2015), *Estigma. La identidad deteriorada*. México: Amorrortu.
- Grasseli, Fabiana y Mariano Salomone (2013), “La perspectiva teórico-metodológica de la sociología clínica” en *Prisma social. Revista de ciencias sociales*, Núm. 9, diciembre 2012 – mayo 2013, pp. 83-109.
- Guba, Egon G. e Yvonna S. Lincoln (2002), “Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa” en Denman, C. y J. Haro (comps.), en *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos*. Hermosillo Sonora: EL COLSON, pp. 113-145.
- Lechuga, Edson (2016), *Somos calle*. México: Fundación Carlos Slim – Fundación del Centro Histórico.
- Leclerc-Olive, Michèle (2009), “Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos” en *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. Vol. IV, Núm. 8, julio-diciembre, pp. 1-39.
- Lipiansky, Edmond (1992), *Identidad y comunicación*. París: Presses Universitaires de France.
- López Romero, David (2010). “Entre sanos y enfermos. El conocimiento médico aplicado en el Hospital Real de naturales. Siglo XVIII” en *V Congreso Internacional de Historia y Filosofía de la Medicina*, Ponencia, Morelia, Michoacán.
- \_\_\_\_\_ (2012). “Enfermedad y hospitales de la ciudad de México, siglo XVIII. Notas para la construcción de una salud pública” en *Producción Científica Profesorado*. Hidalgo: Instituto de Ciencias de la Salud, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Lucchini, Riccardo (1996), *Sociología de la supervivencia. El niño y la calle*. México: Universidad de Fribourg-UNAM.
- Márquez, Francisca y Daniela Sharim (1999), “Del testimonio al relato de vida” en *Historias y Relatos de Vida: Investigación y Práctica en las Ciencias Sociales*, Propositiones 29, SUR, Santiago. Disponible en: [<http://www.sitiosur.cl/publicacionescatalogodetalle.php?PID=3266#descargar>].

- Matus, Teresa (2002), *Propuestas contemporáneas en trabajo social. Para una intervención polifónica*. Buenos Aires: Espacio
- Makowski, Sara (2010), *Jóvenes que viven en la calle*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2015), “Ciudadanos Invisibles”, en *DFensor*, junio-2015. Disponible en: (<http://www.corteidh.or.cr/tablas/r34803.pdf>).
- \_\_\_\_\_ (2017), “Jóvenes en situación de calle: el desafío de las políticas públicas para la inclusión social” en *Los invisibles: niños, niñas y adolescentes en situación de calle en la Ciudad de México*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes - Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal – Asamblea Legislativa del Distrito Federal.
- Melucci, Alberto (1982). *La invención del presente. Movimientos, identidad, necesidades individuales*. Bolonia: Il Mulino.
- Merton, Robert (1965). *Elementos de teoría y de método sociológico*, Paris: Plon.
- Mettifogo, Decio y Rodrigo Sepúlveda (2005), *Trayectorias de vida de jóvenes infractores de la ley*. Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana de la Universidad de Chile Santiago de Chile, 18-19. Disponible en: [[https://www.cesc.uchile.cl/publicaciones/se\\_08\\_trayectoriadevida.pdf](https://www.cesc.uchile.cl/publicaciones/se_08_trayectoriadevida.pdf)].
- Montero Rivas, Maritza (2012), “El concepto de Intervención Social desde una perspectiva psicológico-comunitaria” en *Revista MEC-EDUPAZ*, Núm. 1, Septiembre-Marzo, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Moratilla-Olvera, María Isabel y Elvia Taracena-Ruiz (2012), “Vulnerabilidad social y orfandad: trayectoria vital de una adolescente” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Núm. 10, Vol. 2, pp. 841-854.
- Murrieta Cummings, Patricia (2008), *Poder y resistencia. El proceso de permanencia de los niños de la calle en la ciudad de México*. México: Plaza y Valdés.
- Nieto, Carlos J. y Silvia H. Koller (2015), “Definiciones de habitante de calle y de niño, niña y adolescente en situación de calle: diferencias y yuxtaposiciones”, *Acta de Investigación Psicológica*. Núm. 5, Vol. 3, pp. 2162 – 2181.
- Norman Francis, Martin (1957), *Los vagabundos en la Nueva España*. México: Jus.
- Orwell, George (1953), “Politics and the English Language” en *A Collection of Essays*. Nueva York: Harcourt Brace, pp. 169-170.
- Pérez García, Juan Martín (2002), “La infancia callejera: apuntes para reflexionar el fenómeno”, en *Revista Española de Educación Comparada*, Núm. 9, pp. 153-186.
- Pérez López, Ruth (2012), *Vivir y sobrevivir en la Ciudad de México*. México: Plaza y Valdés.
- Protocolo interinstitucional de atención integral a personas en riesgo de vivir en calle e integrantes de las poblaciones callejeras en la Ciudad de México* (2016).

- Gaceta Oficial de la Ciudad de México, Órgano de Difusión del Gobierno de la Ciudad de México, décima novena época, 16 de junio, Núm. 95.
- Quórum (2010), *Niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situaciones de calle. Elementos para repensar las formas de intervención*. México: Lenguaraz.
- Rabotnikof, Nora (2005), *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM.
- Red por los Derechos de la Infancia en México (2016), *Inclusión sin excepción. Informe de la Consulta con niñas, niños, adolescentes y jóvenes en México y América Latina*. Comité de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas. Rumbo a la Observación General Núm. 21 sobre la niñez en situación de calle, México: Redim, abril de 2016. Disponible en: [\[http://www.streetchildrenresources.org/wp-content/uploads/2016/08/Report-on-Central-America-consultation-April-2016-FINAL-SPANISH.pdf.\]](http://www.streetchildrenresources.org/wp-content/uploads/2016/08/Report-on-Central-America-consultation-April-2016-FINAL-SPANISH.pdf)
- Ruíz Coronel, Alí (2017), “Y los invisibles, ¿por qué son invisibles?” en *Los invisibles: niños, niñas y adolescentes en situación de calle en la Ciudad de México*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes - Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal – Asamblea Legislativa del Distrito Federal.
- \_\_\_\_\_ (2016), *La calle como objeto de estudio. Compendio de tesis sobre el fenómeno de calle*. México: Ednica, A.C.
- Saavedra, Juan (2015), “Cuatro argumentos sobre el concepto de intervención social” en *Cinta Moebio*, Departamento Ciencias Sociales, Núm. 53. Universidad de Chile, pp. 135-146. Disponible en: (<http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/53/saavedra.html>).
- Sáenz, José Darío (2008), “Temas de reflexión en la intervención social” en *Revista en Ciencias Sociales*. Cali: Universidad ICESI. ISSN 2011-0324, p. 189-215. Disponible en: ([https://www.icesi.edu.co/revistas/index.php/revista\\_cs/article/view/406](https://www.icesi.edu.co/revistas/index.php/revista_cs/article/view/406)), consultado el 17 de noviembre de 2017.
- Santillán, Xelhuantzi, Rafael Izcóatl y Fátima Flores Palacios (2014), “Niño de calle: representación social del concepto en Guadalajara y Ciudad de México” en *Psicología Iberoamericana*, Núm. 2, Vol. 22, julio-diciembre, pp. 54-63.
- Saraví, Gonzalo A. (2004), “Segregación urbana y espacio público. Los jóvenes y la calle en enclaves de pobreza estructural”, en *Revista de la CEPAL*, Núm. 83, 2004, pp. 33-48.
- Saucedo Vázquez, Iván Alejandro y Bertha Elvia Taracena (2011), “Habitar la calle: pasos hacia una ciudadanía a partir de este espacio” en *Revista*



- Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Núm. 1, Vol. 9, enero-junio, pp. 269-285.
- \_\_\_\_\_ (2012), *El arraigo callejero en niñas y mujeres jóvenes que viven en las calles de la Ciudad de México*. Tesis de grado de Doctorado en Psicología. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Directora: Dra. Bertha Elvia Taracena Ruiz.
- Schuster, Sofía (2016), *Informe Final Estudio “Caracterización trayectorias de vida de niños, niñas y adolescentes en situación de calle”*, Asesorías QSV en Gestión y Política. Disponible en: [[http://www.academia.edu/33680393/Informe\\_Final\\_Estudio\\_NNA\\_en\\_situaci%C3%B3n\\_de\\_calle\\_MDS\\_2016\\_.pdf](http://www.academia.edu/33680393/Informe_Final_Estudio_NNA_en_situaci%C3%B3n_de_calle_MDS_2016_.pdf)].
- Sepúlveda, Leandro (2010), “Las trayectorias de vida y el análisis de curso de vida como fuentes de conocimiento y orientación de políticas sociales”, *Perspectivas, Revista de Trabajo Social Universidad Católica Silva Henríquez*, Año XV, Núm. 21, Santiago de Chile. Disponible en: [[http://ww3.ucsh.cl/resources/descargas/landing/revistas/Perspectivas%20\\_21.pdf](http://ww3.ucsh.cl/resources/descargas/landing/revistas/Perspectivas%20_21.pdf)].
- Soto, Paula V. (2009). “Lo público y lo privado en la ciudad” en *Revista Casa del Tiempo*. Vol. 2, Época 4, Núm. 17, México: Universidad Autónoma de México.
- Strickland, Rebecca Danielle (2011), “La calle de los jóvenes en la Ciudad de México: territorios y redes de las poblaciones callejeras” en *Rayuela*. Disponible en: (<http://revistarayuela.ednica.org.mx/article/la-calle-de-los-j%C3%B3venes-en-la-ciudad-de-m%C3%A9xico-territorios-y-redes-de-las-poblaciones-callej>).
- \_\_\_\_\_ (2012), “Poblaciones Callejeras: de la asistencia a la represión” en *Desacatos*. Núm. 38, enero-abril. Disponible en: ([http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-92742012000100008](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-92742012000100008)).
- Suárez Ortega, Magdalena (2005), *El grupo de discusión. Una herramienta para la investigación cualitativa*. Barcelona: Laertes Ediciones.
- Taracena Ruiz, Elvia (2010), “Hacia una caracterización psico-social del fenómeno de callejerización”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Núm. 1, Vol. 8, enero-junio, pp. 393-409.
- \_\_\_\_\_ (2012), “Las familias expulsoras de niños y niñas hacia la calle”, en *Género y Salud en Cifras*. Núm. 1, Vol. 10, enero-abril.
- Vargas Cetina, Gabriela (2007). “Tiempo y poder: la antropología del tiempo. Nueva antropología”, Núm. 20, pp. 41-64. Disponible en [[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-06362007000100003&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362007000100003&lng=es&tlng=es)], consultado el 25 de abril de 2018.

- Edgar Varela Barrios (1998). *Desafíos del interés público: identidades y diferencias entre lo público y lo privado*, Cali: Universidad del Valle.
- Vela Peón, Fortino (2004), “Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa” en Tarrés, M. (coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. COLMEX, FLACSO y Porrúa, pp. 63-95.
- Yzaguirre, F. y Castillo Mendoza, C.A. (2013), “La perspectiva de la sociología clínica: una sociología de proximidad orientada al sujeto”, en *Actas del XI Congreso Español de Sociología: Crisis y cambio: propuestas desde la sociología*, volumen ADENDA, pp. 832-840.
- Zoila Santiago, Antonio (2012), “Los niños y jóvenes infractores de la Ciudad de México, 1920-1937” en *Secuencia*. Núm. 88, enero-abril, pp. 193-215.



Instituto

Mora